
LA FE
ESENCIA
DE LA
RELIGIÓN
VERDADERA



GORDON B.
HINCKLEY

**LA FE
ESENCIA
DE LA
RELIGIÓN
VERDADERA**

GORDON B. HINCKLEY

<http://los-atalayas.4shared.com/>

RESEÑA DEL CONTENIDO

| | |
|--|----|
| 1 La fe: esencia de la religión verdadera | 3 |
| 2 Las piedras angulares de nuestra fe | 6 |
| 3 "No nos ha dado Dios espíritu de cobardía" | 9 |
| 4 El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo | 13 |
| 5 El poder sanador de Cristo | 17 |
| 6 "El que quiera salvar su vida" | 21 |
| 7 "Y el mayor de ellos es el amor" | 25 |
| 8 Tenemos una obra para realizar | 29 |
| 9 El fortalecimiento de la fe por medio del Libro de Mormón | 33 |
| 10 El ambiente de nuestro hogar | 37 |
| 11 La continua búsqueda de la verdad | 41 |
| 12 "Sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia" | 45 |
| 13 De pequeñas acciones resultan grandes consecuencias | 49 |
| 14 "Llor al Profeta" | 52 |
| 15 La fe de los pioneros | 57 |
| 16 Gran Bretaña recibe el Evangelio | 61 |
| 17 Sigamos adelante con fe | 66 |

Capítulo 1

LA FE: ESENCIA DE LA RELIGIÓN VERDADERA

Tiempo atrás, hablé en Salt Lake City un famoso periodista de cierta publicación nacional. Yo no pude escucharle, pero leí en el diario algunos comentarios acerca de sus declaraciones. Se le adjudicaba el haber dicho que "la certeza es enemiga de la religión". Tales palabras me han hecho reflexionar al respecto. La certeza, que yo defino como una seguridad completa y cabal, no es enemiga de la religión, sino su esencia misma.

La certeza es aseveración; es convicción. Es el poder de la fe que más se acerca al conocimiento—sí, en realidad, hasta se convierte en conocimiento. Estimula el entusiasmo y nada se compara al entusiasmo para vencer la oposición, el prejuicio y la indiferencia. Los más formidables edificios jamás se construyeron sobre cimientos inestables. Las grandes causas nunca han logrado el éxito por medio de líderes vacilantes. El Evangelio nunca ha convertido a nadie sin que se predicase con certidumbre. La fe, que es la esencia misma de la convicción personal, siempre ha sido y debe seguir siendo la raíz del cumplimiento y del esfuerzo religiosos.

No había incertidumbre en la mente de Pedro cuando el Señor preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16:15-16).

Tampoco había duda alguna en Pedro cuando el Señor enseñó a la multitud en Capernaum y declaró ser el pan de vida. Muchos de entre Sus discípulos que no querían aceptar Sus enseñanzas "volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Juan 6:66-69).

Después de la muerte del Salvador, ¿habrían continuado Sus apóstoles enseñando Su doctrina, y aun dando la vida en las más dolorosas circunstancias, si hubieran estado inseguros en cuanto al que representaban y cuya doctrina enseñaban? No hubo vacilación alguna en Pablo después de haber visto la luz y escuchado una voz en su camino a Damasco con fines de perseguir a los cristianos. Durante tres décadas a partir de esa experiencia, Pablo dedicó todo su tiempo, sus fuerzas y su vida a la predicación del Evangelio del Señor resucitado. Sin preocuparse por su comodidad ni por su seguridad personal, viajó por todo el mundo entonces conocido para declarar que "ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 8:38-39).

Cuando fue ejecutado en Roma, Pablo selló con su muerte el testimonio final de su convicción en cuanto a la naturaleza divina de Jesucristo. Y así fue también con los primeros cristianos, millares tras millares de ellos, que padecieron encarcelamiento, torturas y aun la muerte antes de renunciar a su expresa fe en la vida y resurrección del Hijo de Dios. ¿Podría acaso haberse suscitado una Reforma sin la certidumbre que impulsó con tal intrepidez a tantos gigantes como Lutero, Hess, Zwinglio y otros como ellos?

Tal como fue en la antigüedad, lo ha sido en la actualidad. Sin certidumbre por parte de sus creyentes, toda causa religiosa se debilita y carece de fortaleza, sin tener el vigor necesario para

expandir su influencia y conquistar el corazón y la aceptación de hombres y mujeres. La teología podrá argumentarse, pero el testimonio personal, de mano con el cumplimiento, no puede refutarse. Esta dispensación actual del Evangelio, de la cual somos beneficiarios, se inauguró con una gloriosa visión mediante la cual el Padre Celestial y Su Hijo se aparecieron al jovencito José Smith. Después de tener esa experiencia, el joven se la describió a uno de los predicadores de su comunidad quien, entonces, trató su relato "con mucho desprecio, diciendo que todo aquello era del diablo; que no había tales cosas como visiones ni revelaciones en estos días" (José Smith-Historia 1:21).

Otros lo criticaron y pasó a ser objeto de severa persecución, pero él dijo: "Yo efectivamente había visto una luz, y en medio de la luz vi a dos Personajes, los cuales en realidad me hablaron; y aunque se me odiaba y perseguía por decir que había visto una visión, no obstante, era cierto; y mientras me perseguían, y me vilipendiaban, y decían falsamente toda clase de mal en contra de mí por afirmarlo, yo pensaba en mi corazón: ¿Por qué me persiguen por decir la verdad? En realidad he visto una visión, y ¿quién soy yo para oponerme a Dios?, o ¿por qué piensa el mundo hacerme negar lo que realmente he visto? Porque había visto una visión; yo lo sabía, y sabía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo" (JS-H 1:25).

No hay falta alguna de certidumbre en tal declaración. Para José Smith, esa experiencia fue tan real como el calor del sol al mediodía. Nunca la negó ni vaciló en su convicción. Consideremos el testimonio que más tarde dio del Señor resucitado:

"Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive! Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre; que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios" (D&C 76:22-24).

Tan convencido estaba en cuanto a la causa que dirigió, tan seguro del llamamiento divino que recibió, que los colocó por encima del valor de su propia vida. Presintiendo la proximidad de su muerte, se rindió a aquellos que habían de entregarlo indefenso a manos del populacho. Y selló su testimonio con su propia sangre.

Así también sucedió con sus seguidores. Nadie puede encontrar evidencia alguna, ni la más mínima, de que la certidumbre haya sido enemiga de la religión, tanto en su vida como en sus acciones. Una y otra vez abandonaron la comodidad de sus hogares, primero en Nueva York, luego en Ohio y en Misuri, y más tarde en Illinois. Y aun después de llegar al Valle del Lago Salado, muchos salieron de nuevo para establecer colonias en la vasta región del oeste norteamericano. Y ¿por qué lo hicieron? Debido a su fe en la causa de la que formaban parte.

Muchos murieron durante esos largos y difíciles viajes debido a enfermedades, a estar expuestos a las inclemencias del tiempo y a los ataques brutales de sus enemigos. Aproximadamente seis mil de ellos yacen sepultados en varios lugares entre el río Misuri y el Valle del Lago Salado. Su amor por la verdad era más importante que su vida misma.

Y así ha sucedido desde entonces. Hace algunos años recogí estas palabras del presidente David O. McKay en una ocasión en que se dirigió a una pequeña congregación: "Tan absoluta como la certeza que ustedes tienen de que después de esta noche llegará la mañana, es mi convicción de que Jesucristo es el Salvador de la humanidad, la luz que disipará las tinieblas del mundo por medio del Evangelio restaurado a través de Su directa revelación al profeta José Smith".

Nuestro amado presidente Spencer W. Kimball dijo: "Yo sé que Jesucristo es el Hijo del Dios viviente y que fue crucificado por los pecados del mundo. Él es mi amigo, mi Salvador, mi Señor y mi Dios" (Ensign, noviembre de 1978, pág. 73).

Es precisamente esa clase de certidumbre lo que ha hecho progresar a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días a pesar de las persecuciones, las burlas, el renuncia miento a las riquezas, y la separación de seres amados para viajar a tierras lejanas con el fin de predicar el Evangelio. Esa convicción continúa motivándonos hoy en día como ha venido haciéndolo desde el

comienzo de esta obra. La fe que millones de fieles tienen en su corazón de que esta causa es verdadera, de que Dios es nuestro Padre Eterno y de que Jesús es el Cristo, debe ser siempre la gran fuerza inspiradora de nuestra vida.

Tenemos aproximadamente unos cuarenta mil misioneros en el mundo a un coste de millones de dólares para sus familias. ¿Por qué lo hacen? Por su convicción en cuanto a la veracidad de esta obra. El número de miembros de la Iglesia crece a ritmo acelerado. ¿A qué se debe nuestro progreso fenomenal? A la certidumbre que se anida en el corazón de centenares de miles de conversos cada año, personas que han sido inspiradas por el poder del Espíritu Santo. Contamos con un magnífico y eficaz programa de bienestar, del cual muchos se maravillan. Y funciona únicamente gracias a la fe de quienes participan en el mismo.

A raíz del progreso de la Iglesia, tenemos que construir nuevas casas de adoración—centenares de ellas—las cuales son muy costosas. Pero los miembros contribuyen económicamente no sólo para tal fin, sino que con regularidad y fidelidad pagan sus diezmos debido a su convicción en cuanto a la veracidad de esta obra.

Lo más maravilloso y extraordinario es que cualquier persona que desee conocer la verdad puede recibir esa convicción. El Señor mismo nos dio la fórmula para ello cuando dijo: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17).

Esto requiere que se estudie la palabra de Dios. Es necesario orar y con afán procurar conocer la fuente de toda verdad. Requiere vivir el Evangelio, ese experimento, por así decirlo, de seguir sus enseñanzas. No vacilo en prometer, porque lo sé por experiencia propia, que de todo esto se obtendrá, mediante el poder del Espíritu Santo, una convicción, un testimonio, un conocimiento real.

Parece ser que mucha gente en el mundo es incapaz de creerlo. Lo que no reconocen es que las cosas de Dios sólo se entienden por medio del Espíritu de Dios. Tiene que haber un esfuerzo personal. Tiene que haber humildad. Es menester recurrir a la oración. Pero los resultados son reales y el testimonio es genuino.

Si los Santos de los Últimos Días, en forma individual, llegasen a perder esa convicción, la Iglesia se degeneraría en la incredulidad, tal como ha sucedido con tantas otras iglesias. Pero no temo que acontezca. Estoy seguro de que un creciente número de miembros procurará y logrará esa convicción personal que llamamos testimonio, el cual proviene del poder del Espíritu Santo y que puede resistir las tormentas de la adversidad.

Para quienes vacilan, para los malentendidos y los que modifican sus afirmaciones con incertidumbre cuando hablan de las cosas de Dios, estas palabras del Apocalipsis son muy apropiadas: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Apocalipsis 3:15-16).

Con genuina certidumbre declaro mi testimonio de la verdad. Yo sé que Dios, nuestro Padre Eterno, vive. Sé que Jesús es el Cristo, el Salvador y Redentor de la humanidad, el autor de nuestra salvación. Sé que la obra de que somos partícipes es la obra de Dios; que ésta es la Iglesia de Jesucristo. Magnífica es nuestra oportunidad de servir en ella, y sólida y verídica es nuestra fe al respecto.

Capítulo 2

LAS PIEDRAS ANGULARES DE NUESTRA FE

Cuando la Iglesia construye un nuevo templo, se lleva a cabo una ceremonia para instalar la piedra angular con una tradición que data de tiempos antiguos. Antes de emplear el cemento en general, se instalaba el cimientito de las paredes con grandes piedras. Se excavaba una zanja en cuyo fondo se colocaban piedras como fundamento. Comenzando desde ese punto, el cimientito de una pared se emplazaba en dirección a una piedra angular; luego, desde esa esquina, se proseguía hacia la siguiente, donde se colocaba otra piedra angular; desde allí, se continuaba hasta la otra esquina y así, sucesivamente, hasta llegar de nuevo al punto de partida.

En muchos casos, incluso en la construcción de los primeros templos de la Iglesia, en cada empalme de las paredes se colocaba, mediante ceremonia, una piedra angular. A la última de ellas se le refería como la piedra principal del ángulo, y su colocación era motivo de grandes celebraciones. Una vez colocada esa piedra angular, los cimientitos quedaban entonces preparados para la superestructura. De ahí la analogía que Pablo usó para describir la iglesia verdadera: "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor" (Efesios 2:19-21).

Nosotros tenemos piedras angulares fundamentales sobre las que el Señor estableció y edificó, "bien coordinada", la iglesia de los últimos días. Son absolutamente esenciales para esta obra, su cimientito mismo, las áncoras sobre que descansa. La primera y principal piedra angular que reconocemos y honramos es el Señor Jesucristo. La segunda es la visión concedida al profeta José Smith cuando se le aparecieron el Padre y el Hijo. La tercera es el Libro de Mormón, que habla como una voz desde el polvo con palabras de antiguos profetas que declaran la divinidad y la realidad del Salvador de la humanidad. La cuarta es el sacerdocio con todos sus poderes y autoridad, mediante el cual los hombres pueden actuar en el nombre de Dios para administrar los asuntos de Su reino. Quisiera hacer un comentario sobre cada una de estas cosas.

Algo absolutamente fundamental para nuestra fe es el testimonio que tenemos de que Jesucristo es el Hijo de Dios y que, de conformidad con un plan divino, nació en Belén de Judea. El creció en Nazaret como hijo de un carpintero, llevando en Su persona tanto la naturaleza mortal como la inmortal que recibió, respectivamente, de Su madre terrenal y de Su Padre Celestial.

Durante Su breve ministerio terrenal, Jesús recorrió los polvorientos caminos de Palestina curando a los enfermos, devolviendo la vista a los ciegos, restituyendo la vida a los muertos, enseñando Su trascendental y hermosa doctrina. Él fue, tal como lo profetizó Isaías, un "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isaías 53:3). Se allegaba a los afligidos y los invitaba a que pusieran sus cargas sobre Él, diciéndoles: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:30). "Anduvo haciendo bienes", y fue odiado por ello (Hechos 11:30). Sus enemigos lo persiguieron. Fue arrestado, juzgado en base a acusaciones falsas, condenado a fin de satisfacer las demandas del populacho y sentenciado a morir en la cruz en el monte de la Calavera. Le atravesaron con clavos las manos y los pies; agonizante y dolorido, fue colgado allí al haberse ofrecido para expiar los pecados de la humanidad. En Su momento final, exclamó: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"

(Lucas 23:34).

Jesús fue sepultado en una tumba prestada y al tercer día se levantó de ella. Hizo entonces Su aparición triunfal como vencedor de la muerte, primicias de todos los que durmieron. Con Su resurrección, trajo la promesa a toda la familia humana de que la vida es sempiterna, que así como en Adán todos mueren, en Cristo todos serán vivificados (véase 1 Corintios 15:20-22). No hay nada en toda la historia de la humanidad que se compare a la maravilla, el esplendor, la magnitud o los frutos de la vida insuperable del Hijo de Dios, quien murió por cada uno de nosotros. Él es nuestro Salvador. Él es nuestro Redentor. Tal como lo profetizó Isaías: "Se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz" (Isaías 9:6).

Él es la principal piedra angular de la iglesia que lleva Su nombre—La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. No hay otro nombre dado a los hombres en que podamos ser salvos (véase Hechos 4:12). Él es el autor de nuestra salvación y el que nos da la vida eterna (véase Hebreos 5:9). No hay otro como Él. Nunca lo ha habido y nunca lo habrá. Agradecemos a Dios por habernos dado a Su Hijo Amado, quien sacrificó Su vida para que nosotros podamos vivir y es la principal e inamovible piedra angular de nuestra fe y de Su iglesia.

La segunda piedra angular es la primera visión que recibió el profeta José Smith. Fue en el año 1820, durante la primavera. Aquel jovencito fue, con sus preguntas, a una arboleda en la granja de su padre y, una vez allí, encontrándose solo, suplicó en oración que se le concediera la sabiduría que Santiago prometió que se les daría abundantemente a todos aquellos que, con fe, la pidieran de Dios (véase Santiago 1:5). Allí, en circunstancias que describió detalladamente, el joven contempló al Padre y al Hijo—al Dios magnífico del universo y al Señor resucitado—los cuales le hablaron.

Esa experiencia trascendental inició la maravillosa obra de la restauración y abrió las puertas a la prometida "dispensación del cumplimiento de los tiempos".

Durante más de un siglo y medio, muchos enemigos, críticos y pseudoeruditos han malgastado su vida tratando de refutar la validez de aquella visión. Por supuesto, no pueden comprenderla. Las cosas de Dios han de entenderse por el Espíritu de Dios. No ha habido nada que pueda compararse en magnitud a dicha visión desde que el Hijo de Dios anduvo en la tierra como ser mortal. Sin esta piedra fundamental de nuestra fe y de nuestra organización, nada tenemos. Con ella, lo tenemos todo.

Mucho se ha escrito y se escribirá aún para tratar de contradecirla. La mente finita no puede comprenderla, pero la aseveración del Espíritu Santo que un incalculable número de personas han recibido durante muchos años desde que aconteciera, da testimonio de su veracidad, de que sucedió tal como José Smith lo declaró, de que fue tan real como el mismo amanecer en Palmyra, de que es una significativa piedra fundamental, una piedra angular, sin la cual la Iglesia no podría estar "bien coordinada".

La tercera piedra angular es el Libro de Mormón. Yo puedo tenerlo en mis propias manos, porque es real. Contiene un peso y una substancia que puede medirse físicamente. Puedo abrir sus páginas y leerlo, y su lenguaje es hermoso y edificante. Los antiguos anales de los cuales fue traducido salieron de la tierra como una voz que habla desde el polvo. Llegó como testimonio de varias generaciones de hombres y mujeres que vivieron sobre la tierra, lucharon contra la adversidad, altercaron y pelearon y que en algunas ocasiones vivieron en base a la ley divina y prosperaron, mientras que en otras se apartaron de Dios y fueron destruidos. Contiene lo que ha dado en llamarse el quinto Evangelio, un emotivo testamento del nuevo mundo concerniente a la visita del Redentor resucitado a las tierras del hemisferio occidental.

La evidencia de su veracidad y de su validez en un mundo propenso a exigir pruebas, no se basa en la arqueología ni en la antropología, aunque estas ciencias podrían ser de ayuda para algunos. No se apoya en el análisis de palabras ni en la investigación histórica. La evidencia de su veracidad y de su validez se encuentra en sus propias páginas. La prueba de su verdad proviene de su lectura. Es un libro de Dios. Algunas personas razonables podrían cuestionar con sinceridad su origen, pero todo aquel que lo lea con buen espíritu podrá llegar a saber, mediante un poder que supera sus sentidos naturales,

que es verdadero, que contiene la palabra de Dios, que describe las verdades salvadoras del Evangelio sempiterno, que se recibió por medio del don y el poder de Dios "para convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo" (portada del Libro de Mormón).

El Libro de Mormón se encuentra aquí. Debemos explicarlo. Y sólo puede explicarse como su propio traductor explicó su origen. Juntamente con la Biblia, a la cual acompaña, constituye otro testimonio para una generación incrédula de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Es una piedra angular inexpugnable de nuestra fe.

La piedra angular número cuatro es la restauración del poder y autoridad del sacerdocio en la tierra. Dicha autoridad les fue conferida antiguamente a los hombres. La autoridad menor fue dada a los hijos de Aarón para que administraran las cosas temporales como así también algunas sagradas ordenanzas eclesiásticas, y el sacerdocio mayor fue dado por el Señor mismo a cada uno de Sus Apóstoles cuando declaró: "A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos" (Mateo 16:19).

Su completa restauración incluyó la aparición del precursor de Cristo, Juan el Bautista, quien fue decapitado para satisfacer el capricho de una mala mujer, y de Pedro, Jacobo y Juan, quienes caminaron fielmente con el Maestro antes de Su muerte y, después, proclamaron Su resurrección y divinidad. Incluyó asimismo a Moisés, a Elías y a Elías el Profeta, para que cada uno de ellos trajera las llaves del sacerdocio a fin de completar la obra de restaurar todas las ceremonias y ordenanzas de las dispensaciones anteriores en esta grande y última "dispensación del cumplimiento de los tiempos".

El sacerdocio se halla ahora aquí. Se nos ha conferido. Actuamos mediante esa autoridad. Hablamos como hijos de Dios en el nombre de Jesucristo y como poseedores de esta divina investidura que hemos recibido. Lo sabemos bien porque hemos presenciado el poder del sacerdocio. Hemos visto sanar a los enfermos, hacer caminar a los cojos e iluminar con conocimiento y entendimiento a los que permanecían en tinieblas.

Pablo escribió lo siguiente con respecto al sacerdocio: "Nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón" (Hebreos 5:4). No lo hemos obtenido comprándolo ni negociándolo. El Señor lo ha conferido a hombres considerados dignos de recibirlo, no importa cuál sea su condición social, el color de su piel ni la nación en que vivan. Es el poder y la autoridad para gobernar en cuanto a los asuntos del reino de Dios. Sólo se confiere por ordenación mediante la imposición de manos por parte de aquellos que tienen la autoridad para hacerlo. La condición para merecerlo es la obediencia a los mandamientos de Dios. No existe otro poder como éste en la tierra. Su autoridad se extiende más allá de esta vida, por detrás del velo de la muerte, hacia la eternidad. Su trascendencia es sempiterna.

Éstos son los dones recibidos de Dios como piedras angulares inamovibles que cimentan La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, como asimismo el testimonio y la convicción personal de sus miembros: (1) la realidad y la divinidad del Señor Jesucristo como el Hijo de Dios; (2) la sublime visión del Padre y del Hijo concedida a José Smith para introducir la "dispensación del cumplimiento de los tiempos"; (3) el Libro de Mormón como la palabra de Dios para declarar la divinidad del Salvador; y (4) el sacerdocio de Dios conferido divinamente a fin de que se ejerza con toda justicia para bendecir a los hijos de nuestro Padre Celestial. Cada una de estas piedras angulares se relaciona con las demás, conectadas entre sí por el fundamento de Apóstoles y Profetas, todas subordinadas a la principal piedra del ángulo, que es Jesucristo. Su iglesia ha sido establecida, "bien coordinada", para bendición de todos los que acepten Su ofrenda (véase Efesios 2:21).

Por tanto, afirmada en sus cimientos y bien coordinada en su estructura, la Iglesia permanece como la creación del Todopoderoso. Es un refugio contra las tormentas de la vida. Es un refugio de paz para los afligidos. Es una casa de auxilio para los necesitados. Es la protectora de la verdad eterna y maestra de la voluntad divina. Es la Iglesia verdadera y viviente del Maestro.

Capítulo 3

"NO NOA HA DADO DIOS ESPÍRITU DE COBARDÍA"

Al viajar por todo el mundo y a través de toda mi vida, he conocido a mucha gente con diversos problemas y afanosas preocupaciones. En respuesta a esos problemas e iniquidades, con frecuencia he recordado algunas palabras escritas hace tanto tiempo por el apóstol Pablo. En aquellos momentos probablemente se encontraba prisionero en Roma, listo, como él dijo, "para ser sacrificado" (véase 2 Timoteo 4:6). Pablo había sido un gran misionero, incansable en su testimonio, celoso en su deseo de testificar en cuanto al Señor resucitado. Sabía que sus días estaban contados y con mucho sentimiento escribió a su compañero menor, Timoteo, a quien se refirió como su "amado hijo": "Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti ... Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Timoteo 1:6-7).

¿Quién de nosotros podría decir que jamás ha sentido el espíritu de cobardía? No conozco a nadie que se haya sentido completamente libre de temores. Algunos, por supuesto, experimentan temores en un grado mayor que otros. Algunos tienen la capacidad para superarlos mientras que otros se sienten atrapados y arrastrados por el temor y aun se dejan vencer. Padecemos el temor a la burla, al fracaso, a la soledad, a la ignorancia. Algunos temen el presente, otros el futuro. Algunos llevan sobre sí la carga del pecado y darían casi cualquier cosa por librarse de esa carga, pero temen transformar su vida. Debemos reconocer que el temor no viene de Dios, sino que este elemento torturador y destructivo proviene del adversario de toda verdad y justicia. El temor es el antítesis de la fe y su efecto es corrosivo, y aun fatal.

"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio". Estos principios son antídotos eficaces de los temores que nos privan de nuestra fortaleza y que a veces nos llevan al fracaso. Son principios que nos dan poder.

¿Qué clase de poder? El poder del Evangelio, el poder de la verdad, el poder de la fe, el poder del sacerdocio.

Martín Lutero fue uno de los grandes y valientes reformadores de la Restauración. Me agradan mucho las palabras de su magnífico himno:

Baluartes firme es nuestro Dios,
de protección eterna.
Amparo grande es nuestro Dios;
los males Él sujeta.
Supremo es Su poder.
Rescata a todo ser.
Con potestad obró.
Él todo lo creó,
y para siempre reinará.
—Himnos, 1992, N° 32

El conocimiento de que somos hijos e hijas de Dios nos proporciona un gran fortalecimiento. En nosotros se anida algo divino. Quienes poseen este conocimiento y permiten que influya en su vida no consentirán en hacer nada que sea malo, vulgar o indebido. Debemos alentar la naturaleza divina que

poseemos para que se manifieste. Por ejemplo, no debemos temer que se burlen de nosotros a raíz de nuestra fe. En ocasiones hemos sido objeto de ciertas burlas, pero en nuestro interior contamos con un poder que nos hará superarlas y, en realidad, convertirlas aun en algo benéfico.

Recuerdo haber oído acerca de una experiencia que tuvo una joven adolescente que residía lejos de la cabecera de la Iglesia y que había logrado cambiar con éxito la vida de muchos de sus amigos. Éstos, que ninguno era miembro de la Iglesia, hablaron acerca de tener una fiesta y ella, con firmeza, dijo: "Podremos divertirnos mucho, pero no tenemos necesidad de beber alcohol".

Lo maravilloso era que sus amigos la respetaban mucho. Además, su actitud contribuyó a desarrollar fortaleza en otros, quienes tuvieron la valentía de ser responsables, decentes y sensatos gracias a su ejemplo. Dios nos ha dado el poder del Evangelio para elevarnos por encima de nuestros temores.

Dios nos ha dado el poder de la verdad.

El presidente Joseph F. Smith declaró una vez: "Nosotros creemos en toda verdad, no importa a qué tema se refiera. No existe una secta o denominación religiosa [o, podría decir, ningún investigador de la verdad] en todo el mundo que posea un solo principio de la verdad que nosotros no aceptemos o que rechazemos. Estamos dispuestos a recibir toda verdad, no importa de qué fuente proceda; porque la verdad permanecerá, la verdad perdurará" (Gospel Doctrine, Salt Lake City, Deseret Book Co., 1939, pág. 1).

Nada debemos temer mientras caminemos a la luz de la verdad eterna. Pero será mejor que sepamos discernir. La sofistería tiene habilidad para disfrazarse como verdad. Las verdades a medias suelen emplearse aparentando ser verdades genuinas. Las insinuaciones son frecuentemente utilizadas por los enemigos de esta obra con el aspecto de la verdad. Las teorías y conjeturas suelen exponerse como si fueran verdades confirmadas, cuando en realidad tal procedimiento muy bien podría ser la esencia misma de la falsedad.

John Jaques, un converso inglés, lo dijo con estas hermosas palabras que hoy cantamos:

¿Qué es la verdad?

Es principio y fin,

y sin límites siempre será.

Aunque, cielo y tierra dejaran de ser,

la verdad, la esencia de todo vivir,

seguiría por siempre ja-más.

—Himnos, 1992, N° 177

No debemos temer mientras tengamos en nuestra vida el poder que emana del vivir correctamente en base a la verdad que proviene de Dios, nuestro Padre Eterno.

Y tampoco debemos temer mientras poseamos el poder de la fe.

La Iglesia cuenta con un sinnúmero de críticos y toda una hueste de enemigos que se burlan de lo que es sagrado. Subestiman y menosprecian lo que hemos recibido de Dios. Gratifican los deseos de otros que evidentemente disfrutaban cuando ven que lo sagrado se representa como algo divertido. No puedo pensar en nada que esté menos en armonía con el espíritu cristiano tal como este tipo de actividad.

Nos duele que se profane lo que para nosotros es sagrado. Pero no debemos temer. Esta causa es superior a toda persona y prevalecerá sobre todos sus enemigos. Sólo necesitamos seguir avanzando, sin temor, mediante el poder de la fe. En los tempranos días de esta obra, el Señor dijo: "Así que, no temáis, rebañito; haced lo bueno; aunque se combinen en contra de vosotros la tierra y el infierno,

pues si estáis edificados sobre mi roca, no pueden prevalecer . . . Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis. Mirad las heridas que traspasaron mi costado, y también las marcas en mis manos y pies; sed fieles; guardad mis mandamientos y heredaréis el reino de los cielos" (D&C 6:34, 36-37).

Pablo escribió a los corintios: "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos" (1 Corintios 16:13).

Dios nos ha dado el poder del amor.

(Amor a qué? Amor al Señor; amor a Su obra, Su causa, y Su reino; amor por la gente; amor de unos a otros. Yo he podido comprobar, una y otra vez, que el amor de Dios puede trasponer el abismo del temor.

El amor a la Iglesia también puede rescatar al hombre de la duda. Recuerdo mi experiencia universitaria de hace más de cincuenta años. En diversas maneras, aquél fue un período deprimente. Fue una época de cinismo y desaliento. Eran los días de la llamada Gran Depresión económica. Cuando me gradué en 1932, el desempleo había llegado a más del treinta por ciento. Tanto los Estados Unidos como el resto del mundo se hallaban en situación desesperante. Fue una época en que se formaban largas filas para conseguir un plato de sopa y tuvieron lugar muchos suicidios.

Los jóvenes en edad universitaria tienden a ser, de todos modos, un tanto críticos y cínicos, pero tal actitud se vio incrementada en la década de 1930 por el cinismo propio de la época. Era fácil cavilar en cuanto a muchos temas, cuestionar las cosas de la vida, del mundo, de la Iglesia y de aspectos del Evangelio. Pero también fue una época de regocijo y de amor. Detrás de aquellos pensamientos, yo contaba con el íntimo fundamento que provenía del amor de mis padres y de mi buena familia, de un magnífico obispo, de maestros dedicados y fieles, y de Escrituras para leer y meditar sobre ellas.

Aunque en nuestra juventud teníamos dificultad en comprender muchas cosas, en nuestro corazón poseíamos algo del amor hacia Dios y Su obra maravillosa que nos enaltecía por encima de cualquier duda o temor. Amábamos al Señor y también a nuestros buenos y honorables amigos. De tal amor obteníamos una gran fortaleza.

Cuan inmenso y magnífico es el poder del amor para superar los temores y las dudas, las preocupaciones y el desaliento.

"No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino . . . de dominio propio".

¿Qué quiso decir Pablo con las palabras "dominio propio"? Yo creo que se refirió a la lógica fundamental del Evangelio. Para mí el Evangelio no es un gran volumen de jerga teológica, sino algo simple y hermoso, con una sencilla verdad tras otra en ordenada sucesión. No me preocupan los misterios. No me interesa si las puertas del cielo son giratorias o corredizas, sólo que se abran. No me preocupa si el profeta José Smith pudiese haber dado varias versiones de la primera visión más de lo que pueda interesarme que los cuatro Evangelios en el Nuevo Testamento provengan de diferentes autores, cada uno de ellos con su propio discernimiento y relatando a su manera los acontecimientos de conformidad con los propósitos del momento.

Mucho más me interesa el hecho de que Dios ha revelado en esta dispensación un plan maravilloso, magnífico y hermoso que inspira a hombres y mujeres a amar a su Creador y Redentor, a apreciarse y servirse mutuamente, a andar con fe por el sendero que conduce hacia la inmortalidad y la vida eterna.

Estoy agradecido por la maravillosa declaración de que "la gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad" (D&C 93:36). Estoy agradecido por el mandato que hemos recibido de buscar "palabras de sabiduría de los mejores libros" y de adquirir conocimiento, "tanto por el estudio como por la fe" (D&C 88:118).

Cuando yo era estudiante universitario, se suscitaban muchos debates en cuanto a la evolución

orgánica. Yo tomé cursos de geología y de biología y escuché toda la historia del darwinismo tal como se enseñaba entonces. Era interesante y pensé mucho sobre eso, pero no permití que me desviara porque yo había leído lo que dicen las Escrituras en cuanto a nuestros orígenes y a nuestra relación con Dios. Desde entonces me he familiarizado con lo que para mí es una evolución mucho más importante y maravillosa. Y ésta es la evolución de los hombres y las mujeres como hijos e hijas de Dios, nuestro Creador, y de nuestro magnífico potencial de progresar como tales. Para mí, este gran principio es manifestado en los siguientes versículos de revelación: "Y lo que no edifica no es de Dios, y es tinieblas. Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto" (D&C 50:23-24).

Quisiera que meditáramos sobre estas palabras. Constituyen en sí una maravillosa promesa concerniente al gran potencial que cada uno de nosotros posee en su interior, un potencial nacido de la ofrenda plantada en nosotros como una expresión del amor de Dios por Sus hijos e hijas.

¿Qué es lo que debemos temer con respecto a nuestros problemas y dificultades en la vida? "Sólo el temor mismo", como dijo el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt en un sentido diferente.

Refirámonos otra vez a las verdades enormemente importantes que Pablo enseñó: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio". Y entonces dio este gran mandato a Timoteo: "Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor" (2 Timoteo 1:7-8).

Ruego que este consejo sea un verdadero cometido para cada uno de nosotros. Andemos con confianza—jamás con arrogancia—y con tranquila dignidad en nuestra convicción concerniente a Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor. Fortalezcámonos con la fortaleza que de Él proviene. Procuremos encontrar la paz que constituye la esencia misma de Su ser. Estemos dispuestos a sacrificarnos en base al espíritu de Aquel que se ofreció a Sí mismo en sacrificio por toda la humanidad. Andemos con rectitud de conformidad con Su mandamiento: "Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová" (Isaías 52:11). Arrepintámonos de toda maldad para cumplir así con Su mandato y entonces procuremos ser perdonados en base a la misericordia que El nos ha prometido. Demostrémosle nuestro amor mediante el servicio al prójimo.

Capítulo 4

EL PADRE, EL HIJO, Y EL ESPÍRITU SANTO

El primer artículo de nuestra fe ocupa un lugar de vital importancia en nuestra religión. Es realmente significativo que, al declarar los elementos primordiales de nuestra doctrina, el profeta José Smith haya enunciado esto en primer lugar:

"Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en Su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo".

La preeminencia otorgada a esta declaración está de acuerdo con otra declaración del Profeta: "El primer principio del Evangelio consiste en conocer con certidumbre la naturaleza de Dios" (History of the Church 6:305).

Estas declaraciones tan inmensamente significativas e integrales están en armonía con las palabras del Señor en Su maravillosa oración intercesora cuando dijo: "Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

Cierta vez recibí un panfleto escrito por un crítico, un enemigo de la Iglesia cuyo deseo es destruir la fe de los débiles y los iletrados. En él reitera las mentiras que se han venido repitiendo por más de un siglo y pretende enunciar lo que, como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ustedes y yo creemos. Sin ánimo de entrar en polémica con ninguno de nuestros amigos de otras religiones, a muchos de quienes conozco y respeto sinceramente, quiero aprovechar esta ocasión para manifestar mi posición en cuanto a este importantísimo tema teológico.

Yo creo en Dios, nuestro Padre Eterno, sin reserva ninguna. Él es mi Padre, el Padre de mi espíritu, y el Padre del espíritu de toda la humanidad. El es el gran Creador y el Rey del universo. El es quien dirigió la creación de esta tierra en que vivimos. El hombre fue creado a Su imagen. El es un Ser personal y real. El es un individuo y "tiene un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre" (D&C 130:22). Según el relato de la creación de la tierra, Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" (Génesis 1:26).

¿Podría algún otro lenguaje ser más explícito? ¿Degrada acaso a Dios, como creen algunos, que el hombre haya sido creado expresamente a imagen Suya? Antes bien, ello debería despertar en el corazón de hombres y mujeres un mayor aprecio para consigo mismos como hijos e hijas de Dios. Las palabras de Pablo a los santos de Corinto son tan apropiadas hoy para nosotros como lo fueron entonces para ellos: "¿No sabéis que sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (1 Corintios 3:16-17).

Recuerdo una ocasión cuando, hace más de cincuenta años, yo era misionero y me encontraba hablando en una reunión al aire libre en el Parque Hyde, en Londres. Al presentar mi mensaje, un provocador me interrumpió diciendo: "¿Por qué no se conforma usted con la doctrina de la Biblia que dice en Juan [4:24] que 'Dios es Espíritu'?"

Yo abrí mi Biblia y le leí en su totalidad el versículo que mencionaba: "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". Entonces dije: "Por supuesto que Dios es un espíritu y también lo es usted, en la combinación del espíritu y el cuerpo que lo constituye en un ser viviente; y también lo soy yo".

Cada uno de nosotros es un ser dual como entidad espiritual y entidad física. Todos entendemos cuán real es la muerte cuando el cuerpo fallece, y sabemos que el espíritu continúa existiendo como

una entidad individual y que, en determinado momento, conforme al plan divino posibilitado por el sacrificio del Hijo de Dios, se efectuará la reunión del espíritu y el cuerpo. Al declarar Jesús que Dios es un espíritu, no niega el hecho de que posee un cuerpo, tal como yo puedo declarar que soy un espíritu y que a la vez tengo un cuerpo.

Yo no comparo mi cuerpo con el de Dios en cuanto a pureza, capacidad, belleza y refulgencia. Su cuerpo es eterno. El mío es mortal. Pero eso incrementa mi reverencia por El. Lo adoro "en espíritu y en verdad". El me da fortaleza. Le suplico en oración que enriquezca mi sabiduría. Procuró amarlo con todo mi corazón, alma, mente y fuerza. Su sabiduría supera la sabiduría de todos los hombres. Su poder es mayor que los poderes de la naturaleza, porque El fue Su Creador Omnipotente. Su amor es más grande que el de cualquier otra persona, porque Su amor abarca a todos Sus hijos y Su obra y Su gloria consiste en llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de todos Sus hijos e hijas de todas las generaciones (véase Moisés 1:39). "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

El es el Todopoderoso ante quien me presento con admiración y reverencia. Es El a quien contemplo con temor y estremecimiento. Es El a quien adoro y rindo honor, alabanza y gloria. El es mi Padre Celestial, quien me ha invitado a acercarme en oración para hablar con Él, con la certidumbre de que ha prometido escucharme y responderme.

Le agradezco por la luz, el conocimiento y el entendimiento que ha concedido a Sus hijos. Le agradezco por Su voz, mediante la cual ha declarado verdades eternas con poder y con promesas. Le agradezco por haberse revelado a Sí mismo, tal como lo relata el Antiguo Testamento, y por Su declaración, según se explica en el Nuevo Testamento, en ocasión del bautismo de Su amado Hijo en las aguas del río Jordán, cuando se oyó Su voz decir: "Este es mi Hijo Amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17).

Le agradezco por Su similar declaración en el Monte de la Transfiguración al hablarles nuevamente a Jesús y a los Apóstoles, y también a los ángeles, cuando "seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.

"Y he aquí les aparecieron Moisés y Elias, hablando con él.

"Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, una para Moisés y otras para Elias.

"Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd" (Mateo 17:1-5).

Le agradezco por esa voz que se escuchó otra vez cuando el Señor resucitado fue presentado a la gente de este hemisferio y Dios declaró: "He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco, en quien he glorificado mi nombre" (3 Nefi 11:7).

Siento asombro, reverencia y gratitud por Su aparición en esta dispensación cuando, al presentarle el Señor resucitado al joven que había recurrido a El en oración, el Padre declaró: "Éste es mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!" (JS-H 1:17).

Yo creo en el Señor Jesucristo, el Hijo del Dios eterno y viviente. Creo que El es el Primogénito del Padre, el Unigénito del Padre en la carne. Creo que El es una persona separada y distinta de Su Padre. Yo creo en la declaración de Juan, quien comenzó su relato evangélico con esta aserción majestuosa:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:1-2, 14).

Yo creo en que El nació de María, quien era del linaje de David, como el Mesías prometido; que fue, verdaderamente, engendrado por el Padre y que con Su nacimiento se cumplió la profética declaración de Isaías: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Príncipe de Paz" (Isaías 9:6).

Yo creo que, como ser mortal, Él ha sido el único hombre perfecto que jamás haya caminado sobre la tierra. Creo que en Sus palabras se encuentran la luz y la verdad que, si se obedecen, salvarán al mundo y exaltarán a la humanidad. Creo que en Su sacerdocio descansa la autoridad divina, el poder para bendecir, para sanar, para administrar los asuntos temporales de Dios, y para sellar en los cielos lo que haya de sellarse en la tierra.

Creo que por medio de Su sacrificio expiatorio, al ofrecer Su vida en el monte de la Calavera, rescató de los pecados a la familia humana, aliviándonos de la carga de los pecados si estamos dispuestos a despreciar la maldad y a seguirle. Yo creo en la realidad y en el poder de Su resurrección. Creo en la gracia de Dios demostrada mediante el sacrificio y la redención de Jesús, y que Su expiación nos ofrece, a cada uno de nosotros y sin que tengamos que pagar precio alguno, el don para resucitar de la muerte. Creo además que ese sacrificio ofrece a todos los hijos de Dios, hombres y mujeres, la oportunidad de alcanzar la vida eterna y la exaltación en el reino de nuestro Padre si le escuchamos y obedecemos Sus mandamientos.

Ninguna otra persona mayor que El ha caminado jamás en la tierra. Nadie ha hecho jamás un sacrificio comparable ni nos ha ofrecido una bendición semejante. El es el Salvador y Redentor del mundo. Yo creo en El y declaro Su divinidad sin equivocación ni transigencia alguna. Lo amo y pronuncio Su nombre con reverencia y admiración. Lo adoro tal como adoro a Su Padre, en espíritu y en verdad. Le agradezco y me inclino ante Sus heridos pies, manos y costado, con verdadero asombro por el amor que me brinda.

Gracias rindamos a Dios por Su Hijo Amado, quien hace mucho tiempo, acercándose, nos dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:28-30).

Él vive, primicias de la Resurrección. Yo sé que vive hoy tan ciertamente, tan realmente y tan personalmente como vivió cuando, como nuestro Señor resucitado, invitó a Sus desalentados discípulos diciéndoles: "Venid, comed ... Y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado" (Juan 21:12-13).

Las Escrituras mencionan a otros ante quienes se mostró y con quienes habló como el Hijo viviente y resucitado de Dios.

De igual manera se apareció en esta dispensación, y quienes lo vieron declararon: "Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive! Porque lo vimos a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre; que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas de Dios" (D&C 76:22-24).

Este es el Cristo en quien yo creo y de quien doy testimonio.

Tal conocimiento proviene de la palabra de las Escrituras y ese testimonio emana del poder del Espíritu Santo. Es un don, sagrado y maravilloso, manifestado por revelación del tercer miembro de la Trinidad. Yo creo en el Espíritu Santo como un personaje de espíritu que ocupa Su propio lugar con el Padre y el Hijo, y que los tres constituyen la divina Trinidad.

La importancia de tal ubicación quedó explicada con las palabras del Señor cuando dijo: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero" (Mateo 12:31-32).

El hecho de que el Espíritu Santo era reconocido en la antigüedad como un miembro de la Trinidad se manifiesta en la conversación que Pedro mantuvo con Ananías cuando éste substrajo parte del dinero que obtuvo al vender un terreno. "Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo . . . ? No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hechos 5:3-4).

El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad, el Consolador que el Salvador prometió

habría de enseñar todas las cosas a Sus seguidores y que les haría recordar todas las cosas que El les había dicho (véase Juan 14:26).

El Espíritu Santo es el Testigo de la verdad que puede enseñar a la humanidad todo lo que por sí misma no puede aprender. Con las magníficas e inspiradoras palabras de Moroni, el conocimiento de la veracidad del Libro de Mormón se promete a todos "por el poder del Espíritu Santo". Moroni declara: "Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas" (Moroni 10:4-5).

Yo creo que este poder, este don, está hoy en día a nuestra disposición.

Yo creo en Dios el Eterno Padre, y en Su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo.

En el nombre de estos tres fui bautizado. En el nombre de estos tres fui sellado en matrimonio. No tengo duda alguna en cuanto a Su existencia e individualidad. Dicha individualidad quedó demostrada cuando Jesús fue bautizado por Juan en el río Jordán. Allí, en el agua, se encontraba el Hijo de Dios. La voz del Padre se dejó oír declarando la naturaleza divina de Su Hijo, en tanto que el Espíritu Santo se manifestó en forma de paloma (véase Mateo 3:16-17).

Yo sé bien que Jesús dijo que quienes le veían, habían visto en El al Padre. ¿No pueden acaso decir muchos lo mismo cuando un hijo se asemeja a su padre? ¡Por cierto que cuando Jesús oró al Padre no estaba hablando consigo mismo! Ellos son personas distintas, pero uno en propósito e intención. Están unidos en la empresa de llevar a cabo este magnífico y divino plan para la salvación y exaltación de los hijos de Dios.

En Su maravillosa y emotiva oración en aquel jardín antes de ser traicionado, Cristo suplicó al Padre con respecto a los Apóstoles que tanto amaba, diciendo: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros" (Juan 17:20-21). Es esa perfecta unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lo que asocia a los tres en el todo de la Trinidad.

Milagro de milagros y maravilla de maravillas, Ellos están interesados en nosotros y nosotros somos la esencia de Su espléndida preocupación. Ellos están a la disposición de cada uno de nosotros. Recurrimos al Padre por intermedio del Hijo, quien es nuestro intercesor ante el trono de Dios. ¡Cuán maravilloso es que podamos hablar al Padre en el nombre del Hijo y, por medio del Espíritu Santo como un don divino, saber que realmente estos Seres vivientes constituyen la Trinidad.

Capítulo 5

EL PODER SANADOR DE CRISTO

Hace poco nos encontrábamos en la ciudad de Bacolod, en la isla Negros Occidentales, República de Filipinas, donde para gran sorpresa mía encontré a un hombre a quien no había visto por muchos años. El clima era extremadamente caluroso—como de costumbre en Bacolod, que una vez fue el centro de la industria azucarera en las Filipinas—y mi amigo vestía camisa de mangas cortas, pantalones oscuros y zapatos bien lustrados. A su lado se hallaba su bella esposa y yo les pregunté: "¿Qué hacen aquí?"

Sonriendo, me contestó: "Estamos haciendo la obra del Señor y ayudando a esta gente. Somos misioneros".

"¿Y dónde viven?," dije.

"En una casita en Iloilo, en la isla Panay. Vinimos en una barca para asistir a la conferencia".

Pensé entonces en la última vez que les había visto, pocos años antes. Ellos vivían entonces en un hermoso hogar en Scarsdale, Nueva York. Él era un químico muy distinguido y renombrado, doctorado en ingeniería química y trabajaba entonces para una de las grandes compañías multinacionales con oficinas centrales en Nueva York. Se le adjudicaba el mérito de haber formulado el ingrediente químico de un producto que ahora se vende en todo el mundo, cuyo nombre es conocido por millones de personas y cuya venta ha producido enormes ganancias para esa compañía. Él recibía muy buen salario y era muy respetado por todos.

También era presidente de una estaca de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y tenía bajo su dirección un verdadero ejército de trabajadores que servían fielmente en sus barrios locales, muchos de los cuales debían viajar diariamente hasta y desde la ciudad de Nueva York donde ocupaban posiciones de gran responsabilidad en algunas de las grandes corporaciones norteamericanas. Y este hombre era su líder en la Iglesia.

Ahora estaba jubilado y él y su esposa habían vendido su hermoso hogar, regalado a sus hijos los muebles que éstos querían y donado el resto a otros. Habían vendido sus automóviles y otras pertenencias con excepción de sus ropas, fotografías de la familia y registros de historia familiar. Se ofrecieron entonces al servicio del Señor y de Su Iglesia para que se los enviara a cualquier lugar a expensas propias.

Ahora se hallaban en la Misión Filipinas Bacolod, trabajando entre la gente maravillosa y amigable de esa región. El desempleo allí es considerable y hay mucha pobreza, pero por doquiera que va, esta pareja inspira la vida de todos aquellos entre quienes sirven. Se encuentran allí para sanar a las personas que sufren, enseñarles el Evangelio de Cristo y llevarles ánimo, fortaleza, esperanza y fe. Están allí para curar las heridas del error y la contención. Están allí para bendecir a los enfermos y ayudar a los que tienen cuerpos enfermizos y mentes desalentadas. Su sonrisa es contagiosa; su risa es agradable de oír. Viven con humildad entre los pobres, al nivel mismo de la gente pero sobre pies firmes para levantarla con manos fuertes.

Este hombre, ex ejecutivo neoyorquino, y su encantadora esposa están al servicio del Salvador, contribuyendo todo su tiempo, sus medios y su amor para bendecir con salud la vida de muchos que se sienten descorazonados y necesitan ayuda. He aquí un hombre jubilado, un hombre de mucho

conocimiento y reconocida capacidad, que ahora vive en una casa de mínimas comodidades, tan pequeña que hasta podría caber en la sala de estar de su morada anterior.

El y su esposa están allí con otras personas como ellos. Los dos forman parte de un grupo de notables y devotas parejas mayores de misioneros que ayudan a mucha gente afectada por numerosos problemas. Ellos no reciben remuneración alguna, sino que solventan sus propios gastos. Los bienes de este mundo tienen muy poco significado para ellos; vendieron todas sus posesiones para ir a las Filipinas y están dispuestos a permanecer allí por tanto tiempo como la Iglesia se los pida. Y después desean ir a otra misión. Son sanadores entre la gente y sirven en la causa del Sanador de sanadores.

Desde esa vez he meditado mucho acerca del poder de Cristo para sanar y bendecir. Fue El quien dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). En este mundo de enfermedades y de pesar, de angustia, de celos y de avaricia, es mucho lo que debe sanarse para tener vida en abundancia.

El profeta Malaquías declaró: "A vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación" (Malaquías 4:2).

Esa profecía se cumplió. Jesús, el Hijo de Dios, vino a la tierra con poder sobre la vida y la muerte. Sanó a los enfermos, abrió los ojos de los ciegos, hizo caminar a los cojos y levantó de la tumba a los muertos. El fue el hombre de los milagros que "anduvo haciendo bienes" (Hechos 10:38).

"Vino, pues, Jesús otra vez a Cana de Galilea ... Y había en Capernaum un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo. Éste, cuando oyó que Jesús había llegado de Judea a Galilea, vino a él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir . . .

"Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive" (Juan 4:46-47, 50-51).

Éste fue el segundo de muchos milagros que el Maestro realizó. Cristo sanaba con el poder de Dios, que El mismo poseía. Y dio ese poder a Sus discípulos escogidos cuando dijo: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos" (Mateo 16:19).

Ese mismo poder ha sido restaurado en esta generación. Se recibió mediante la imposición de manos de Pedro, Santiago y Juan, quienes a su vez lo habían recibido del propio Señor. Se le confirió a José Smith, el Profeta de esta dispensación, y existe entre nosotros. Todo el que conozca la historia de la Iglesia estará familiarizado con el relato de Wilford Woodruff concerniente a lo que sucedió el 22 de julio de 1839. En esa época, Nauvoo era un lugar insalubre y pantanoso. Había allí muchas enfermedades y el mismo José Smith se contaba entre quienes las padecían. A pesar de ello, estando lleno del Espíritu, José se levantó de su lecho y fue a los que estaban enfermos para sanarlos y restablecerlos. Entonces cruzó el río hasta la colonia establecida en Montrose, Iowa. Cito ahora las palabras del élder Woodruff:

"La primera casa que visitó fue la que ocupaba el élder Brigham Young, el presidente del quórum de los doce, quien se encontraba enfermo. José lo sanó y entonces él se levantó y acompañó al Profeta para visitar a otros que estaban en la misma condición. Visitaron al élder Woodruff y también a los élderes Orson Pratt y John Taylor, todos los cuales residían en Montrose. También ellos lo acompañaron. El siguiente lugar que visitaron fue el hogar de Elijah Fordham, quien parecía estar dando sus últimos suspiros. Cuando el grupo entró en su habitación, el Profeta de Dios se acercó al hombre moribundo, le tomó la mano derecha y le habló; pero el hermano Fordham no podía ni responder, sus ojos eran como de vidrio y aparentemente se hallaba totalmente inconsciente de todo lo que sucedía a su alrededor. José le sostuvo la mano y en silencio le contempló a los ojos durante cierto tiempo. Todos los que estábamos presentes notamos enseguida un cambio en el semblante del hermano Fordham. Recobró la mirada y cuando José le preguntó si sabía quién era, él, como con un suspiro, respondió, 'Sí'. José le preguntó si tenía fe para ser sanado, a lo cual él contestó: 'Me temo que sea demasiado tarde; si usted hubiese llegado antes, creo que me habría sanado'. El Profeta dijo: '¿Cree

usted en Jesucristo?' Y él respondió con voz débil, 'Sí, creo'. José entonces se mantuvo erguido, reteniéndole en silencio la mano por unos momentos; luego le habló con muy alta voz, diciendo: 'Hermano Fordham, en el nombre de Jesucristo, le ordeno que se levante de este lecho y sea sanado'. Su voz fue como la voz de Dios, no de un hombre. Pareció como si toda la casa hubiese temblado hasta sus cimientos. El hermano Fordham se levantó de la cama y fue sanado inmediatamente. Sus pies estaban envueltos con emplastos que entonces se sacó sacudiéndolos, y poniéndose la ropa comió un tazón de pan con leche, y salió con el Profeta a la calle" (citado por Joseph Fielding Smith en *Essentials in Church History*, edición revisada [Salt Lake City: Deseret Book, 1979], págs. 223-224).

En la antigüedad, Santiago declaró: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiese cometido pecados, le serán perdonados" (Santiago 5:14-15).

Ese poder para sanar a los enfermos está todavía con nosotros. Es el poder del sacerdocio de Dios. Es la autoridad que poseen los élderes de Su Iglesia.

Nosotros aceptamos, elogiamos y empleamos los maravillosos procedimientos de la medicina moderna, los cuales han hecho mucho para aliviar los sufrimientos humanos y prolongar la vida. Estamos en deuda para con los dedicados hombres y mujeres de la ciencia médica que han sabido vencer tantas enfermedades, mitigado tanto dolor y retrasado la mano de la muerte. No podemos expresar debidamente nuestra gratitud hacia ellos. Sin embargo, ellos son los primeros en reconocer las limitaciones de su conocimiento y las imperfecciones de su capacidad para enfrentar los innumerables problemas de la vida y de la muerte. El poderoso Creador de los cielos y de la tierra, y de todo lo que en ellos hay, ha dado a Sus siervos un poder divino que a veces trasciende todos los poderes y conocimientos de la humanidad. Me atrevo a decir que no hay un solo élder fiel de la Iglesia que no pueda referirse a alguna ocasión en que este poder sanador se haya manifestado para bendecir a los enfermos. Es, verdaderamente, el poder sanador de Cristo.

Y existen muchas enfermedades entre nosotros, aparte de las que afligen el cuerpo. Tenemos la enfermedad del pecado. Una de nuestras revistas nacionales publicó una amplia reseña de cierta película sacrilega que ha estado exhibiéndose en las salas de todo el mundo. El editor recibió luego muchas cartas de los lectores, una de las cuales decía: "Yo era un alcohólico y un adúltero, pero he sido liberado por el poder de Jesucristo" {Time, 5 de septiembre de 1988, pág. 7}.

Innumerables personas han testificado en cuanto al poder sanador de Cristo que los ha rescatado de la desolación del pecado, llevándolos a una vida más pura y noble.

Hay entre nosotros muchas enfermedades en otra categoría. Me refiero a los conflictos, las peleas y las discusiones, todo lo cual constituye una enfermedad debilitante en nuestras atribuladas familias. Donde existan tales problemas, deseo alentar a quienes los padezcan que procuren obtener el poder sanador de Cristo. A quienes escuchaban Su sermón en el Monte, Jesús dijo: "Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra ... y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos" (Mateo 5:38-41).

La aplicación de este principio, difícil de cumplir pero maravilloso en cuanto a sus poderes curativos, tendrá un efecto milagroso en los hogares atribulados. El egoísmo es la causa principal de la mayoría de nuestros problemas. Es una enfermedad destructiva. El poder sanador de Cristo, manifestado en la doctrina de andar la segunda milla, obrará maravillas para calmar las discusiones y acusaciones, las críticas y las calumnias.

Ese mismo espíritu sanador obrará milagros en cuanto a las enfermedades de nuestra sociedad actual. El Señor ha declarado que, siendo bendecidos con el poder sanador del Maestro, es nuestro deber "socorre[r] a los débiles, levanta[r] las manos caídas y fortalece[r] las rodillas debilitadas" (D&C 81:5).

Enorme es la capacidad para sanar que tienen aquellos que siguen la admonición de Santiago:

"La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (Santiago 1:27).

Vivimos en un ambiente en el que abundan los litigios y los conflictos, las demandas y las contrademandas. Aun en estas cosas se pueden invocar los poderes sanadores. Cuando yo era joven trabajé con el élder Stephen L Richards, quien entonces era miembro del Consejo de los Doce. Cuando pasó a integrar la Primera Presidencia, me pidió que lo ayudara en cuanto a una cuestión muy seria y delicada, algo de posibles consecuencias muy graves. Después de escucharle cuando me explicó las circunstancias, le dije: "Presidente Richards, usted no me necesita a mí; usted necesita un abogado"; y él me dijo: "Yo soy un abogado. Pero no quiero llevarlo a pleito, sino repararlo".

Encaminamos entonces nuestros esfuerzos a tal fin y tuvimos resultados maravillosos. Ahorramos muchísimo dinero y evitamos confusiones. La tarea prosiguió sin agitación ni publicidad. Y muchas heridas fueron sanadas. Los poderes sanadores del Maestro, los principios del Evangelio de Jesucristo, se invocaron en una situación delicada y dificultosa para reparar lo que de otro modo podría haber resultado en una catástrofe.

No siempre es fácil vivir de conformidad con estos principios cuando nuestra propia naturaleza nos impulsa a contraatacar. Por ejemplo, hay algunos que se han abocado a la tarea de tratar de destruir la obra de Dios. Así ha sido desde los comienzos de la Iglesia y ahora, en épocas recientes, hemos estado experimentando un incremento en acusaciones malignas, falsedades e insinuaciones diseñadas para ultrajar la obra y sus oficiales. Es natural la inclinación a contraatacar, a desafiar estas falsedades y entablar juicio contra sus ejecutores. Pero cuando estas inclinaciones se manifiestan, también se nos presentan las palabras sanadoras del Maestro cuando dijo: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:43-44).

La mayoría de nosotros no ha logrado alcanzar ese nivel de compasión, de amor y de perdón. No es fácil. Requiere una autodisciplina casi mayor que la que somos capaces de ejercer. Pero a medida que lo intentamos, llegamos a saber que existe una fuente sanadora, que en Cristo existe un enorme poder para sanar y que, si hemos de ser verdaderamente Sus siervos, tenemos que ejercer ese poder sanador no sólo en beneficio de los demás sino, y quizás más importante aún, para nuestro propio beneficio.

Me agradecería que ese poder sanador de Cristo pudiese extenderse por toda la tierra y que se difundiese a través de nuestra sociedad y de nuestros hogares a fin de que lograra curar el corazón de los hombres de toda maldad y de los elementos degradantes de la avaricia, el odio y los conflictos. Yo creo que puede suceder. Creo que tiene que suceder. Si el cordero habrá de morar con el león, entonces la paz debe suplantar los conflictos y el sanar debe reparar toda herida.

Jesús de Nazaret sanó a los enfermos entre quienes andaba. Su poder regenerador está hoy con nosotros y puede invocarse por medio de Su santo sacerdocio. Sus divinas enseñanzas, Su ejemplo incomparable, Su vida inigualable y Su sacrificio total sanarán los corazones quebrantados, reconciliarán a quienes discutan y vociferen, y aun esparcirán la paz entre naciones combatientes si se aceptan con humildad, perdón y amor.

Como miembros de la Iglesia de Jesucristo, nuestro es el ministerio de sanar, con el deber de curar las heridas y aliviar el dolor de los que sufren. En un mundo afligido por la avaricia y la contención, con familias afectadas por las discusiones y el egoísmo y con personas acongojadas por el pecado, los problemas y las angustias, invoco el poder sanador de Cristo y testifico en cuanto a su real eficacia y maravilla. Doy testimonio de Jesucristo, quien es la gran fuente de sanidad. El es el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, "el Hijo de Justicia", que vino "con salvación en sus alas" (véase 3 Nefi 25:2).

Capítulo 6

"EL QUE QUIERA SALVAR SU VIDA"

Cierto día domingo por la mañana, hace varios años, me hallaba yo en el hogar de un presidente de estaca en un pequeño pueblo de Idaho. Antes de la oración matutina, la familia leyó en conjunto algunos versículos de las Escrituras. Entre éstos se encontraban las palabras de Jesús tal como se mencionan en Juan 12:24: "De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto".

Es indudable que el Maestro se estaba refiriendo a Su propia muerte, que pronto acontecería, declarando que a menos que Él muriese, Su misión en la vida sería prácticamente en vano. Pero en estas palabras veo aún otro significado. Me parece que el Señor nos está diciendo a cada uno de nosotros que, a menos que nos dediquemos al servicio de los demás, nuestra vida ha de carecer de significado, pues continuó diciendo: "El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará" (Juan 12:25). También, como lo escribió Lucas: "Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará" (Lucas 17:33). En otras palabras, el que vive sólo para sí mismo se debilita y muere, mientras que el que se dedica al servicio de sus semejantes se desarrolla y progresa en esta vida y en la eternidad.

Esa mañana en la conferencia de estaca, el presidente con quien me alojaba fue relevado después de trece años de servicio fiel. Se manifestó entonces toda una efusión de amor y reconocimiento, no por sus riquezas ni por su prestigio en la comunidad comercial, sino por el gran servicio que tan generosamente había ofrecido. Sin pensar en sus intereses personales, había recorrido extensas distancias bajo diversas condiciones del tiempo. Había dedicado literalmente miles de horas al servicio de los demás. Había hecho a un lado sus intereses personales a fin de poder dar una mano a quienes necesitaban su ayuda. Y al hacer todo esto había cobrado vida y se destacó como gran persona entre aquellos a quienes había servido.

En esa oportunidad se nombró a un nuevo presidente de estaca hacia quien muchos se sentían muy complacidos y felices; pero más complacido y más feliz se sintió el hombre que se hallaba sentado a la mesa del secretario de la estaca, de profesión cartero rural. Fue él quien, doce años antes, con reservada y paciente labor, había persuadido a su vecino totalmente inactivo para que se reactivara. Para ese cartero habría sido mucho más fácil dejar que su vecino se mantuviera indiferente y vivir él mismo con tranquilidad su propia vida. En cambio, dejó de lado sus intereses personales en favor del interés de otra persona; y esa otra persona pasó a ser, ese domingo, el agasajado y respetado líder de una de las grandes estacas de Sión. En el momento en que la congregación sostuvo a su nuevo presidente, el hombre sentado a la mesa del secretario lloró lágrimas de gratitud. Al esforzarse más allá de su propios intereses, había restituido a la actividad en la Iglesia al hombre que esa mañana sostuvieron como presidente de estaca.

Phillips Brooks hizo una vez esta significativa observación: "Con cuánto cuidado descende la mayoría de los hombres a sepulcros sin nombres, en tanto que de vez en cuando uno o dos de ellos se olvidan de sí mismos hacia la inmortalidad".

Recuerdo haber visitado a un amigo en el sur de la India. Nos habíamos conocido unos doce años antes cuando fuimos allá respondiendo a su pedido de que alguien fuera a bautizarlo. Diez años antes de eso había encontrado un folleto misional de la Iglesia, pero no recordaba cómo o por quién lo encontró. Entonces escribió a las oficinas de la Iglesia en Salt Lake City y se le envió otro material informativo. No lo bautizamos la primera vez que lo visitamos porque no estaba preparado para ello.

Sin embargo, hicimos los arreglos para que se le enseñara el Evangelio y, meses más tarde, fue bautizado.

Ese hombre trabajaba como contador en una fábrica de cemento. Su salario era escaso. Su casa era pequeña, tanto que podría caber en la sala de estar de muchos hogares. Pero tenía un corazón grande y ardoroso. A raíz del gran amor por los demás que sintió al entender el Evangelio de Jesucristo, construyó con sus propias manos una escuela en un terreno que compró con sus ahorros. Era un edificio sencillo y rudimentario, pero allí estudiaban unos cuatrocientos niños pobres, cada uno de ellos rescatados de las tinieblas del analfabetismo hacia la luz del conocimiento. Lo que este acto de amor ha significado y aún significa en la vida de estos niños es verdaderamente incalculable.

Gracias al esfuerzo de ese hombre, se han establecido cinco ramas de la Iglesia en las villas rurales del sur de la India. Los miembros han construido tres o cuatro edificios pequeños, ordenados y limpios aunque escasamente amueblados, con pisos de cemento y sin bancos donde sentarse. Sobre la puerta de cada uno de ellos hay un letrero que, en inglés y en tamil [idioma de la India meridional], dice: "La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días". Allí nos reunimos, compartimos nuestro testimonio y participamos de la Santa Cena con aquella buena gente.

Actualmente hay en la India varios miles de miembros de la Iglesia entre tantos millones de habitantes. Este número continuará aumentando como abundante fruto de aquel humilde comienzo.

Durante ese prolongado viaje alrededor del mundo encontramos a otro amigo que una vez perteneció al cuerpo docente de la Universidad Brigham Young. Sus hijos eran ya mayores de edad y él y su esposa habían decidido que, en lugar de retirarse a la desocupación—lo cual habrían podido hacer, tal como otros millones de personas lo hacen—, buscarían un cierto lugar en el mundo donde pudieran ayudar a algunos hijos de nuestro Padre Celestial enseñándoles las verdades que lograrían salvarles.

Y encontraron ese lugar. Vendieron su hermosa casa y su automóvil, y dejaron a sus amigos y familiares para irse a una tierra lejana y menos cómoda. Pero cuando "echaron su pan sobre las aguas", el Señor les ofreció oportunidades para que enseñaran, enaltecieran y ayudaran a otros. Nadie puede predecir las consecuencias de esa labor colonizadora.

Al pensar en ese hombre y esa mujer que dejaron las comodidades de su hogar, la sociedad y sus amigos a una edad en que la mayoría de la gente prefiere andar más despacio y disfrutar de su retiro, vienen a mi mente estas palabras del Señor: "Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna" (Mateo 19:29). Lo mismo he pensado al encontrarme con hombres y mujeres ancianos, solteros o casados, que se han ofrecido voluntariamente o aceptado llamamientos para servir al Señor en las misiones de la Iglesia.

Nosotros necesitamos de ellos. El Señor los necesita. Los habitantes del mundo los necesitan. Y estos maravillosos hermanos y hermanas necesitan esa bendita experiencia. Porque, hablando en general, la gente más miserable que conozco es aquella poseída de sí misma. Y la gente más feliz que conozco es la que se dedica al servicio de sus semejantes.

Recuerdo haber visitado un campus universitario en el que escuché las consabidas quejas de los jóvenes: quejas acerca de las presiones escolares—como si fueran más una carga que una oportunidad para participar del conocimiento de la tierra—, quejas en cuanto a su alojamiento y a la comida. Hablé entonces

con esos jóvenes diciéndoles que si las presiones de la universidad les parecían muy rigurosas y creían que les era necesario quejarse del alojamiento y la comida, yo les aconsejaba una solución para esos problemas. Les sugerí que dejaran a un lado los libros por unas horas, abandonaran sus habitaciones y fueran a visitar a alguna persona anciana y solitaria, o a alguien que estuviera enfermo y desalentado. Por lo general, he podido ver que si nos quejamos acerca de la vida es porque solamente pensamos en nosotros mismos.

En la pared de un taller de zapatero del que yo era cliente había, por muchos años, un letrero que

decía: "Yo solía quejarme por no tener zapatos hasta que vi a un hombre que no tenía pies". La mejor medicina contra la enfermedad de la autocompasión consiste en dedicarse al servicio de los demás.

Hay hombres y mujeres jóvenes que se preocupan casi hasta enfermarse en cuanto a que si tendrán la oportunidad de casarse. Por supuesto que el matrimonio es algo deseable y que se debe tener esperanzas y planearse y procurarse bien. Pero la simple preocupación no lo conseguirá nunca. Aún más, hasta podría tener un efecto contrario porque nada hay que empañe tanto la personalidad como una apariencia huraña. Quizás algunas personas no se casarán en esta vida, pero no deben olvidar que su vida puede no obstante ser tan valiosa, productiva y feliz como la de cualquier otra gente. Y la clave para ello es el servicio a los demás.

Quiero felicitar a aquellos de entre nosotros que tan voluntariamente donan de su tiempo para participar en la sagrada obra de los templos del Señor. La esencia misma del servicio abnegado se encuentra en la obra del templo. En mi opinión, uno de los milagros de nuestros días es la gran consagración de tiempo y esfuerzos de cientos de miles de personas que trabajan en beneficio de los que han muerto. Todo aquel que participa en este servicio sabe que ello produce un sentimiento dulce y regocijante. Esta dulce bendición del Espíritu se convierte literalmente en una medicina para curar muchos de los males que aquejan nuestra vida. Merced a tales experiencias, nos damos cuenta de que la única manera de servir verdaderamente al Señor es mediante el servicio a los demás.

En nuestra dispensación actual, el Salvador ha dicho: "De cierto digo que los hombres deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia". Y entonces agregó estas significativas palabras: "Porque el poder está en ellos" (D&C 58:27-28).

El poder está en nosotros, en cada uno de nosotros—el poder para realizar significativos actos de servicio mediante nuestra propia iniciativa y consagrarnos anhelosamente a ello.

Emerson dijo que toda gran institución no es sino una prolongación de la sombra de una gran persona. Yo he pensado en ello cada vez que reconozco a alguien que haya realizado una gran tarea en lugares donde he tenido alguna responsabilidad. Cuando pienso en la situación actual de la Iglesia en Corea, puedo ver la prolongación de la sombra del Dr. Kim y de los dos jóvenes que le enseñaron el Evangelio, cuando él estudiaba en la Universidad Cornell, en Ithaca (Nueva York). Aquellos dos jóvenes despertaron en su amigo coreano el interés de leer el Libro de Mormón. Su propio interés en él como persona y sus actividades con él eran totalmente diferentes de la razón por la que asistían a esa universidad. Los tres se hallaban consagrados de tal manera a sus estudios que eso bien podría haberles consumido todo su tiempo. Pero también se tomaron el tiempo para enseñar y aprender; y cuando el doctor coreano regresó a su país natal, se llevó consigo el amor por el Libro de Mormón y por la Iglesia a cuyas reuniones había asistido en Nueva York. Algunos soldados norteamericanos miembros de la Iglesia que se vieron envueltos en la Guerra de Corea también habían compartido el Evangelio con algunos compañeros en el país, así que el interés del Dr. Kim, hombre erudito y responsable, fue el elemento catalizador para el establecimiento de la obra en Corea, lo que incluyó que se enviaran misioneros desde Japón. El Dr. Kim ha fallecido ya, pero la obra continúa con marcado esplendor, influyendo para bien eterno en la vida de un creciente número de personas en ésa, la llamada "tierra de la calma matutina".

En las Filipinas tenemos hoy en día muchas estacas y misiones con un sinnúmero de miembros fieles. Es una de las regiones proselitistas más fecundas del mundo. Cuando se escriba la historia de la obra en las Filipinas, se deberá incluir la de una entusiasta joven de Tooele, Utah, que sirvió con la Cruz Roja en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Ella se casó con un oficial del ejército norteamericano y después de la guerra ambos establecieron su hogar en Manila. Allí hizo mucho ella para enseñar a otros el Evangelio e insistió en que se enviaran misioneros a aquel lugar. Su esposo hizo los trámites legales y llevó a cabo muchas otras cosas para facilitar la llegada de los misioneros. Habría sido mucho más fácil para ellos quedarse tranquilos, ganar dinero y disfrutar la vida. Pero ella nunca cesó en sus esfuerzos y en sus súplicas.

En aquella época se me había asignado la responsabilidad de la obra en Asia y presenté los pedidos de aquella hermana a la Primera Presidencia, la cual, en 1961, autorizó el establecimiento de la obra misional en ese país. En la primavera de 1961 llevamos a cabo una reunión especial en las Filipinas para inaugurarla. Como no teníamos un lugar donde reunimos, recibimos permiso de la Embajada Norteamericana para hacerlo en el Cementerio Militar, en las afueras de Manila. Allí, donde se rinde homenaje a más de 50.000 hombres que dieron la vida por la causa de la libertad, nos congregamos a las seis y media de la mañana. Aquella hermana de Utah tocó en un pequeño órgano portátil que había llevado siempre consigo durante las campañas militares del Pacífico y todos cantamos los himnos de Sión en esa tierra lejana. Expresamos nuestro testimonio e invocamos las bendiciones del cielo sobre lo que estábamos iniciando allí. Entre los presentes, se hallaba un solo miembro de la Iglesia nativo de las Filipinas.

Aquél fue el comienzo de algo maravilloso, el comienzo de un milagro. Lo que sigue es ya parte de la historia, con desalientos algunas veces y con maravillas en otras. Hace varios años, me encontré allí juntamente con el presidente Spencer W. Kimball y otros para una conferencia de área. Unos 18.000 miembros de la Iglesia se congregaron esa vez en el salón de asambleas más grande del país.

Al pensar en aquellos días no pude menos que sollozar y recordé con gratitud a aquella mujer que prácticamente se olvidó de sus propios intereses para seguir sin descanso su sueño de que, algún día, la Iglesia pudiese llegar a ser fuerte en la nación donde entonces residía, para llevarles una felicidad antes desconocida a millares de personas maravillosas.

Sin embargo, quizás digan ustedes, si nos halláramos en un lugar exótico como las Filipinas, también nosotros haríamos lo mismo. Y yo creo que sí. Pero, permítaseme decir que todo lugar del mundo es exótico, o común, para alguien más. En cualquier país, ciudad, hogar o medio ambiente hay oportunidades a nuestro alrededor para desplegar nuestra vida y nuestros intereses en bien de los demás.

Mi ruego es que, si deseamos tener gozo en nuestro corazón, si queremos el Espíritu del Señor en nuestra vida, nos olvidemos de nosotros mismos y ayudemos a otros. Dejemos atrás nuestros propios y egoístas intereses, y sirvamos a nuestros semejantes. Si lo hacemos, descubriremos la verdad de la gran promesa de buenas nuevas del Maestro:

"Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Marcos 8:35).

Capítulo 7

"Y EL MAYOR DE ELLOS ES EL AMOR"

Cuando yo era un jovencito, en la escuela solíamos intercambiar corazones de papel todos los años en el Día de los Enamorados. Por la noche los colocábamos a la puerta de nuestros amigos y, tras golpear a la misma, corríamos a escondernos en la obscuridad.

Casi sin excepción, esos papeles contenían una nota que decía: "Te amo". Desde aquellos tiempos he llegado a comprender que el amor es mucho más que un simple corazón de papel. El amor es la esencia misma de la vida. Es más que la proverbial olla de oro al extremo del arco iris. También se halla al principio del mismo, desde donde emerge la belleza que atraviesa el cielo en los días tormentosos. El amor es ese sentimiento de seguridad por el que sollozan los niños, el anhelo de los jóvenes, el factor adherente que afianza el matrimonio y el lubricante que previene la perjudicial fricción en los hogares; el amor es paz en los años de la vejez y la luz del sol de la esperanza que alumbra a través de la muerte. Afortunados son aquellos que lo disfrutaban en sus relaciones con la familia, los amigos, la iglesia y los vecinos.

Yo soy de los que creen que el amor, tal como la fe, es un don de Dios. Concuerdo con estas palabras de la autora Pearl Buck: "El amor no es algo que se puede forzar, imponer o provocar".

En los años de nuestra juventud solemos adquirir ideas erróneas sobre el amor, creyendo que podemos obligarlo o simplemente forjarlo por conveniencia. Hace algunos años leí el siguiente comentario en un periódico:

"Uno de los grandes errores que propendemos a cometer cuando jóvenes es suponer que una persona es un compendio de cualidades, y solemos enumerar las buenas y las malas como si fuéramos un tenedor de libros que trabaja con el activo y el pasivo de una contabilidad. Si el saldo es favorable, quizás decidamos arriesgarnos [en el matrimonio] ... El mundo está repleto de hombres y mujeres desdichados que han contraído matrimonio simplemente porque ... les pareció ser una buena inversión.

"El amor, sin embargo, no es una inversión sino un cometido. Y cuando el matrimonio se convierte en algo tan monótono y tranquilo como una buena inversión, el cónyuge descontento no tarda en inclinarse hacia otra parte ... La gente ignorante siempre dice, 'No sé qué ve él en ella', sin reconocer que lo que él ve en ella (y que nadie más puede verlo) es la esencia secreta del amor". (Sydney J. Harris, Deseret News.)

Recuerdo a dos amigos de mis años de estudios secundarios y universitarios. El era un muchacho de un pequeño pueblo, de apariencia sencilla y sin dinero ni muchas posibilidades. Se había criado en una granja y si poseía alguna cualidad atractiva, ésta era su buena disposición para el trabajo. Llevaba su almuerzo en una bolsita de papel y barría los pisos de la escuela para costear sus estudios. Pero a pesar de su apariencia rústica, tenía una sonrisa y una personalidad que eran todo un poema de bondad. Ella, en cambio, era una jovencita de ciudad que provenía de un hogar acomodado. Quizás no habría podido ganar un concurso de belleza, pero era una muchacha decente, de gran integridad y muy atractiva, tanto en su decoro como en su vestir.

Algo maravilloso sucedió entre ellos: se enamoraron. No faltaron quienes comentaran que había otros jóvenes mucho más prometedores para ella, en tanto que algunos murmuraban que quizás otras muchachas podrían interesarse en él.

Pero aquellos dos reían, bailaban y estudiaron juntos durante su juventud. Y se casaron cuando aún la gente se preguntaba cómo habrían de arreglárselas para mantenerse. El trabajó afanosamente a

través de su educación profesional y obtuvo buenas calificaciones. Ella economizaba, ahorraba, trabajaba y oraba constantemente. Animaba y apoyaba a su esposo y cuando las cosas se tornaban difíciles le decía con tranquilidad: 'De alguna manera saldremos adelante'. Alentado por la fe de su esposa, él continuó luchando en esos años tan cruciales. Tuvieron hijos y juntos los criaron y cuidaron con mucho cariño, proporcionándoles esa seguridad proveniente del amor y la lealtad que mutuamente se profesaban. Han pasado ya muchos años. Sus hijos, ya grandes, son un perdurable motivo de orgullo para ellos, para la Iglesia y para la comunidad en que viven.

Recuerdo haber visto a esta pareja en una ocasión en que yo regresaba de una asignación de la Iglesia. Al caminar en la penumbra por el pasillo del avión en que viajábamos, reparé en la mujer de cabellos blancos que dormitaba con la cabeza recostada sobre el hombro de su esposo. Las manos de él se entrelazaban con las de ella. Él estaba despierto y me reconoció. Entonces ella despertó y comenzamos a conversar. Ambos venían de una convención en la que él había dado una conferencia ante un grupo académico. El comentó muy poco al respecto, pero ella, con sano orgullo, habló de los honores que le habían sido impartidos a su esposo.

Mucho me habría gustado captar con una cámara fotográfica la expresión de su rostro cuando se refirió a su esposo. Cuarenta y cinco años antes, la gente que no alcanzó a comprenderles se había preguntado qué veía ella en él y él en ella. Y pensé en eso al regresar a mi asiento en el avión. Sus amigos en aquellos días sólo vieron a un muchacho de campo y a una sonriente joven con pecas en la nariz. Pero estos dos encontraron entre sí el amor y la lealtad, como así también la paz y la fe en su futuro. Había en ellos el florecimiento de algo divino, plantado entre ambos por ese Padre Celestial que es nuestro Dios. Durante sus años de estudiantes vivieron dignos de ese florecimiento de amor. Vivieron con virtud y con fe, con aprecio y respeto por sí mismos y el uno por el otro. Durante los años de dificultades profesionales y económicas, habían encontrado su mayor fortaleza terrenal en su propio compañerismo. Ahora disfrutaban juntos de paz y tranquilidad en su edad madura. Además de todo esto, se habían asegurado de toda una eternidad de feliz asociación por medio de los convenios del sacerdocio que realizaron mucho antes y de las promesas que entonces recibieron en la Casa del Señor.

Existen muchas otras expresiones maravillosas e indispensables en cuanto al don del amor.

"Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:35-40).

¿Quién es mi prójimo? Para responder a esto, sólo tenemos que leer la conmovedora parábola del Buen Samaritano o la palabra del Señor concerniente al día del juicio cuando "el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.

"Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?

"Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:34-40).

La prueba mayor que enfrentamos en nuestra vida apresurada y egoísta es seguir el consejo del Maestro.

Hace algunos años leí el relato acerca de una joven maestra que fue a trabajar a una zona rural. Entre sus alumnos se encontraba una muchacha que no lograba avanzar en sus estudios porque no podía leer. Provenía de una familia de escasos recursos a la que no le era posible llevarla a un

especialista para que la examinara a fin de determinar si su problema tenía solución alguna. Presintiendo que la dificultad de la muchacha quizás se relacionara con un defecto visual, la joven maestra hizo los arreglos y costó los gastos para que la examinara un oculista. Éste comprobó entonces que el problema podía corregirse con el uso de lentes y, poco después, todo un mundo nuevo se abrió ante la humilde alumna. Por primera vez en su vida, pudo ver con claridad las palabras de un libro. El salario de aquella maestra rural era pequeño, pero aún así llevó a cabo una obra de bien que transformó completamente la vida de una muchacha que, de otro modo, habría fracasado en sus estudios; y al hacerlo, su propia vida adquirió una nueva dimensión.

Al regresar de la misión, todo misionero puede relatar experiencias acerca de lo que significa olvidarse de sí mismo para servir a otros y descubrir que ello constituye una de las mayores satisfacciones de su vida. Cada miembro de la Iglesia que participe activamente en el servicio a Dios y al prójimo puede relatar historias similares, como también todos los padres, madres y cónyuges abnegados que han sabido dedicar su tiempo y sus medios, y que han amado y se han sacrificado tanto que su interés por unos y otros y por sus hijos parece no tener límites.

El amor es la única potencia que puede eliminar las diferencias entre una y otra persona y trasponer los abismos de la amargura. Recuerdo este verso de Edwin Markham:

El odio trazó un círculo y me rechazó; impío, rebelde, dudo a despreciar.

Pero el amor y yo logramos triunfar con un simple trazo que nos circundó.

El que enseñó de manera más hermosa esta verdad sempiterna fue el Hijo de Dios, el ejemplo y maestro más perfecto del amor. Su venida a la tierra fue una expresión del amor de Su Padre. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3:16-17).

El Salvador se refirió proféticamente a ese sacrificio y al amor en que culminó Su sacrificio redentor al declarar: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13).

Él dio este gran mandamiento a todos los que habríamos de ser Sus discípulos: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros" (Juan 13:34).

Para que el mundo pueda mejorar, es menester que el amor produzca una transformación en el corazón de la familia humana. Y esto puede suceder cuando, olvidándonos de nosotros mismos, damos nuestro amor a Dios y nuestros semejantes, y lo hacemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente.

En recientes revelaciones, el Señor ha declarado: "Si vuestra mira está puesta únicamente en mi gloria, vuestro cuerpo entero será lleno de luz y no habrá tinieblas en vosotros" (D&C 88:67).

A medida que contemplamos a Dios con amor y gratitud y le servimos poniendo nuestra mira únicamente en Su gloria, se apartarán de nosotros las tinieblas del pecado, del egoísmo y del falso orgullo. Y se manifestará un aumento en nuestro amor al Padre Eterno y a Su Hijo Amado, nuestro Salvador y Redentor. Nos sobrevendrá un sentido más intenso en cuanto al servicio hacia nuestros semejantes, pensaremos menos en nosotros mismos y más en ayudar al prójimo. Este principio del amor es la esencia fundamental del Evangelio de Jesucristo. Sin amor a Dios y sin amor a nuestros semejantes, es muy poco lo que podría recomendárenos del Evangelio como modelo de vida.

El apóstol Pablo enunció bien estas palabras: "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy ... El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará" (1 Corintios 13:1-2, 8).

El Maestro enseñó: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará" (Lucas 9:24).

Este proceso tan notable y milagroso ocurre en nuestra propia vida a medida que nos dedicamos con amor al servicio de los demás. Cada uno de nosotros puede, mediante el esfuerzo personal, arraigar con éxito en nuestro ser el principio del amor a fin de que su enorme poder nos sustente durante toda la vida. Porque a medida que ejerzamos el poder del amor lograremos comprender la gran verdad expresada por Juan cuando dijo: "Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios" (1 Juan 4:16).

Capítulo 8

TENEMOS UNA OBRA PARA REALIZAR

Deseo invitar a los miembros de la Iglesia a considerar nuevamente el mandato que el Señor dio a todos los que quieren ser Sus discípulos. Es un mandato que no podemos rechazar y del que no podemos escapar. Dicho mandato consiste en enseñar el Evangelio a todas las naciones y pueblos de la tierra.

Tal fue el encargo final que el Señor dio después de Su resurrección y antes de ascender a los cielos. Y fue repetido en nuestra dispensación actual. Al cabo de organizarse el primer Quórum de los Doce en 1835, Oliver Cowdery, quien era consejero en la Primera Presidencia, anunció el mandato a sus integrantes. Dicha declaración ha llegado a ser una especie de norma para todos los Apóstoles sucesores de aquel grupo original. Dicho mandato contiene el siguiente consejo: "Dedíquense con fervor a salvar almas. El alma de una persona es tan valiosa como la de otra ... El Evangelio debe extenderse hasta llenar toda la tierra . . . Tienen una obra para realizar que ningún otro hombre podrá hacer; deben proclamar el Evangelio en toda su sencillez y pureza; y les encomendamos a Dios y a la palabra de Su gracia" (History of the Church 2:196-198).

Después de ese consejo, el Señor dio una revelación conocida como la Sección 112 de Doctrina y Convenios, dirigida a los Doce. En ella se encuentran las siguientes palabras: "Contiende, pues, mañana tras mañana; y día tras día hágase oír tu voz amonestadora; y al anochecer no dejen dormir tus palabras a los habitantes de la tierra ... Y yo estaré contigo; y sea cual fuere el lugar donde proclames mi nombre, te será abierta una puerta eficaz para que reciban mi palabra" (D&C 112:5,19).

Desde el comienzo, se enviaron misioneros a las regiones vecinas, a Canadá y, en 1837, al otro lado del océano, a Inglaterra. Fue en el Templo de Kirtland que el profeta José Smith le dijo al élder Heber C. Kimball: "Hermano Heber, el Espíritu del Señor me ha revelado: 'Envía a mi siervo Heber a Inglaterra para que proclame mi Evangelio y abra las puertas de la salvación a esa nación'".

El élder Kimball entonces admitió sus temores, exclamando humildemente: "Oh, Señor, yo soy una persona de lengua balbuciente y totalmente incapaz de una tarea tal; no podría yo ir a predicar a esa nación tan famosa en todo el mundo cristiano por su erudición, su conocimiento y su fervor; ¡ése es todo un criadero religioso y un pueblo cuya inteligencia es proverbial!" (Orson F. Whitney, Life of Heber C. Kimball [Salt Lake City: Bookcraft, 1945], pág. 104).

Pero el élder Kimball y sus compañeros viajaron a Inglaterra. Aunque el idioma de allá era esencialmente el mismo que el suyo, muchas de las costumbres que encontraron eran diferentes. No obstante, muy poco se preocuparon por eso. Su mensaje era el Evangelio de Salvación. Muy poco hablaban de otras cosas. Y la historia da un notable testimonio del éxito de sus labores. En los años subsiguientes, el mensaje del Evangelio Restaurado se llevó a las islas del mar, donde existían costumbres totalmente nuevas y originales. Lo mismo ocurrió en las naciones de Europa, donde debieron aprenderse nuevos idiomas y nuevas costumbres.

Después de trasladarse al Oeste norteamericano, aunque tuvieron que enfrentar enormes tareas para conquistar el desierto y establecer una comunidad, los Santos no cesaron en sus esfuerzos para llevar el Evangelio a las naciones de la tierra. En la conferencia llevada a cabo en 1852, se llamó a hombres de la congregación para que fueran no sólo a los países de Europa, sino también a la China y a Siam (hoy en día llamado Tailandia). Es emocionante indicar que en aquellos días colonizadores se enviaron misioneros a la India, donde hoy, después de una prolongada interrupción, nos encontramos otra vez plantando las semillas del Evangelio.

Me maravilla la valentía—quizás debiera decir más bien la fe—que los líderes y miembros de la Iglesia en aquella época de pioneros tuvieron para expandir de tal manera su relativamente pequeño número y sus escasos recursos para llevar el Evangelio a tierras lejanas. Uno no puede leer el relato del élder Parley P. Pratt con respecto a sus viajes a Chile sin reconocer con gratitud la heroicidad y la fe de aquellos primeros misioneros que con tanta seriedad aceptaron el mandato del Señor de llevar el Evangelio a las naciones de la tierra. Sus extensos viajes a través de los mares fueron hechos bajo circunstancias extremadamente adversas. Cuando ponían pie a tierra, no había amigos ni compañeros que estuvieran esperándolos. No contaban con información alguna en cuanto a las condiciones que habían de encontrar y ni siquiera con un conocimiento básico de los idiomas que hablaban las personas a quienes predicarían. Muchos de ellos se enfermaban en tanto que su organismo luchaba por adaptarse a la comida y al estilo de vida. Pero iban llenos del espíritu misional, obedeciendo al mandato de llevar el Evangelio de Salvación a los pueblos de la tierra. Las diferentes culturas que encontraron constituían verdaderos desafíos para ellos, pero esto era simplemente algo incidental dentro de su gran responsabilidad.

Pensemos en cómo han cambiado las condiciones desde mediados del siglo diecinueve hasta hoy, lo cual facilita la diseminación del Evangelio en todo el mundo. En primer lugar, es aparente que hoy vivimos en un mundo que va reduciéndose con rapidez. Cruzar el Océano Pacífico solía llevar semanas y aun meses. En la actualidad, podemos embarcarnos una tarde en un enorme avión en San Francisco (California) y diez horas más tarde estar cumpliendo con las formalidades de inmigración y de aduana en Tokio (Japón) después de haber disfrutado de una buena comida en el viaje. No podemos subestimar la importancia de la amplia circulación de aerolíneas que cruzan las rutas del intercambio mundial y el efecto de tal interacción entre las naciones en lo que a diferencias culturales se refiere.

Segundo, a medida que aumenta el nivel educacional en todo el mundo, se manifiesta un mayor entendimiento y reconocimiento entre los pueblos. Hay tanta información disponible para todos aquellos que deseen visitar otros países que ya no es necesario hacerlo ignorando lo que habrán de encontrar allí. Aún más, descubrirán también que la gente que visitan cuenta con un conocimiento bastante amplio en cuanto a la propia cultura de que ellos mismos provienen. Los medios de comunicación internacional y los grandes servicios noticiosos del mundo han traído París y Pretoria a nuestros hogares. Casi instantáneamente nos ponen al tanto de cada acontecimiento significativo que tenga lugar en Nueva Delhi, Buenos Aires y otros lugares del universo.

Tercero, ahora hay un mayor conocimiento de idiomas entre los pueblos de la tierra. No es que solamente se hable el idioma inglés en casi todas las principales ciudades—quizás no con gran fluidez, pero se comprende bastante—, sino que nuestros misioneros van también con una considerable habilidad para comunicarse en el lenguaje con el cual anunciarán el mensaje del Evangelio a quienes habrán de encontrar. La Iglesia ha progresado mucho en cuanto a la tarea de facilitar la enseñanza del Evangelio en otros países mediante el establecimiento de centros de capacitación en idiomas. Nada hay en el mundo que pueda compararse a dichos centros.

Otro factor que realmente bendice a los misioneros a fin de que sean más provechosos en su sagrada labor es la clase de hombres que sirven como presidentes de misión. Estas personas no son novicios; tanto ellos como sus respectivas esposas son gente madura de gran experiencia. Desempeñan funciones de líderes y asesores al enseñar y aconsejar a los misioneros jóvenes y a los matrimonios mayores que recurren a ellos, protegiéndolos contra toda posible contingencia.

Finalmente, percibo un enorme progreso en el entendimiento que existe en muchas partes del mundo con respecto a lo que nos une como hijos de nuestro Padre Celestial. Para mí, la gente de Asia se parece mucho a nosotros y actúa de un modo similar al nuestro. Es decir, los de nuestra cultura son esencialmente iguales a los de otras. Por ejemplo, pienso en denominadores comunes dentro de nuestra gente, tales como el amor entre esposo y esposa, el amor entre padres e hijos, el aprecio de la

belleza en cualquier forma que se encuentre, la preocupación por el sufrimiento ajeno, el reconocimiento de las autoridades, la aceptación de un poder mayor al que podemos recurrir en procura de ayuda y que tiene el derecho de juzgar a cada uno de nosotros, una conciencia constante y un sentido de distinción entre lo bueno y lo malo.

Hace algunos años se me preguntó si las charlas misionales que empleamos en el Oriente eran diferentes de las que usamos en otros países donde por lo general la gente es cristiana. Yo respondí que utilizamos esencialmente las mismas lecciones porque enseñamos a la misma clase de personas a quienes se les inspira el corazón con las mismas verdades eternas. Declaré asimismo que la gente de Asia son tan hijos de Dios como la de cualquier otra parte del mundo y siendo que todos provenimos de la misma paternidad, respondemos a la misma verdad. El hecho de que la piel de uno tenga un color ligeramente distinto a la de otra persona, que los ojos tengan una forma apenas diferente o que vistamos ropa de diverso diseño, no nos hace diferentes como personas. La gente de todo el mundo responde a los mismos estímulos de manera funda mentalmente igual. Todos buscamos el calor cuando hace frío; padecemos la misma clase de dolores; sufrimos la tristeza y disfrutamos del placer. Y en todos lados la gente contempla un poder superior. Quizás le llamen con diferentes nombres y lo describan de varias maneras, pero tienen conciencia de Su existencia y recurren a El en procura de una fortaleza superior a la suya propia.

Cuando las diferencias—ya sea con nuestros vecinos o con personas de otras culturas—parecen ser un obstáculo a medida que tratamos de compartir con otros el Evangelio, una discreta cortesía suele eliminar tal obstáculo. Testifico que en la medida en que guardamos el mandamiento del Señor de presentar a otros Su Evangelio, el Espíritu del Señor nos ayudará a superar todas las diferencias que se manifiesten entre los que enseñan la palabra y los que son enseñados. El Señor expresó claramente cuál es el proceso al decir: "De manera que, el que la predica [por el Espíritu] y el que la recibe [por el Espíritu] se comprenden el uno al otro, y ambos son edificados y se regocijan juntamente." (D&C 50:22).

Yo estoy seguro de que el medio más eficaz con el que cada uno de nosotros cuenta para compartir el Evangelio es el Espíritu del Señor. Lo hemos visto manifiesto en otros y al llevar a cabo la obra del Señor, también lo hemos sentido en nosotros mismos. En tales ocasiones, las diferencias superficiales entre nosotros y las personas a quienes enseñamos parecen desprenderse como escamas de nuestros ojos (véase 2 Nefi 30:6). De ello emerge un cálido sentimiento maravilloso de parentesco y de comprensión. Literalmente nos entendemos unos a otros y nos reforzamos y regocijamos mutuamente.

Estamos realmente embarcados en una obra maravillosa y un prodigio. En la actualidad tenemos misiones y misioneros en los países de las tres Américas, en la mayoría de las naciones europeas, en muchos países de Asia y en las Islas del Pacífico, y el Evangelio Restaurado está siendo llevado a muchas otras regiones de la tierra. Los resultados son maravillosos. No importa en qué país se encuentren, los Santos de los Últimos Días hablan con una misma voz y dan testimonio de las mismas verdades eternas y con idéntico fervor espiritual. El precio ha sido y continúa siendo grande en cuanto a sacrificios, devoción y trabajo, pero los resultados son milagrosos.

Aún nos esperan desafíos mayores en el futuro. No podemos pensar en los centenares de millones de personas que nunca han sabido nada acerca de esta obra sin que nos preguntemos cómo habremos de cumplir con nuestra responsabilidad de enseñar a toda la familia humana. Hay naciones en las que legalmente hoy no podemos entrar. Nosotros honramos y obedecemos las leyes de esos países. Pero si nos conservamos alerta y con paciencia, el Señor abrirá el camino en el debido tiempo. El determinará el momento. Entretanto, es mucho lo que tenemos que hacer de inmediato a nuestro alrededor. Si dedicamos nuestro empeño y oramos humildemente en procura de inspiración, seremos bendecidos en cuanto a nuestro deseo de compartir el Evangelio con nuestras familias, amigos, vecinos y conocidos.

El progreso de la Iglesia en nuestros días es verdaderamente asombroso. El Dios de los cielos ha

llevado a cabo este milagro de los últimos días y lo que hemos presenciado no es sino un preámbulo de cosas mucho más grandes en lo porvenir. La obra será realizada por hombres y mujeres humildes, jóvenes y ancianos, que lo harán porque creen en la palabra del Señor cuando dijo: "Y ningún hombre que salga y predique este evangelio del reino, sin dejar de continuar fiel en todas las cosas, sentirá fatigada y entenebrecida su mente, ni su cuerpo, miembros ni coyunturas; y ni un cabello de su cabeza caerá a tierra inadvertido. Y no padecerá hambre ni sed" (D&C 84:80).

La palabra triunfará porque es el Señor quien ha prometido: "Y quienes os reciban, allí estaré yo también, porque iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros" (D&C 84:88).

Sigamos fielmente adelante con nuestro mandato divino y con las magníficas bendiciones que se nos han prometido. Si lo hacemos, el Señor bendecirá nuestros esfuerzos. Hagamos nuestra parte en la tarea de compartir el Evangelio con todos los que nos rodean, primero por medio del ejemplo y entonces mediante el precepto inspirado.

La piedra cortada no por manos de la montaña continuará rodando hasta haber llenado toda la tierra (véase Daniel 2). Les doy mi testimonio de esta verdad y de que ciertamente todos podemos ayudar de conformidad con nuestras propias circunstancias si sólo procuramos la guía y la inspiración de nuestro Padre Celestial. La obra que realizamos es obra de Dios y gracias a Sus bendiciones no podemos fracasar.

Capítulo 9

EL FORTALECIMIENTO DE LA FE POR MEDIO DEL LIBRO DE MORMÓN

Con frecuencia solemos cantar un himno predilecto cuyas estrofas fueron escritas hace más de un siglo por Parley P. Pratt:

Un ángel del Señor
del cielo descendió,
y con potente voz
a un joven reveló
que en Cumora estaba
el registro santo, libro fiel,
que en Cumora estaba,
el registro santo, libro fiel.

—Himnos, 1992, N° 9

Estas palabras del élder Pratt constituyen una declaración de la milagrosa aparición de un libro extraordinario. Permítaseme contar cómo llegó él a conocer ese libro al que se refiere.

En agosto de 1830, Parley Parker Pratt se hallaba viajando como predicador laico desde Ohio en dirección al este de Nueva York. Desembarcando en la costa del Canal Erie, en Newark (Nueva Jersey), caminó unos 16 kilómetros hacia una zona rural. Allí conoció a un diácono bautista llamado Hamlin, quien le contó acerca de "un libro, un LIBRO EXTRAÑO, ¡un LIBRO MUY EXTRAÑO!" El élder Pratt relató: "Este libro, me dijo [Hamlin], sugiere haber sido escrito originalmente sobre planchas de oro o de bronce por una rama de las tribus de Israel, y que habían sido descubiertas y traducidas por un joven cerca de Palmyra, en el estado de Nueva York, mediante visiones o la ayuda de ángeles ministrantes. Yo le pregunté cómo y dónde podría obtener ese libro y él prometió permitirme que lo leyera en su casa ... A la mañana siguiente fui a su casa donde, por primera vez, mis ojos contemplaron el 'LIBRO DE MORMÓN'—ese libro de libros . . . que fue el medio principal por el cual, en las manos de Dios, dirigiría el rumbo total de mi vida futura.

"Lo abrí con ansiedad y leí su portada. Entonces leí el testimonio de varios testigos con relación a la manera en que había sido hallado y traducido. Después de esto comencé a leer en orden su contenido. Leí durante todo el día; ni pensaba en comer y no tenía apetito; al llegar la noche, me molestaba la idea de ir a dormir porque prefería seguir leyendo.

"A medida que leía, el Espíritu del Señor me acompañaba y supe y comprendí que el libro era verdadero, tan clara e indudablemente como cualquier hombre llega a comprender y sabe que existe" (Autobiography of Parley P. Pratt [Salt Lake City: Deseret Book, 1938], págs. 36-37).

Parley Pratt tenía entonces veintitrés años de edad. La lectura del Libro de Mormón lo impresionó tan profundamente que poco después fue bautizado en la Iglesia y llegó a ser uno de sus defensores más eficaces y dinámicos. A lo largo de su ministerio viajó de costa a costa en lo que es hoy Estados Unidos, así como en Canadá e Inglaterra; también dirigió la inauguración de la obra en las Islas del Pacífico y fue el primer élder mormón en pisar suelo sudamericano. En 1857, cuando se hallaba sirviendo en Arkansas, fue muerto por un asaltante. Lo sepultaron en una zona rural cerca de la localidad de Alma y en ese apacible lugar marca su tumba una gran lápida de granito pulido. Grabadas en ella están las palabras de otro de sus hermosos y proféticos himnos, las cuales declaran su visión en cuanto a esa obra a la que se dedicó:

Ya rompe el alba de la verdad
y en Sión se deja ver,
tras noche de obscuridad,
el día glorioso amanecer.
De ante la divina luz
huyen las sombras del error.
La gloria del gran Rey Jesús
ya resplandece con su fulgor.
—Himnos, 1992, N° 1

La experiencia que Parley Pratt tuvo con el Libro de Mormón no es rara. Cuando se publicaron y leyeron los ejemplares de la primera edición, cientos de hombres y mujeres valientes se impresionaron tanto que dejaron atrás todo lo que poseían y, en los años subsiguientes, no fueron pocos los que dieron su vida por el testimonio que acunaban en su corazón en cuanto a la veracidad de este libro extraordinario.

Hoy en día es leído más que en cualquier otra época de su historia. En tanto que en su primera edición se imprimieron cinco mil ejemplares, cada una de las ediciones actuales llegan a veces al millón y se publican en más de ochenta idiomas. Su atractivo es tan infinito como la verdad misma y tan universal como la familia humana. Es el único libro que promete que, por medio del poder divino, el lector puede verificar con certeza su veracidad. Su origen es milagroso; tanto que cuando se le cuenta por primera vez a una persona, parece ser casi increíble. Pero el libro está aquí para que se lo perciba, se lo tome y se lo lea. Nadie puede negar su existencia.

Todo esfuerzo por explicar su origen, el cual no provenga del relato de José Smith, ha demostrado ser en vano. Es un registro de la América antigua. Es la Escritura del Nuevo Mundo, tan cierta como la Biblia lo es del Antiguo. Cada uno de estos libros se refiere al otro. Cada uno de ellos trae consigo la esencia de la inspiración y el poder para convencer y convertir. Ambos, en conjunto, son testimonio de que Jesús es el Cristo, el Hijo resucitado y viviente del Dios viviente.

Su narración es una historia de naciones hoy desaparecidas pero, al describir los problemas de nuestra sociedad presente, es de tanta actualidad como el periódico matutino y aun más concluyente, inspirado y alentador en lo que respecta a la solución de problemas correspondientes.

No conozco ningún otro escrito que describa con tanta claridad las trágicas consecuencias que sufren las sociedades que observan normas contrarias a los mandamientos de Dios. Sus páginas tratan sobre la historia de dos civilizaciones diferentes que prosperaron en el hemisferio occidental. Cada una de ellas comenzó como una pequeña nación de gente que andaba en el temor del Señor. Cada una de ellas prosperó, pero con dicha prosperidad se manifestó una creciente maldad. La gente sucumbió a las estratagemas de líderes ambiciosos y conspiradores que la oprimían con impuestos abusivos, la atraían con promesas falsas, le permitían y aun le fomentaban comportamientos indecentes y lascivos,

la conducían a luchas terribles que resultaron en la muerte de millones de personas y a la extinción final de dos grandes civilizaciones en dos regiones distintas.

No existe otro testamento que ilustre tan explícitamente el hecho de que cuando los hombres y las naciones andan en el temor de Dios y en obediencia a Sus mandamientos, prosperan y progresan; pero cuando lo hacen a un lado y rechazan Su palabra, se produce un deterioro que, a menos que se contrarreste en justicia, conducirá a la impotencia y a la muerte. El Libro de Mormón es una afirmación del proverbio del Antiguo Testamento que dice: "La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones" (Proverbios 14:34).

En tanto que el Libro de Mormón habla enérgicamente acerca de los problemas que afectan a nuestra sociedad moderna, la esencia principal y más conmovedora de su mensaje es el testimonio, vibrante y genuino, de que Jesús es el Cristo, el Mesías prometido. El libro da testimonio de Aquel que anduvo por los caminos polvorientos de Palestina sanando a los enfermos y enseñando la doctrina de salvación, que murió en la cruz del Calvario y que al tercer día se levantó de la tumba y se apareció a muchos; y de Aquel que, como Ser resucitado, visitó a la gente del hemisferio occidental con respecto a la cual había declarado anteriormente: "También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor" (Juan 10:16).

La Biblia permaneció sola durante siglos como un testimonio escrito de la divinidad de Jesús de Nazaret. Ahora, a su lado, se encuentra un segundo y poderoso testigo para guiar la humanidad al Señor.

Recuerdo haber escuchado a un oficial de la Fuerza Aérea norteamericana contar ante un grupo cómo fue que se unió a la Iglesia. Él dijo: "Tenía una cita con una hermosa joven. Cuando fui a buscarla, noté sobre su mesa un ejemplar del Libro de Mormón. Yo nunca había oído hablar de ese libro y entonces comencé a leerlo. Me interesó mucho. Obtuve luego un ejemplar y lo leí por completo. Yo sólo tenía la idea tradicional sobre Dios y Jesucristo. Nunca me había puesto a pensar en ello. Pero al leer este libro recibí en mi mente una luz y entendimiento sobre las verdades eternas, y en mi corazón sentí un testimonio de que Dios es nuestro Padre Eterno y de que Jesucristo es nuestro Salvador".

La experiencia que este hombre tuvo en cuanto al Libro de Mormón es similar a la que han tenido millones de otras personas. Ese mismo libro que convirtió a Brigham Young, a Willard Richards, a Orson y a Parley Pratt, así como a muchos otros líderes de la Iglesia en los primeros años, está hoy convirtiendo a la gente en Argentina, en Finlandia, en España, en Taiwán, en Tonga y donde quiera que haya personas leyéndolo con humildad y verdadera intención. La promesa de Moroni, escrita en su momento de soledad después de la destrucción de su pueblo, se está cumpliendo hoy en día (véase Moroni 10:4-5).

Cada vez que alentamos a la gente para que lea el Libro de Mormón, le estamos haciendo un gran favor. Si lo leen con buen espíritu y con el sincero deseo de conocer la verdad, sabrán por el poder el Espíritu Santo que el libro es verdadero. De tal conocimiento emanará una convicción en cuanto a la verdad de muchas otras cosas. Porque si el Libro de Mormón es verdadero, entonces Dios vive. Sus páginas manifiestan con un testimonio tras otro el hecho solemne de que nuestro Padre es real y personal, y que ama a Sus hijos y procura que sean felices.

Si el Libro de Mormón es verdadero, entonces Jesús es el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre en la carne, dado a luz por María, "una virgen, más hermosa . . . que toda otra virgen" (véase 1 Nefi 11:13-21), porque así lo testifica el libro en una descripción insuperable en toda literatura.

Si el Libro de Mormón es verdadero, entonces Jesús es realmente nuestro Redentor, el Salvador del mundo. El propósito fundamental de su preservación y de su aparición, de acuerdo con su propia declaración, es "convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, el Eterno Dios, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones" (portada).

Si el Libro de Mormón es verdadero, entonces las Américas son una tierra escogida, pero si han

de permanecer siéndolo, sus habitantes tienen que adorar al Dios de esta tierra, el Señor Jesucristo. La historia de dos grandes naciones, relatadas con amonestación en este sagrado compendio, indica que aun cuando debemos contar con la ciencia, tener educación y tomar las armas, también debemos vivir con rectitud para merecer la protección de Dios.

Si el Libro de Mormón es verdadero, José Smith era un Profeta de Dios, porque él fue el instrumento en manos de Dios para revelar este testimonio de la divinidad de nuestro Señor.

Si el Libro de Mormón es verdadero, el Presidente de la Iglesia es un Profeta de Dios, porque posee todas las llaves, dones, poderes y la autoridad que poseyó José Smith, por medio de quien se estableció esta obra de los últimos días.

Si el Libro de Mormón es verdadero, la Iglesia es verdadera, porque esa misma autoridad bajo la cual salió a la luz este registro sagrado se encuentra y manifiesta entre nosotros hoy en día. Es la restauración de la iglesia que el Salvador organizó en Palestina. Es la restauración de la iglesia que organizó el Salvador cuando visitó el hemisferio occidental e inició estos anales sagrados.

Si el Libro de Mormón es verdadero, la Biblia es verdadera. La Biblia es el Testamento del Viejo Mundo; el Libro de Mormón es el Testamento del Nuevo Mundo. Uno es la historia de Judá; el otro es la historia de José, y ambos son uno en la mano del Señor para cumplimiento de la profecía de Ezequiel (Ezequiel 37:19). Juntos declaran la Realeza del Redentor del mundo y la realidad de Su reino.

He aquí la voz que ha influido en el corazón de la gente en muchas naciones. Aquellos que lo han leído con espíritu de humildad, ya sean ricos o pobres, eruditos o analfabetos, han progresado bajo su poder.

Permítaseme contar acerca de una carta que recibimos hace algunos años. En ella un hombre decía: "Me encuentro en una prisión federal. Hace poco encontré un ejemplar del Libro de Mormón en la biblioteca de la cárcel. Lo he leído y al llegar a la parte en que Mormón se lamenta de la caída de su pueblo—'¡Oh bello pueblo, cómo pudisteis apartaros de las vías del Señor! ¡Oh bello pueblo, cómo pudisteis rechazar a ese Jesús que esperaba con los brazos abiertos para recibirlos! He aquí, si no hubieseis hecho esto, no habríais caído' (Mormón 6:17-18)—me sentí como si Mormón se dirigiera a mí. ¿Podrían enviarme un ejemplar de ese libro?"

Le enviamos el libro y, tiempo después, él entró un día en mi oficina totalmente cambiado. Había sido inspirado por el espíritu del Libro de Mormón y en la actualidad es un hombre de éxito, rehabilitado y ganando honradamente los medios para sustentarse a sí mismo y sustentar a su familia.

Tal es el poder de este gran libro en la vida de quienes lo leen con espíritu de oración. Sin reserva alguna, les prometo que si leen con humildad el Libro de Mormón, no importa cuántas veces lo hayan hecho ya, recibirán en su corazón una medida mayor del Espíritu del Señor. Lograrán asimismo una resolución más firme de andar en obediencia a Sus mandamientos y obtendrán un testimonio más fuerte en cuanto a la palpitante realidad del Hijo de Dios.

Capítulo 10

EL AMBIENTE DE NUESTRO HOGAR

Es algo difícil y aun desalentador a veces, y sin embargo también maravilloso y determinante, ser el padre o la madre de hijos nacidos y criados en esta era tan complicada. Todos cometemos errores; la mayoría de nosotros cometemos muchos errores. Todos sufrimos aflicciones y casi todos hemos padecido mucha congoja. Pero también hemos sentido un sano orgullo y alegría al ver crecer a nuestros hijos desde la infancia a la madurez.

No es fácil ser un padre o una madre. Muchos de ellos son acosados por un sinnúmero de frustraciones y preocupaciones, sueños malogrados y esperanzas trucas. Reconozco, por supuesto, que hay muchos hogares en los que no se padecen estas cosas, en donde hay paz y todo anda bien, en donde nadie alza la voz con enojo, en donde los padres son considerados y tranquilos y los hijos son fieles y crecen sin tener problemas serios. Si así es el hogar de ustedes, deben estar agradecidos. Agradezcan al Señor por esa maravillosa bendición.

Pero les aseguro que hay muchos hogares desdichados, porque he recibido cartas al respecto cartas de padres y madres, y cartas de hijos e hijas. Es muy fácil decir que si hacemos esto o aquello todo andrà bien. Pero yo he podido ver a hombres y mujeres de conciencia, gente fiel y honrada, personas que tratan de observar las enseñanzas de la Iglesia y que aun así sufren aflicciones debido a la conducta de sus hijos.

Tengo algunas respuestas para tales problemas, pero confieso que no las tengo a todas. Nosotros mismos solemos ser la causa de muchos de esos problemas. En otros casos, algunos de ellos parecen suscitarse a pesar de todo lo que hacemos por evitarlos. Pienso en ciertas personas maravillosas que conozco. Sus hijos mayores ya crecieron, se casaron y continuaron viviendo su propia vida de una manera que hace feliz el corazón de sus padres. Pero también tienen éstos un hijo menor, un muchacho inteligente y capaz, a quien las relaciones que mantuvo en la escuela secundaria lo encaminaron en otra dirección. Se dejó crecer el cabello y descuidó su vestimenta. Hizo asimismo otras cosas que causaron mucho pesar a sus padres. Su padre se sintió muy perturbado por todo eso y lo reprendía y amenazaba; sollozaba, oraba y recriminaba a su hijo, pero éste no respondía. El muchacho fue descarriándose. Su madre también sufría y oraba, pero sabía controlarse y mantener calma su voz. Constantemente le expresaba al hijo su amor, pero él se fue de la casa. La madre le mantuvo siempre limpio su cuarto, la cama tendida y la comida lista en la nevera, y le dijo que, si alguna vez deseaba regresar al hogar, sería bienvenido.

Los meses fueron pasando mientras todos sufrían. Finalmente, el amor de su madre comenzó a inspirar el corazón del hijo. En ocasiones, venía a la casa para dormir. Sin reprenderle nunca, ella le sonreía, le hacía bromas, le servía comidas deliciosas, lo abrazaba y le expresaba su cariño. Con el tiempo, el muchacho empezó a mejorar su apariencia. Se quedaba más tiempo en la casa y fue dándose cuenta de que no existía otro lugar que fuera tan cómodo, seguro y feliz como ese hogar que una vez había abandonado. Por último, reorganizó su vida. A una edad mayor que la de la generalidad de los jóvenes, salió en una misión y demostró ser un buen misionero. Cuando volvió, asistió al colegio y decidió comportarse mejor. La última vez que lo vi, él y su madre, ambos dotados de buena voz, cantaron un dúo en tanto que las lágrimas mojaban el rostro de algunos que conocían la historia de esa familia.

A todos cuantos tengan tales hijos o hijas, quiero sugerirles que nunca se den por vencidos. Los

hijos no se pierden si los padres no los abandonan. Recuerden que es el amor, más que cualquier otra cosa, lo que les hará regresar. El castigo no lo conseguirá. Sin amor, los reproches no habrán de lograrlo. Mas la paciencia, las expresiones de afecto y ese extraño y notable poder que proviene de la oración lo conseguirá oportunamente.

Con la intención de ayudarles, quiero sugerir cuatro factores necesarios para crear el buen ambiente en el hogar. Sugiero a los padres que ofrezcan a sus hijos un hogar en el que exista (1) un espíritu de servicio, (2) una atmósfera de progreso, (3) la disciplina del amor, y (4) la costumbre de la oración.

Un espíritu de servicio

El egoísmo es un factor destructivo, torturador y corrosivo en la vida de la mayoría de nosotros. Es lo que promueve la tirantez en las relaciones entre padres e hijos y suele provocar la violencia entre padres bien intencionados que tienden a cultivar un egoísmo perjudicial en sus hijos al complacer con extravagancia sus deseos por cosas costosas e innecesarias.

El antídoto del egoísmo es el servicio, la ayuda a quienes nos rodean, tanto dentro del hogar como fuera del mismo. Los hijos que crecen en un hogar en el que los padres son egoístas y codiciosos muy probablemente desarrollarán las mismas tendencias en su propia vida. Por otra parte, los hijos que ven que sus padres sacrifican su comodidad para ayudar a algún necesitado, con seguridad seguirán la misma norma en su edad madura.

Los hijos que ven que sus padres son activos en la Iglesia, sirviendo a Dios mediante el servicio a sus semejantes, procederán del mismo modo cuando crezcan. Los hijos que observan a sus padres ayudando a personas afligidas, socorriendo a los pobres y corriendo a rescatar a los atribulados, ciertamente llegarán a dar ellos el mismo ejemplo.

¿Permitirían ustedes que sus hijos crecieran en medio de un espíritu de egoísmo? La indulgencia de los deseos mezquinos no es provechosa. Permítanles más bien que vean en sus propios hogares y en las más íntimas relaciones familiares la verdad del gran principio enunciado por el Señor cuando dijo: "Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Marcos 8:35).

Una atmósfera de progreso

Es maravillosamente interesante observar cómo la mente joven se expande y se fortalece. Yo aprecio sobremanera el vasto potencial de la televisión provechosa, pero también lamento la terrible pérdida de tiempo y de oportunidades que tanto perjudica a los niños que, hora tras hora, miran en sus hogares lo que no los instruye ni fortalece.

Cuando yo era un jovencito, vivíamos en una antigua casona. A uno de los cuartos le llamábamos biblioteca. Tenía una sólida mesa, una bonita lámpara, tres o cuatro sillas cómodas con buena luz y estantes con libros en las paredes. Teníamos numerosos libros que mi padre y mi madre habían adquirido a través de muchos años. Nunca nos obligaban a leer esos libros, pero siempre estaban a la mano para cuando quisiéramos hacerlo. Ese cuarto era muy tranquilo. Todos sabíamos que era un lugar para estudiar.

También teníamos revistas, las de la Iglesia y otras dos o tres buenas publicaciones. Había allí libros de historia y literatura, libros de asuntos técnicos, diccionarios, una enciclopedia de múltiples tomos y un atlas del mundo. No teníamos televisión, por supuesto, en esa época. La radio se inventó durante los años de mi infancia. Pero había allí un ambiente educacional. No quiero que piensen que éramos eruditos, pero teníamos a nuestra disposición grandes obras literarias, las ideas de pensadores famosos y el lenguaje de hombres y mujeres que sabían pensar bien y escribir admirablemente.

En muchos de nuestros hogares no es posible tener una biblioteca tal. La mayoría de las familias carece de espacio. Pero con un buen planeamiento puede aprovecharse un rincón, un lugar que podría

convertirse en una especie de refugio contra los ruidos que nos rodean y donde uno pueda sentarse a leer y a pensar. Es algo maravilloso tener un escritorio o una mesa, no importa cuán simple, donde podamos tener los libros canónicos de la Iglesia, otras obras buenas, las revistas publicadas por la Iglesia y otros varios libros dignos de leerse.

Comiencen temprano a familiarizar a sus hijos con la lectura. La madre que omite leerles a sus hijos pequeños no sólo los priva de un servicio sino que también se perjudica a sí misma. Es algo que lleva tiempo, sí, mucho tiempo. Es algo que requiere autodisciplina. Exige tener que organizarse y programar cada minuto y cada hora del día. Pero produce una sensación inigualable observar cómo esas tiernas inteligencias aprenden poco a poco en cuanto al carácter, las expresiones y las ideas. Una lectura sana puede, con el tiempo, convertirse en una aventura de amor mucho más fructífera que muchas otras actividades en las que los niños emplean su tiempo. Se ha estimado que un niño norteamericano promedio dedica unas ocho mil horas a ver televisión antes de empezar a ir a la escuela. Y una gran parte de lo que ese niño ve es de muy dudoso valor.

Es necesario que los padres se esfuercen por crear un ambiente de conocimiento en sus hogares. Tienen que facilitar a sus hijos el acceso a los grandes pensadores, las grandes ideas, la verdad sempiterna y todas esas cosas que desarrollan y promueven su bienestar.

El Señor ha dicho a nuestra gente: "Buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe". (D&C 88:118.) Yo exhorto a todos los padres dentro de la esfera de mi influencia a que traten de crear en sus hogares una atmósfera de conocimiento y de resultante progreso.

La disciplina del amor

Es sin duda evidente que tanto el inmenso bien como el terrible mal que encontramos hoy en el mundo son los dulces y amargos frutos de la manera en que se criaron ayer los hijos. La forma en que adiestramos una nueva generación determinará lo que el mundo habrá de ser en pocos años. Si ustedes están preocupados en cuanto al futuro, observen entonces cómo crían a su hijos en el presente. La crueldad que caracteriza tanto a nuestra sociedad es, en gran medida, una consecuencia de la crueldad impuesta hace años sobre los hijos.

Como muchachos y jovencitas, nosotros disfrutábamos mucho el barrio en que vivíamos. Había diversas clases de personas en ese barrio y creo que las conocíamos bien a todas. Rara vez se mudaba la gente en esos días. Creo que yo los amaba a todos ellos; a todos, con excepción de cierto hombre. Debo confesar que detestaba a ese hombre. Me he arrepentido de tal sentimiento, pero al recordar aquellos momentos me parece percibir un cierto fastidio. Sus hijos eran amigos míos, pero a él lo consideraba mi enemigo. ¿Y a qué se debía eso? A que aquel hombre tenía un temperamento perverso que se manifestaba ante la más mínima provocación y entonces se ponía a gritar y a golpear a sus hijos de una manera que nunca he podido olvidar.

Quizás yo me sentía así por causa del hogar en el que crecí, donde contaba con un padre que, como por arte de magia, fue capaz de disciplinar a sus hijos sin recurrir al castigo físico, aunque hubiera veces en que sin duda lo merecimos. He podido ver que los frutos del temperamento de aquel vecino se han manifestado en la penosa vida de sus hijos.

No vacilo en decir que ninguna persona que profese seguir a Cristo o que declare ser miembro de la Iglesia de Cristo puede abusar de sus hijos sin ofender a Dios, quien es el Padre de ellos, y sin repudiar las enseñanzas del Salvador y Sus profetas. Jesús mismo fue quien declaró: "Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños . . . , mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se lo hundiese en lo profundo del mar" (Mateo 18:6).

Brigham Young dijo lo siguiente: "Críen a sus hijos en el amor y el temor del Señor; evalúen su disposición y su temperamento y procedan de acuerdo con éstos, y nunca se inclinen a reprenderles en medio del enojo; enséñenles a que les amen y no a que les teman" (Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young [1997], pág. 354).

El disciplinar con severidad o con crueldad inevitablemente conduce, no a la corrección, sino al resentimiento y a la amargura. Nada es lo que cura y sólo agrava el problema. Es contraproducente. Al establecer el espíritu gubernamental de Su Iglesia por medio de estas magníficas palabras de revelación, el Señor dispuso también el que debe existir en el hogar: "Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener . . . sino por persuasión, longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; . . . reprendiendo en el momento oportuno con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo; para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte" (D&C 121:41,43-44).

Pablo escribió a los efesios: "Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor" (Efesios 6:4).

Cuando ocurran algunos pequeños problemas, como es inevitable que suceda, refrénense. Recuerden la sabiduría del antiguo proverbio que dice: "La blanda respuesta quita la ira" (Proverbios 15:1). No hay, en todo el mundo, una mejor disciplina que la del amor, la cual tiene una magia particular.

La costumbre de la oración

Doblemente bendecido es el hijo que, aunque sea muy joven quizás para entender las expresiones, puede sin embargo sentir el espíritu de la oración cuando su madre amorosa o su padre bondadoso lo ayuda con unas pocas palabras de suplicación al acostarse a dormir. Afortunados son, realmente, los muchachos y las jovencitas, incluso aquellos en edad de adolescencia, en cuyos hogares existe la costumbre de la oración familiar en las mañanas y en las noches.

No creo que haya una mejor manera de cultivar en los hijos el espíritu de reconocimiento que el de que todos los miembros de la familia se arrodillen para agradecer al Señor Sus bendiciones. Tal expresión de humildad hará maravillas para desarrollar en el corazón de los hijos el reconocimiento del hecho de que Dios es la fuente de los invaluable dones que poseemos.

No creo que haya una mejor manera de cultivar el deseo de hacer lo que es correcto que pedir con humildad el perdón de quien tiene el derecho exclusivo de perdonar y orar en procura de la fortaleza necesaria para vivir por encima de toda debilidad.

Cuan maravilloso es pedir al Señor que bendiga a aquellos que están enfermos y a los afligidos, a los hambrientos y a los menesterosos, a los que están solos y atemorizados, a los esclavizados y a los acongojados. Cuando se expresan con sinceridad, esas oraciones darán lugar a un mayor deseo de ayudar a los necesitados. Cuando se recuerda al obispo, al presidente de estaca y al Presidente de la Iglesia en las oraciones familiares, podrá sentirse un mayor respeto por ellos.

Es muy significativo enseñar a los hijos cómo deben orar en cuanto a lo que necesitan y a sus buenos deseos. Cuando los miembros de la familia se arrodillan para orar juntos y suplicarle al Todopoderoso acerca de sus necesidades, recibirán en el corazón de sus hijos una inclinación natural de recurrir a Dios, su Padre y amigo, en momentos de desaliento y dificultades. Asegúrense de que, en la mañana y en la noche, la oración familiar e individual sea una costumbre que los hijos adquieren cuando son jóvenes. Ello bendecirá para siempre su vida y ningún padre o madre en la Iglesia debe descuidarlo.

Yo agradezco al Señor por todos los padres buenos en la Iglesia que son verdaderos ejemplos de honradez e integridad para sus hijos y ante el mundo. Le agradezco por su fe y su fidelidad. Le agradezco por el gran deseo que tienen de educar a sus hijos en la luz y en la verdad, tal como el Señor nos ha mandado hacer. Ruego que Sus bendiciones coronen los esfuerzos de esos padres y que cada uno pueda decir, como lo dijo Juan en días antiguos: "No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad" (3 Juan 1:4).

Capítulo 11

LA CONTINUA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

A cada uno de nosotros, como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, nos corresponde la responsabilidad de cumplir el mandamiento de estudiar y de aprender. El Señor nos ha dicho: "Buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe" (D&C 88:118).

Asimismo, Él ha dicho claramente que nuestra búsqueda de la verdad debe ser amplia, que tenemos que aprender "de cosas tanto en el cielo como en la tierra, y debajo de la tierra; cosas que han sido, que son y que pronto han de acontecer; cosas que existen en el país, cosas que existen en el extranjero; las guerras y perplejidades de las naciones, y los juicios que se ciernen sobre el país; y también el conocimiento de los países y de los reinos" (D&C 88:79).

¡Qué responsabilidad se nos ha dado para que podamos progresar constantemente hacia la eternidad! Ninguno de nosotros puede presumir de haber aprendido lo suficiente. Cuando una puerta se cierra en una fase de la vida, otra se abre hacia donde debemos continuar en busca de conocimiento. Nuestra búsqueda de la verdad tiene que ser incesante. Dicha verdad debe abarcar tanto lo espiritual y religioso como lo secular. Al progresar en la vida y en nuestra búsqueda de la verdad, debemos procurar lo que es bueno, bello y positivo.

Yo trato de leer dos o tres periódicos todos los días. A veces leo los artículos de los columnistas y en ocasiones escucho a los comentaristas de televisión y de radio. Los escritores son admirables. Son hombres de lenguaje sagaz e ingeniosa expresión. Son verdaderos maestros de la palabra. Pero, por lo general, percibo en ellos una actitud negativa. No importa a quién se refieran, parecen estar siempre inclinados hacia los fracasos y las debilidades. Critican constantemente y rara vez elogian.

Y esta tendencia no se limita a los columnistas y a los comentaristas. Lean las cartas al editor. Algunas de ellas, saturadas de veneno, son escritas por personas que parecen no encontrar nada bueno en el mundo. Las críticas, la censura, las calumnias—tales son las intenciones en nuestra época. Desde numerosas direcciones se nos dice que en ninguna parte encontraremos una sola persona decente que ocupe un cargo político. Los hombres de negocios son deshonestos. Las empresas de servicio público siempre tratan de estafarnos. Por todos lados se escuchan los comentarios mordaces, las burlas sarcásticas y el menoscabo de los amigos. Lamentablemente, estas cosas con frecuencia constituyen la esencia de nuestras conversaciones. En muchos hogares, las esposas lloran y los hijos se alejan a causa de los intensos reproches de esposos y padres. Las críticas preceden los divorcios, provocan la rebeldía y suelen ser el catalizador que conduce al fracaso. En la Iglesia, siembran la semilla de la inactividad y, finalmente, de la apos-tasía.

Quiero pedirles que dejemos de procurar las tormentas y que en cambio disfrutemos más plenamente la luz del sol. Quiero sugerirles que, a medida que avancemos en la vida, "acentuemos lo positivo". Quiero pedirles que busquemos más a fondo lo que es bueno, que acallemos las voces del insulto y del sarcasmo y que elogiemos más generosamente las virtudes y los esfuerzos. No estoy sugiriendo que debemos silenciar toda opinión. El progreso proviene de la corrección. La fortaleza proviene del arrepentimiento. Sabia es la persona que puede reconocer los errores que otros le señalan y entonces cambian su orientación.

Lo que estoy sugiriendo es que cada uno de nosotros se aleje del negativismo que tanto ha penetrado en nuestra sociedad y percibamos lo que es notablemente bueno entre aquellos con quienes

nos asociamos, que hablemos de las virtudes de cada uno más que de sus faltas, que el optimismo reemplace el pesimismo y que nuestra fe supere nuestros temores. Cuando yo era joven y sentía la inclinación a criticar, mi padre me decía: "Los cínicos no contribuyen, los escépticos no producen, los incrédulos no realizan".

Cuando se mira el lado sombrío de las cosas, se obtiene un espíritu de pesimismo que, con frecuencia, conduce al fracaso. Un hombre que supo cómo animar a una nación en momentos de incertidumbre, fue Winston Churchill. Las bombas caían sobre Londres. La maquinaria nazi había arrasado Austria, Checoslovaquia, Francia, Bélgica, Holanda y Noruega, y se dirigía hacia Rusia. La mayor parte de Europa estaba al alcance de la tiranía e Inglaterra sería la próxima en caer. En esos momentos peligrosos en los que desfallecía el corazón de muchos, Churchill habló diciendo: "No hablemos de días tenebrosos, sino de días más austeros. Estos no son días oscuros, sino días magníficos—los mejores días que jamás haya vivido nuestro país. Y debemos agradecer a Dios que se nos haya permitido, a cada uno de nosotros de acuerdo con las circunstancias, tomar parte en la tarea de convertirlos en días memorables de la historia de nuestra raza" (discurso en Harrow School, 29 de octubre de 1941).

Después de la terrible catástrofe de Dunkerque (Francia), muchos profetas del fatalismo predijeron el fin de la Bretaña. Pero en esa hora sombría y solemne, aquel notable estadista dijo—y yo le escuché decir estas palabras cuando se transmitieron por todos los Estados Unidos: "No nos entregaremos ni fracasaremos . . . Lucharemos en Francia, lucharemos en los mares y en los océanos, lucharemos cada vez con mayor confianza y con mayor fuerza en el aire, defenderemos nuestra isla, no importa lo que cueste, lucharemos en las playas, lucharemos en los campos de aterrizaje, lucharemos en las praderas y en las calles, lucharemos en los cerros; no nos entregaremos jamás" (discurso en Dunkerque, Cámara de los Comunes, 4 de junio de 1943).

Fue este tipo de palabras lo que previó la victoria a la distancia a través de las nubes sombrías de la guerra y no la censura miserable de los cínicos lo que preservó al pueblo británico y salvó de la catástrofe a la nación.

No tengo dudas de que muchos tenemos ciertos temores en cuanto a nosotros mismos. Vivimos en una época de angustias en todo el mundo. Cada uno de nosotros tiene, a veces, días difíciles. No desesperen. No se den por vencidos. Deben tratar de ver la luz del sol a través de las nubes. Con el tiempo, tendrán buenas oportunidades. No permitan que los profetas del fatalismo entorpezcan sus posibilidades.

Este consejo también se relaciona con nosotros como miembros de la Iglesia del Señor. Parece ser que tenemos un sinnúmero de críticos. Aun algunos parecen estar tratando de destruirnos. Se burlan de lo que es sagrado. Menosprecian lo que consideramos divino. Algunos han dicho que nos encontramos atrapados en nuestra historia mientras que otros han procurado con marcada diligencia encontrar faltas en nuestros primeros líderes. Se nos acusa de estar opuestos a la razón y a las ideas racionales.

Éstas son acusaciones muy graves contra una iglesia que enseña que "la gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad" (D&C 93:36). Son acusaciones muy graves contra una iglesia que todos los años invierte millones de dólares para educar a sus jóvenes. Los que nos critican no se percatan de la gloria y maravilla de esta obra. En su calculada censura, no alcanzan a ver la majestuosidad del avance constante de nuestra causa. No han percibido la chispa que se encendió en Palmyra y que ahora inflama fuegos de fe a través de toda la tierra en muchas naciones y en muchos idiomas. Empleando los catalejos del humanismo, no alcanzan a ver que, respondiendo a la influencia del Espíritu Santo, las emociones espirituales tuvieron tanto que ver con las acciones de nuestros antecesores como con el proceso mental. No han logrado reconocer que la religión es algo que se relaciona tanto con el corazón como con el intelecto. George Satayana escribió:

Oh Mundo, ¿por qué no escoges lo mejor?

No es sabiduría creerse sabio

y en reflexión cerrar los ojos.

Sabiduría es, sí, creer al corazón.

Hay críticos que, de un vasto panorama informativo, parecen estar seleccionado sólo las cosas que desmerecen y menosprecian a los hombres y mujeres que en el pasado trabajaron tan denodadamente para establecer los cimientos de esta causa maravillosa. Siempre encuentran lectores que parecen deleitarse en recoger esos rumores y masticarlos con fruición. Al hacerlo, estas personas sólo se conforman con bocaditos en lugar de disfrutar de una cena substanciosa y abundante.

Mi ruego es que, mientras continuamos buscando la verdad, particularmente los que somos miembros de la Iglesia, valoremos la fortaleza y la bondad en vez de las debilidades y flaquezas de aquellos que tanto hicieron en esos días. Reconocemos el hecho de que nuestros antecesores eran seres humanos. Si duda que cometieron errores y algunos de ellos admitieron haberlos cometido. Pero esos errores fueron mínimos cuando se los compara con la obra maravillosa que realizaron. Destacar los errores y encubrir sus buenas acciones equivale a dibujar una caricatura de los hechos. Las caricaturas son entretenidas, pero con frecuencia son a la vez desagradables y deshonestas. Una persona puede tener una verruga en la mejilla y aun su rostro ser bello y saludable, pero si se le señalara indebidamente la verruga en relación con estos otros atributos, el retrato carecería de integridad.

Ha habido un solo hombre perfecto que jamás haya andado por el mundo. El Señor ha empleado a gente imperfecta para establecer Su perfecta sociedad. Si en ocasiones uno u otro ha dado algún traspie o si de alguna manera su carácter ha sabido mostrar un ligero defecto, cuánto mayor es la maravilla de que hayan logrado tanto.

Menciono estas cosas porque espero que habrán de cultivar la actitud de apreciar todo elemento positivo que conduzca al progreso y al entusiasmo. No nos hallamos atrapados por nuestra historia. Esa historia contiene los cimientos de esta obra. Describe con cierto detalle las circunstancias y los acontecimientos relacionados con la restauración del Evangelio de Jesucristo y si el cuadro no siempre está completo, o si hay varias versiones algo divergentes en cuanto a determinados eventos, la sinceridad intelectual indicará que no hay nada nuevo en ello. Por ejemplo, el Nuevo Testamento incluye cuatro Evangelios. El tono de cada uno de ellos es el mismo, pero sus respectivos escritores seleccionaron particularmente lo que deseaban recalcar y sólo mediante la lectura y correlación de los cuatro podemos obtener el mejor concepto posible del Hijo de Dios, quien anduvo por los caminos de Palestina.

Yo no temo la verdad. La recibo con beneplácito. Pero quiero que todos los datos que obtenga estén en el debido orden, con el énfasis apropiado en aquellos elementos que expliquen el notable progreso y el poder de esta organización. He sentido la necesidad de decir estas cosas porque hay algunos hoy en día que están señalando lo negativo y que parecen no comprender cabalmente la gran inspiración de esta obra.

Ahora quiero decir unas pocas palabras acerca del intelectualismo. Cierta persona erudita expresó la idea de que la Iglesia es enemiga del intelectualismo. Si por intelectualismo se refería a esa rama de la filosofía que enseña la "doctrina de que el conocimiento deriva total o principalmente de la razón pura" y que "la razón es el principio ulterior de la realidad", entonces, sí, estamos en oposición a tan mezquina idea interpretativa con referencia a la religión (citas tomadas del Random House Dictionary of the English Language, pág. 738). Una interpretación tal rechaza el poder del Espíritu Santo que habla a los hombres y por su intermedio.

Por supuesto que creemos en el cultivo de la inteligencia, pero el intelecto no es la única fuente del conocimiento. Tenemos una promesa, recibida mediante la inspiración del Todopoderoso, expresada con estas hermosas palabras: "Dios os dará conocimiento por medio de su Santo Espíritu, sí, por el inefable don del Espíritu Santo" (D&C 121:26).

Los humanistas que critican la obra del Señor, los llamados intelectualistas despreciativos, sólo hablan porque ignoran toda manifestación espiritual. No han escuchado la voz del Espíritu. No la han escuchado porque no han procurado obtenerla ni se han preparado para ser dignos de ella. Entonces, si suponen que el conocimiento proviene solamente del razonamiento y las indagaciones mentales, están negando todo lo que recibimos por el poder del Espíritu Santo.

Las cosas de Dios se entienden por el Espíritu de Dios. Ese Espíritu es real. El conocimiento recibido por aquellos que han sentido Su influencia es tan real como el que se obtiene mediante el funcionamiento de los cinco sentidos. De ello doy testimonio y estoy seguro de que también la mayoría de los miembros de la Iglesia puede testificarlo. Les exhorto a que todos sigamos cultivándonos para que nuestro corazón esté siempre en armonía con el Espíritu. Si nos disponemos a hacerlo, enriqueceremos nuestra vida. Sentiremos un vínculo especial con Dios, nuestro Padre Eterno, y probaremos un gozo muy dulce que no puede obtenerse de ningún otro modo.

No nos dejemos atrapar por los artificios del mundo, los cuales son generalmente negativos y con frecuencia sólo rinden un fruto amargo. Andemos con fe hacia el futuro, hablando afirmativamente y cultivando una actitud de confianza. Al hacerlo, nuestra fortaleza habrá de fortalecer a otros.

En una ocasión en que el Salvador andaba entre la multitud, una mujer que había estado enferma por largo tiempo le tocó el borde de Su manto. El sintió el poder que había salido de Sí y percibió que ese poder sanó a la mujer. Y así puede suceder con cada uno de nosotros.

El Señor dijo a Pedro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no te falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22:31-32).

No participemos del espíritu negativo que tanto prevalece en nuestros días. Es mucha la dulzura, la decencia y la belleza que podemos cultivar. Somos partícipes del Evangelio de Jesucristo. Evangelio significa "buenas nuevas." El mensaje del Señor es un mensaje de esperanza y salvación. La voz del Señor sólo pronuncia nuevas de gran gozo. La obra del Señor es una obra de gloriosa consumación.

En un momento sombrío y angustioso, el Señor dijo a aquellos que amaba: "No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Juan 14:27). Estas maravillosas palabras de confianza constituyen un faro para todos nosotros. Podemos confiar verdaderamente en Él, porque tanto Él como Sus promesas son reales.

Capítulo 12

"SOBRE TODAS TUS POSESIONES ADQUIERE INTELIGENCIA"

Recuerdo cierto día, años atrás, cuando me encontraba yo visitando una de nuestras universidades. Quedé muy impresionado con el esplendor de sus edificios, sus immaculados laboratorios, sus salones de clase, su magnífica biblioteca, sus dormitorios y sus gimnasios. Pero más aún me impresionaron los alumnos. Había millares de ellos—varones distinguidos y bellas jóvenes, todos ellos aparentemente serios, dedicados y diligentes.

Me asombran los grandes poderes de conocimiento con que contamos en la actualidad. Nunca antes ha habido tanta gente educada en cuanto a las cosas del mundo. Es algo realmente maravilloso ver cuan intensa es la participación educacional de un gran número de jóvenes en todo el mundo que se reúnen diariamente a los pies de sus profesores para adquirir conocimientos de todas las épocas de la humanidad. El alcance de dicho conocimiento es asombroso. Abarca las estrellas del universo, la genealogía de la tierra, la historia de las naciones, la cultura y el lenguaje de los pueblos, el funcionamiento de los gobiernos, las leyes comerciales, la actividad del átomo, las funciones del cuerpo y las maravillas de la mente.

Con tanto conocimiento disponible, uno podría pensar que el mundo quizás esté aproximándose a un estado de perfección y, sin embargo, se nos está señalando constantemente la otra cara de la moneda—las enfermedades de la sociedad, las controversias y los problemas que causan tanta miseria en la vida de millones de personas. Todos los días se nos hace percibir cada vez más el hecho de que la vida es algo más que ciencias y matemáticas, algo más que historia y literatura. Existe la necesidad de otra clase educación, sin la cual la substancia misma del conocimiento secular sólo podría conducirnos a la destrucción. Me refiero a la educación del corazón, de la conciencia, del carácter, del espíritu—esos aspectos indefinibles de nuestra personalidad que tan ciertamente determinan lo que somos y lo que hacemos en nuestras relaciones entre unos y otros.

Hace más de cincuenta años, mientras servía como misionero en Inglaterra, fui a la sede central de la Asociación Cristiana de Jóvenes en Londres. Imagino que aquel vetusto edificio tiene que haber sido ya demolido, pero nunca olvidaré las palabras que todo visitante podía ver en la sala de recepción. Las palabras eran de Salomón y decían: "Sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia" (Proverbios 4:7). ¿Inteligencia? ¿En cuanto a qué? En cuanto a nosotros mismos, a los propósitos de la vida, a nuestra relación con Dios, nuestro Padre, a los grandes principios divinamente revelados que durante siglos han proporcionado el ligamento mismo del verdadero progreso del hombre.

No puedo analizar todos estos principios, pero deseo sugerir tres de ellos: gratitud, virtud y fe. Los sugiero a modo de invitación. Agreguemos estos principios a nuestro inmenso caudal de conocimiento secular para que sean las piedras angulares sobre las cuales podamos edificar una vida fructífera, productiva y feliz. Yo creo que son esenciales para el completo desarrollo de cada uno de los hijos de Dios.

Gratitud

La gratitud es un principio divino. El Señor ha declarado mediante revelación: "Darás las gracias al Señor tu Dios en todas las cosas... Y en nada ofende el hombre a Dios, ni contra ninguno está

encendida su ira, sino contra aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas" (D&C 59:7, 21).

Nuestra sociedad padece de un espíritu de insensible arrogancia que es indigna de aquellos que han sido tan magníficamente bendecidos. Debiéramos estar muy agradecidos por la abundancia de que disfrutamos. La falta de gratitud es indicativa de una mente obtusa e ignorante. Es evidencia de una falta de conocimiento y de la ignorancia propia de la autosuficiencia. Se manifiesta a sí misma en un egoísmo desagradable y, con frecuencia, en caprichosa malicia. Podemos ver nuestras playas, nuestros parques y nuestros bosques infestados con basura arrojada por aquellos que evidentemente no saben apreciar la hermosura de la naturaleza. Yo he pasado por muchos campos ennegrecidos por incendios causados, sin duda, por fumadores negligentes presas del mezquino placer obtenido de un cigarrillo.

La persona apreciativa también es cortés y se preocupa por los derechos y la propiedad de los demás. El que no sabe ser apreciativo, es arrogante y maligno. Donde hay gratitud, hay humildad, que es lo contrario al falso orgullo.

¡Cuán magníficamente se nos ha bendecido! ¡Cuan agradecidos debemos estar! Hace algunos años, el Royal Bank de Canadá se refirió así en un anuncio en cuanto a la gente pobre del mundo: "Es difícil para [la mayoría de] los norteamericanos entender la grave situación de la gente en los países subdesarrollados porque [la mayoría de] nosotros no sabemos lo que es tener hambre. Nadie muere aquí a causa del hambre. En otros lugares, más de mil quinientos millones de personas se van dormir sin comer todas las noches . . . En realidad, solamente una de cada cien personas de los países subdesarrollados llegará a tener, en toda su vida, lo que una familia norteamericana considera que es una comida abundante".

Debemos cultivar un espíritu de gratitud por las bendiciones de la vida y los maravillosos dones y privilegios que cada uno de nosotros disfruta. El Señor ha dicho que los mansos recibirán la tierra por heredad. (Mateo 5:5.) No puedo menos que interpretar que la mansedumbre implica un espíritu de gratitud en simple contraste con una actitud de autosuficiencia, la admisión de que existe un poder mayor que el de uno mismo, el reconocimiento de Dios y la aceptación de Sus mandamientos. Tal es el principio de la sabiduría. Andemos entonces con gratitud ante aquel que es quien nos da la vida y todos los dones propicios.

Virtud

De la mano de la gratitud viene la virtud. Yo creo que están íntimamente relacionadas porque quien está dispuesto a despreciar la virtud carece de aprecio por la vida, sus propósitos y la felicidad y bienestar de los demás.

Cierto observador de nuestras circunstancias ha escrito lo siguiente: "Estamos presenciando el deceso de la antigua moralidad. Nos han arrancado de las manos las pautas establecidas de la moral ... Se nos ha dejado bamboleando en una sociedad motivada por el dinero, obsesionada con el sexo y dominada por las grandes ciudades. Nosotros mismos tenemos que dilucidar cómo hemos de aplicar los tradicionales principios morales a los problemas de la actualidad. Muchos encuentran que esta carga es demasiado pesada" (Look, septiembre de 1963, pág. 74).

Aunque nos parezca dificultoso, hay una manera de aplicar los tradicionales principios morales en nuestros días. Por alguna razón desconocida, continuamente surge el falso razonamiento de que la virtud era algo fácil en épocas pasadas pero que ahora no lo es. Quisiera que cualquier persona que piense así recuerde que no ha habido, desde la Creación, tiempo alguno en que las mismas fuerzas no hayan estado en juego como lo están hoy. La proposición de la esposa de Potifar a José en Egipto no fue diferente de lo que mucha gente debe enfrentar hoy en día.

Las influencias pueden ser más aparentes y seductoras en la actualidad, pero no son más apremiantes. No podemos estar completamente protegidos contra estas influencias. Nos rodean por todos lados. Nuestra cultura está saturada de ellas. Pero la misma clase de autodisciplina que ejerció José arrojará los mismos resultados benéficos. A pesar de la llamada "nueva moralidad", a pesar de los discutidos cambios en las normas de la moral, no existe sustituto adecuado para la virtud. Las normas

de Dios pueden rechazarse por todos lados en el mundo, pero Él no ha cancelado Sus mandamientos.

La violación de los mandamientos del Señor en la actualidad, tal como en cualquier otra época, sólo causa remordimiento, pesar, pérdida del respeto propio y, en muchos casos, aun tragedias. La racionalización y la equivocación no han de borrar la putrescente cicatriz que arruina el respeto propio de una persona que desobedezca la ley de castidad. La autojustificación jamás logrará reparar el corazón de la persona que se haya arrastrado hacia la tragedia moral.

En abril de 1942, la Primera Presidencia de la Iglesia emitió un mensaje que tiene un tono de Escritura: "A los jóvenes de la Iglesia . . . por sobretodo les imploramos que vivan una vida limpia, porque la vida impura sólo conduce al sufrimiento, la miseria y la aflicción física, y desde el punto de vista espiritual es el camino a la destrucción. Gloriosa y cercana a los ángeles es la juventud que se conserva limpia; esta juventud recibe en este mundo un gozo indescriptible y eterna felicidad en el mundo venidero" (Improvement Era, 45:273).

Es realmente una verdad, como lo declaran las Escrituras: "El mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz" (Proverbios 6:23). No se burlen de Dios. No menosprecien Su ley. Dejen que la virtud sea una piedra fundamental sobre la cual puedan edificar su vida.

Fe

Cuando hablo de la fe, no lo hago en un sentido abstracto. Me refiero a ella como una fuerza latente y vital reconociendo a Dios como nuestro Padre y a Jesucristo como nuestro Salvador. Cuando aceptamos esa aserción fundamental, demostraremos la aceptación de Sus enseñanzas y un sentido de obediencia que nos traerá paz y gozo en esta vida y exaltación en la vida venidera.

La fe no es una trivialidad teológica, sino una realidad de la vida. La fe puede convertirse en el manantial mismo de una vida con propósito determinado. No existe una motivación más imperiosa para el esfuerzo meritorio que el conocimiento de que somos hijos de Dios, el Creador del universo, nuestro sabio Padre Celestial. Dios espera que hagamos algo significativo con nuestras vidas y nos dará la ayuda necesaria cuando se la pidamos.

Jesús dijo: "Aprended de mí... porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:29-30). Quisiera sugerir que sigamos el precepto indicado por el Hijo de Dios. Juntamente con todo lo que aprendemos, aprendamos también en cuanto a Él. Con todo nuestro estudio, necesitamos procurar el conocimiento del Maestro. Dicho conocimiento complementará de modo maravilloso nuestro adiestramiento secular y nos proporcionará buen carácter y una plenitud de vida que no puede obtenerse de otra manera.

Hace algunos años nos encontrábamos viajando en un avión entre Honolulu y Los Angeles. En esos días sólo se disponía de aviones con motores a hélice. Casi a mitad del trayecto, uno de estos motores dejó de funcionar. Eso causó disminución en la velocidad, pérdida de altura y un cierto grado de nerviosidad entre los que íbamos a bordo. La verdad era que se había perdido gran parte de la potencia y los riesgos aumentaron proporcionalmente. Sin ese poder, no podíamos seguir volando alto, ni rápidamente, ni con seguridad.

Lo mismo sucede con nuestra vida cuando hacemos a un lado la necesidad de la fe y desdeñamos el conocimiento del Señor. Una aceptación pasiva del Señor no es suficiente. La fortaleza proviene del servicio activo en la causa del Maestro. "Aprended de mí," mandó Jesús. Además, declaró que el que hace la voluntad del Padre, "conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17).

Por consiguiente, mientras estudiamos matemática, física y química, necesitamos leer también los Evangelios del Nuevo Testamento y el testimonio del Nuevo Mundo, el Libro de Mormón.

Aprecio las palabras de Pablo, quien viajó extensamente, sufrió mucho y adquirió sabiduría. Estas palabras le fueron enviadas a Timoteo cuando Pablo se hallaba prisionero de Nerón en Roma: "No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor" (2 Timoteo 1:7-8). Recomiendo esta amonestación

a todo Santo de los Últimos Días. Éste es el espíritu que reformará al mundo.

Recuerdo esta declaración de Charles Malik: "En esta época alarmante, no basta con tener felicidad, prosperidad y seguridad . . . Debemos contar con un mensaje que podamos proclamar a otros; tenemos que expresar algo definido con respecto a nuestras ideas y actitudes, y a nuestro concepto de la vida; y ese algo debe manifestar un propósito a toda condición humana."

Tome cada uno sobre sí el nombre del Señor y vaya entonces con fe para compartir con buen propósito lo que ha de influir en la vida de la humanidad y traer paz y gozo al mundo. El mundo necesita una generación de hombres y mujeres de conocimientos e influencia que puedan y se determinen a levantarse y con sinceridad y sin vacilación declarar que Dios vive y que Jesús es el Cristo. A medida que continuamos en nuestros estudios seculares, agreguemos también a nuestra vida el cultivo del Espíritu. Si lo hacemos, Dios nos bendecirá con esa paz y esas bendiciones que solamente de El provienen.

Capítulo 13

DE PEQUEÑAS ACCIONES RESULTAN GRANDES CONSECUENCIAS

¿Han notado alguna vez un gran portón en una cerca rural? Cuando uno lo abre o lo cierra, parece ser mínimo el movimiento de su gozne pero bastante intenso el de sus extremos.

Hablándole al profeta José Smith en 1831, el Señor le dijo: "De las cosas pequeñas proceden las grandes" (D&C 64:33). Así sucede en cuanto al bien y al mal. Las pequeñas y bondadosas acciones pueden convertirse en enormes instituciones benéficas. También es así con las cosas malas. Los pequeños actos deshonestos, las pequeñas acciones inmorales y las pequeñas reacciones iracundas pueden transformarse en grandes y terribles tragedias.

En la Manzana del Templo había antes una pérgola—una estructura algo rudimentaria en la que los miembros de la Iglesia se reunían en aquella época de pobreza. En la tarde de un domingo, en septiembre de 1857, se presentó bajo esa pérgola el acto final de una dramática tragedia.

Ese día, Brigham Young estaba dirigiendo la reunión y presentó ante la congregación a un hombre que aparentaba ser muy anciano y estar enfermo y cansado de vivir. El presidente Young dijo a la congregación:

"El hermano Tilomas B. Marsh, ex Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, ha vuelto a nosotros después de una ausencia de casi diecinueve años. Hoy se encuentra aquí, en el estrado, y desea dirigir algunas palabras a la congregación . . . Vino antes a mi oficina y quería saber ... si le era posible reconciliarse con la Iglesia del Dios viviente. Después de un momento de reflexión, me dijo que se sentía reconciliado con la Iglesia pero que deseaba saber si la Iglesia puede reconciliarse con él". Entonces, el presidente Young explicó: "El se halla aquí y yo quiero que diga lo que desee decir. Hermanos y hermanas, les presento al hermano Thomas B. Marsh. Cuando se organizó por primera vez el Quórum de los Doce, a él se le llamó a ser su primer Presidente".

En seguida, el hermano Marsh se acercó al púlpito. Ese hombre, el cual había sido llamado a ser el primer Presidente del Consejo de los Doce Apóstoles y a quien el Señor le había hablado de manera tan maravillosa según lo declara la sección 112 de Doctrina y Convenios, dijo a la gente allí reunida:

"No sé si lograré que esta enorme congregación me escuche y me entienda. Nunca he tenido una voz fuerte, pero en estos últimos años la vara de Jehová la ha debilitado aún más. El me ama demasiado para dejarme ir sin castigarme. Yo he visto la mano del Señor en el castigo que he recibido. Yo he visto y sé que me ha demostrado Su amor, porque de no ser así no me habría tomado del brazo y sacudido como lo ha hecho.

"Si hay en esta congregación alguien que habrá de apostatar y hacer lo que yo he hecho, mejor le fuera que preparase su espalda para un buen azote, si es la clase de persona que el Señor ama. Pero si ha de seguir mi consejo, debería presentarse ante las autoridades; mas si se aleja y el Señor le ama tanto como a mí, Él también le azotará.

"Muchos me han dicho: '¿Cómo es posible que un hombre como usted, que entendió tanto las revelaciones de Dios que Doctrina y Convenios contiene, haya podido apostatar?' Yo les he respondido que no deben confiarse demasiado en sí mismos, sino que me escuchen, pues también ellos podrían caer; porque yo no he tenido dudas en mi mente en cuanto a la posibilidad de que los

hombres puedan apostatar.

"Puedo decirles, con referencia al Quórum de los Doce al que pertenecía, que no me consideraba menos que ninguno de ellos, y supongo que otros tenían la misma opinión; mas nadie debe sentirse muy seguro de sí mismo, porque antes de que siquiera se den cuenta, sus pasos resbalarán. Y entonces no pensarán ni sentirán ya como antes de haber perdido el Espíritu de Cristo; porque cuando apostatan, los hombres terminan arrastrándose en las tinieblas" (Journal of Discourses 5:206).

Hablando con voz que no era fácil escuchar y aparentando ser un anciano cuando en realidad sólo tenía cincuenta y siete años de edad, el ex apóstol se refirió a las aflicciones que debió padecer antes de llegar, finalmente, al Valle del Gran Lago Salado y pedir que se le bautizara de nuevo en la Iglesia.

Al leer esta historia tan saturada de humillación, no pude menos que pensar en lo que lo había llevado hasta esa lamentable situación. Encontré la respuesta en el mismo Journal of Discourses, en un sermón pronunciado por George A. Smith, en esa misma pérgola, un año antes. Creo que bien vale mencionarla como una ilustración para todos nosotros en cuanto a la necesidad de tener mucho cuidado con las pequeñas acciones que podrían causar graves consecuencias.

Según el relato del élder Smith, cuando los Santos se hallaban en Far West, Misuri, "la esposa de Thomas B. Marsh— quien entonces era el Presidente del Quorum de los Doce Apóstoles—y la hermana Harris habían decidido canjear leche a fin de poder hacer un queso más grande del que de otro modo podrían preparar. Para asegurarse de que todo se haría correctamente, estuvieron de acuerdo en que no habían de retener nada sino que la leche debía entregarse en su totalidad". Para aquellos que nunca han tenido que entenderse con las vacas, deseo aclarar que el tema se refiere a la gordura o crema que se obtiene al final del ordeño.

"Parece ser que la señora Harris fue fiel al acuerdo y entregó a la señora Marsh la leche con crema y todo, pero la señora Marsh, deseando hacer un queso más grande aún, se guardaba un medio litro de crema por cada vaca y le enviaba a la señora Harris la leche descremada".

Se suscitó un altercado y el asunto se presentó a los maestros orientadores, quienes determinaron que la señora Marsh había faltado a su palabra. Tanto ella como su esposo se sintieron contrariados y "apelaron al obispo, de modo que el caso se llevó a juicio regular en la Iglesia. El presidente Marsh consideraba que el obispo no había hecho justicia en cuanto a él y su esposa al decidir que habían guardado indebidamente la crema y que la mujer había violado el acuerdo.

"Marsh llevó inmediatamente su apelación ante el Sumo Consejo, el cual investigó pacientemente la cuestión", continuó diciendo George A. Smith, "y les aseguro que ése era un consejo muy serio. Extremadamente ansioso por preservar la integridad de su esposa, Marsh . . . presentó una desesperada defensa, pero finalmente el Sumo Consejo confirmó la decisión del obispo.

"No quedando satisfecho con ello, Marsh presentó el caso ante la Primera Presidencia. José Smith y sus consejeros estudiaron todo minuciosamente y aprobaron la decisión del sumo consejo.

"Este asunto trivial", prosiguió el hermano Smith, "desató un viento de considerable proporción y Thomas B. Marsh declaró entonces que, aunque tuviera que irse al infierno por ello, continuaría sosteniendo el buen nombre de su esposa.

"El entonces Presidente de los Doce Apóstoles, el hombre que debía haber sido el primero en hacer justicia y causar que se compensara el error cometido por un miembro de su familia, adoptó esa actitud, ¿y qué más? Fue ante un magistrado y juró que los 'mormones' eran enemigos del Estado de Misuri.

"Esa declaración jurada dio lugar a una orden de exterminación emitida por el gobierno de Misuri, lo cual causó que unos 15.000 Santos abandonaran sus hogares y que varios millares perecieran ante las inclemencias del tiempo a consecuencia de tales circunstancias" (Journal of Discourses 3:283-284).

¡Qué cosa tan insignificante y trivial—que dos mujeres altercaran a raíz de un poco de crema! Pero eso provocó, o por lo menos fue uno de los factores que determinaron la inhumana orden de

exterminación emitida por el gobernador Boggs, obligando a los Santos a abandonar el estado de Misuri, con todo el sufrimiento y las muertes consecuentes que siguieron. Aquel hombre que tendría que haber solucionado esa pequeña controversia pero que, en cambio, persistió en ello molestando a los oficiales de la Iglesia hasta su misma Presidencia, padeció todo un infierno por eso. Perdió su posición en la Iglesia y perdió su testimonio del Evangelio. Durante diecinueve años anduvo en la pobreza, las tinieblas y la amargura, padeciendo enfermedades y soledad. Envejeció antes de tiempo y, finalmente, tal como el hijo pródigo de la parábola del Salvador, reconoció su necedad y penosamente llegó al Valle del Lago Salado, donde le pidió a Brigham Young que se le perdonara y se le permitiera ser bautizado nuevamente en la Iglesia. Había sido el primer Presidente del Consejo de los Doce, amado, respetado y honrado en la época de Kirtland y en los primeros días de Far West. Ahora sólo pedía que se le ordenara diácono y se le concediera ser un portero en la casa del Señor.

Todos hemos podido ver algunos casos similares en nuestros propios días. Es muy fácil tropezar. Es a veces tan difícil mantener baja la voz cuando algunas pequeñeces nos provocan. Ruego que nos dediquemos de corazón a vivir el Evangelio, a ser fieles y verídicos, a tener la fortaleza para ignorar las pequeñas acciones que podrían conducirnos a controversias y dificultades, a perdonarnos unos a otros, a "acudir a Dios y vivir" (véase Alma 37:47).

No debemos olvidarnos jamás de que somos hijos e hijas de Dios, hijos nacidos con derechos de progeneratura divina, partícipes del glorioso Evangelio de Jesucristo, beneficiarios del sacerdocio restaurado por el Todopoderoso para bendición de Sus hijos e hijas. Andemos con integridad y honradez en todas nuestras relaciones entre unos y otros. Controlemos toda arrogancia y falso orgullo y caminemos con humildad ante Dios, con sincero aprecio y respeto hacia todos aquellos con quienes nos asociamos.

Capítulo 14

"LOOR AL PROFE

Hace mucho tiempo, cuando a los doce años de edad fui ordenado diácono, mi padre, que era el presidente de nuestra estaca, me llevó a mi primera reunión de sacerdocio. En aquellos días, dichas reuniones se llevaban a cabo una noche de semana. Recuerdo que fuimos al edificio del Barrio Diez en Salt Lake City. Mi padre se sentó en el estrado y yo en el último banco de la capilla, sintiéndome un tanto solo e incómodo al ver que el lugar estaba lleno de hombres fuertes que habían sido ordenados al sacerdocio de Dios. Se dio comienzo a la reunión, anunciaron el primer himno y, como era entonces la costumbre, todos nos pusimos de pie para cantarlo. Allí se hallaban quizás unos cuatrocientos hombres. En conjunto, todos levantaron su potente voz, algunos con acentos de países europeos desde donde habían venido como conversos, y cantaron estas palabras con un gran espíritu de convicción y testimonio:

Al gran Profeta rindamos honores.

Fue ordenado por Cristo Jesús

a restaurar la, verdad a los hombres

y entregar a los pueblos la luz.

—Himnos, 1992, N° 15

Cantaban con respecto al profeta José Smith y, al hacerlo, despertaron en mi corazón un profundo sentimiento de amor y de fe en el heroico profeta de esta dispensación. Durante mi niñez me habían enseñado mucho acerca de él en las reuniones y en las clases, como así también en mi hogar, pero esa experiencia en aquella reunión de sacerdocio de la estaca fue diferente. En ese momento supe, mediante el poder del Espíritu Santo, que José Smith fue verdaderamente un Profeta de Dios.

Por cierto que en los años subsiguientes ese testimonio se debilitaría un poco, particularmente en los días de mis estudios universitarios. Sin embargo, aquella convicción nunca me abandonó por completo; y se ha fortalecido con el correr del tiempo, debido en parte a que los problemas de esa época me incitaron a leer y a estudiar y cerciorarme por mí mismo. El presidente Harold B. Lee dijo una vez que es necesario que renovemos cada día nuestro testimonio. De acuerdo con este principio, deseo que fortalezcamos nuestro testimonio en cuanto a esta gran obra que el Dios de los cielos ha permitido que se realice en estos últimos días.

Hace algunos años recibí una carta escrita por un evangelista en la que con marcado antagonismo criticaba al profeta José Smith, acusándolo de impostor, fraudulento, falso y mentiroso, y me decía que estaba preparando una campaña para dar a conocer sus propios puntos de vista al respecto. No sé que habrá pasado con sus planes, pero no tienen que haber sido muy significativos. Ese tipo de trabajo quizás logre derribar a unos pocos entre los débiles, pero sólo consigue fortalecer aún más a los fuertes. Y mucho tiempo después de que esa persona y otras de su tipo se hayan quedado sin aliento, el nombre de José Smith continuará mencionándose con honor y con amor en el corazón del progresivo número de Santos de los Últimos Días en un creciente número de naciones.

Recuerdo haberme encontrado en Nauvoo, la Ciudad de José, con dos hermanos del Primer Quórum de los Setenta y doce presidentes de misión y sus respectivas esposas durante un seminario de

presidentes de misión. La región mostraba los colores del otoño, con sus hojas doradas, una tenue neblina en el aire, noches frescas y días cálidos. La temporada turística había terminado y la ciudad ofrecía un entorno apacible y hermoso.

Tuvimos nuestra primera reunión en el Salón de los Setenta, ya restaurado, donde en la década de 1840, mediante el estudio y la enseñanza mutua de la doctrina del reino, los hombres se preparaban para ir a declarar ante el mundo el mensaje del Evangelio. La obra que se realizaba allí fue la precursora de los centros de capacitación misional de la Iglesia. Al reunimos en ése y otros hogares y salones de Nauvoo, teníamos en nuestra mente y en nuestro corazón aquellas figuras del pasado: José y su hermano Hyrum, Brigham Young, Heber C. Kimball, John Taylor, Wilford Woodruff, los hermanos Pratt—Orson y Parley—y muchos otros.

Esta fue, realmente, la Ciudad de José. Él fue el profeta que la diseñó y quienes le seguían la edificaron. Llegó a ser la ciudad más grande e impresionante del estado de Illinois. Con sus casas de sólidos ladrillos, con sus salones de adoración, ins trucción y entretenimiento, y con su magnífico templo sobre esa cuesta a la margen del río, esta comunidad junto al Mississippi fue edificada como si sus constructores fueran a permanecer en ella durante un siglo o más.

Allí, antes de aquel trágico día en Carthage, el profeta se encontró en la cumbre de su carrera mortal. Al hallarme donde él se halló una vez y contemplar la ciudad, pensé en los acontecimientos que le habían llevado a ese lugar y repasé mentalmente su legado.

Pensé en sus antepasados, quienes varias generaciones antes habían salido de la Gran Bretaña y llegado a Boston (Massachusetts); sobre su vida en el Nuevo Mundo a través de cinco generaciones paternas y cuatro del lado de su madre; sobre sus labores para despejar terrenos en Massachusetts, New Hampshire y Vermont para establecer sus granjas y sus hogares; sobre sus distinguidos servicios en la guerra de la independencia; sobre las adversidades y los fracasos que experimentaron al tratar de ganarse la vida en los cerros de granito donde residían. Pensé en aquel niño que nació en Sharon (Vermont) en diciembre de 1805 y a quien se le dio el mismo nombre de su padre. Pensé acerca de aquel espantoso período de enfermedades cuando la fiebre tifoidea afectó a la familia y la osteomielitis, con gran dolor y debilitamiento infeccioso, le atacó una pierna a José. Eso aconteció cuando la familia vivía en Lebanon (New Hampshire); y lo curioso fue que a pocos kilómetros de allí, en la Academia de Hanover, se encontraba el Dr. Nathan Smith, quien había descubierto un procedimiento por medio del cual podía curársele esa pierna infectada.

Pero esa cura no podría haberse logrado sin un terrible sufrimiento. En realidad, no es fácil hoy en día imaginar cómo ese niño lo soportó mientras su padre le sostenía en sus brazos y su madre caminaba y oraba entre los árboles de la granja para no tener que escuchar sus lamentos en tanto que el cirujano lo operaba y con una tenaza le extraía trozos de hueso infectado sin suministrarle ninguna clase de anestesia. Quizás el recuerdo de ese intenso sufrimiento le ayudó a José Smith a prepararse para cuando lo cubrieron de brea y plumas en Hiram (Ohio), cuando lo arrojaron en la sucia cárcel de Liberty (Misuri), y cuando la chusma lo asesinó a balazos en Carthage (Illinois).

Al contemplar la vida de José Smith, pensé en las fuerzas que, después de vivir por generaciones en Nueva Inglaterra, impulsaron a su familia a mudarse a la región occidental de Nueva York, a donde tenían que ir para que los propósitos preordenados de Dios se llevaran a cabo. Pensé en cuanto a la pérdida de la granja familiar, en cuanto a las pobres cosechas que obtenían de ese árido suelo y acerca de la gran congelación de 1816 cuando en el mes de julio una helada destructora les obligó a mudarse a otro lugar; entonces pensé en cuando se dirigieron a Palmyra, cuando compraron una granja en Manchester y en los celosos predicadores que incitaban a la gente y confundieron tanto al joven que éste decidió entonces pedir a Dios que le diera sabiduría.

Ese fue el verdadero comienzo de todo, en aquel día primaveral de 1820 cuando se arrodilló en la arboleda, pronunció su oración y tuvo una gloriosa visión en la que habló con Dios, el Padre Eterno, y con Su Hijo, el Señor Jesucristo resucitado.

A esto siguieron años de instrucción a cargo de un ángel de Dios quien, en más de una docena de ocasiones, enseñó, reprendió, amonestó y consoló al jovencito mientras éste iba creciendo hacia la madurez.

Y de ese modo, mientras me encontraba en Nauvoo, pensé también en la preparación para el sacerdocio; pensé en este asombroso José Smith. No espero que sus detractores hayan de saber en cuanto a su profético llamamiento por el poder del Espíritu Santo, pero puedo hacerles algunas preguntas para que mediten antes de que desdeñen a José Smith. Les hago solamente tres de las numerosas preguntas que podrían formular: Primero, ¿qué hacen con el Libro de Mormón? Segundo, ¿cómo explican el poder que José tuvo para convencer a hombres fuertes a fin de que le siguieran, aun hasta la muerte? Y tercero, ¿qué opinan en cuanto al cumplimiento de sus profecías?

Primero: ¿Qué hacemos con el Libro de Mormón? Tomo en mis manos un ejemplar del libro y leo sus palabras. He leído la explicación que ofrece José Smith sobre cómo lo obtuvo. Para los incrédulos, ésta es una historia difícil de aceptar y los críticos por lo general han consumido su vida escribiendo libros tratando de refutar dicha historia y de ofrecer explicaciones diferentes de la que dio el profeta José. Mas para la persona razonable, estas críticas sólo han conseguido estimular en ella el deseo de indagar más profundamente; y cuanto más investiga, mayor es la acumulación de evidencias acerca de la validez de la historia de José Smith. Aún así, tal como se ha demostrado durante ciento cincuenta años, la veracidad del Libro de Mormón no se demostrará mediante el análisis literario o la demostración científica, aunque estas cosas continúan confirmándola. La verdad acerca del origen del Libro de Mormón se determinará hoy y mañana, tal como lo ha sido a través del pasado, mediante su lectura con espíritu de reverencia, respeto y oración.

Hace algún tiempo recibí una carta escrita por un padre en la que decía que, respondiendo al cometido de leer el Libro de Mormón que una vez sugerí en una conferencia general, él y su familia iban a leer la edición original del mismo, la cual había impresionado tan profundamente a las numerosas y capaces personas que lo leyeron cuando se publicó por primera vez. Yo lo felicité pero me apresuré a decirle que nadie necesita buscar la primera edición para obtener el espíritu de esta obra extraordinaria. Cada uno del más de un millón de ejemplares que habrán de imprimirse este año llevará consigo ese mismo espíritu, contendrá la misma promesa maravillosa y proporcionará el mismo resultado en cuanto al testimonio de su veracidad.

El Libro de Mormón existe para que lo tomemos y lo leamos con oración y sincero interés. Desde su primera publicación, todo el empeño de sus críticos ha carecido de credibilidad y no ha tenido ningún efecto en aquellos que lo han leído con espíritu de oración y recibido, mediante el poder del Espíritu Santo, un testimonio de su veracidad. Si no tuviéramos otra evidencia de la divina misión de José Smith, el Libro de Mormón bastaría como un irrefutable testimonio de ella. Pensar que cualquier persona, y menos aún sin inspiración, podría producir un compendio que habría de tener un efecto tan profundo para el bien de tantos, equivale a imaginar algo simplemente imposible. La evidencia en cuanto a la verdad del Libro de Mormón se encuentra en la vida de millones de personas que lo han leído, orado al respecto y recibido un testimonio de su veracidad.

Mi segunda pregunta, sobre cómo podemos explicar el poder de José Smith para lograr que tantos hombres y mujeres fuertes lo siguieran, aun hasta la muerte, es igualmente difícil de desechar. Todo aquel que tenga alguna duda con respecto a los poderes de José Smith como líder, sólo necesita evaluar a quienes le respondieron. A esa gente no les atrajo la riqueza ni la influencia política. No fue cautivada por sueños de conquista militar. Él no les ofrecía ninguna de estas cosas, sino algo concerniente a la salvación mediante la fe en Jesucristo. Ello implicaba sufrir persecución con todos sus dolores y sus pérdidas, extensas y solitarias misiones, la separación de sus familiares y amigos y, en muchos casos, la muerte misma.

Consideremos, por ejemplo, a Orson Hyde. Orson era un simple empleado en una villa de Kirtland cuando conoció a José Smith. Y fue este desconocido y humilde vendedor de botones, hilo y telas a quien José, hablando en el nombre del Señor, le dijo que él (Orson Hyde) había sido ordenado

"para proclamar el evangelio sempiterno por el Espíritu del Dios viviente, de pueblo en pueblo, y de tierra en tierra, entre las congregaciones de los inicuos, en sus sinagogas, razonando con ellos y declarándoles todas las Escrituras" (D&C 68:1). Aquel joven, bajo la inspiración de ese llamamiento profético, anduvo a pie más de tres mil kilómetros a través de Rhode Island, Massachusetts, Maine y Nueva York, "razonando con [todas las personas que encontraba] y explicándoles las Escrituras".

Recuerdo haber visitado el hogar de Orson Hyde en Nauvoo, ese cómodo hogar que dejó atrás para viajar a Inglaterra y Alemania, y visitar Constantinopla, El Cairo y Alejandría en camino a Jerusalén donde, el 24 de octubre de 1841, subió al Monte de los Olivos y, mediante la autoridad del santo sacerdocio, dedicó la tierra de Palestina para el retorno de los judíos. Eso aconteció veinticinco años antes de que Teodoro Herzl se embarcara en la obra de promover el recogimiento de los judíos en su patria natal.

Otro ejemplo fue Willard Richards, un hombre educado que, cuando José Smith y su hermano Hyrum se entregaron al gobernador de Illinois y fueron encerrados en la Cárcel de Carthage, se encontraba entre los que les acompañaron. Ya en la tarde del 27 de junio de 1844, se había mandado a la mayoría de ellos para que se ocuparan de otros asuntos, quedándose John Taylor y Willard Richards con el profeta y su hermano. Esa tarde, después de la merienda, el carcelero, sabiendo que la chusma se hallaba afuera, les dijo a los prisioneros que estarían más seguros en una celda interior. Dirigiéndose a Willard Richards, José le dijo: "Si vamos a la celda, ¿vendrá usted con nosotros?."

A esto, el élder Richards respondió: "Hermano José, usted no me pidió que cruzara el río con usted ... no me pidió que viniera a Carthage ... no me pidió que viniera a la cárcel con usted; ¿cómo cree que he de abandonarlo ahora? Pero le diré lo que haré; si habrá de ser ahorcado usted por 'traición', yo tomaré su lugar en la horca y usted saldrá libre" (B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church* 2:283).

Los hombres fuertes e inteligentes no demuestran esa clase de amor por un charlatán o un impostor. Esa clase de amor proviene de Dios y del reconocimiento de la integridad de una persona. Es una expresión del espíritu y refleja el ejemplo del Salvador, quien dio Su vida por todos los hombres y declaró: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13).

Hubo tantos otros—los Young, los Kimball, los Taylor, los Snow, los Pratt, y muchos, muchos otros—que cuando conocieron por primera vez a José Smith parecían ser gente común y humilde, pero que bajo el poder de las verdades y del sacerdocio que José Smith restauró se convirtieron en gigantes mediante el servicio al prójimo.

Finalmente, ¿qué ha sucedido con las profecías de José Smith? Declaró muchas y se han cumplido. Una de las más notables fue la revelación sobre la Guerra Civil [estadounidense]. Todos estamos familiarizados con dicha revelación, la cual fue pronunciada en la Navidad de 1832. Eran muchos los hombres y mujeres nobles que deploraban la institución de la esclavitud, tan común en los estados del sur, y se hablaba mucho sobre su abolición. ¿Quién, sino un Profeta de Dios, se habría atrevido a decir, veintinueve años antes de que aconteciera, que se derramaría "la guerra sobre todas las naciones . . . comenzando por la rebelión de Carolina del Sur," y que "los estados del Sur se dividirán en contra de los del Norte"? (D&C 87:1-3). Esta notable predicción se cumplió con el disparo de armas en el Fuerte Summer, en el puerto de Charleston, en 1861. ¿Cómo podría haber sabido José Smith con tanta certeza que tal acontecimiento iba a suceder veintinueve años después de haberlo anunciado? Solamente por el espíritu de profecía que él poseía.

Consideremos también la profecía igualmente extraordinaria con respecto al éxodo de los Santos hacia los valles de las montañas. Los Santos vivían en Nauvoo y su comunidad gemela del otro lado del río Mississippi en Iowa y estaban disfrutando de una prosperidad que no se había conocido antes. Estaban construyendo un templo y otros edificios de importancia. Sus nuevos hogares eran de ladrillo, construidos para que duraran mucho tiempo. Sin embargo, cierto día en agosto de 1842, mientras se

hallaba visitando la localidad de Montrose, José profetizó "que los Santos iban a continuar sufriendo muchas aflicciones y serían expulsados hacia las Montañas Rocallosas, que muchos apostatarían y otros morirían a manos de [sus] perseguidores y que [dirigiéndose a los que se hallaban presentes] algunos de ustedes vivirán para llegar y ayudar a establecer colonias y edificar ciudades y ver que los Santos llegarán a ser un pueblo poderoso en medio de las montañas" (History of the Church 5:85).

Si la contemplamos dentro del contexto de la época y de las circunstancias, dicha declaración no podía ser menos que extraordinaria. Sólo un hombre que hable con un conocimiento superior al suyo propio podría haber declarado palabras que habrían de cumplirse tan literalmente.

¿Y qué podemos decir de esta profecía que con tanta magnificencia previó el jubiloso destino de ésta, nuestra Iglesia?

"Nuestros misioneros irán a diferentes naciones ... El estandarte de la verdad se ha izado. Ninguna mano impía puede detener el progreso de la obra; las persecuciones se encarnizarán, el populacho podrá conspirar, los ejércitos podrán juntarse, y la calumnia podrá difamar; mas la verdad de Dios seguirá adelante valerosa, noble e independientemente, hasta que haya penetrado en todo continente, visitado toda región, abarcado todo país y resonado en todo oído, hasta que se cumplan los propósitos de Dios, y el gran Jehová diga que la obra está concluida" (History of the Church 4:450; véase también "Nuestro legado," pág. 145).

La visión de José Smith fue grandiosa. Se refirió a todos los pueblos de la humanidad, dondequiera que vivan, y a todas las generaciones que habitaron la tierra y ya han muerto. ¿Cómo podría cualquier persona, en el pasado o en el presente, hablar en contra de él sino por ignorancia? No han saboreado sus palabras; no han meditado ni orado en cuanto a él. Puesto que yo lo he hecho, deseo agregar las palabras de mi propio testimonio de que [José Smith] fue y es un Profeta de Dios, designado a ser un instrumento en las manos del Todopoderoso para inaugurar una nueva y última dispensación del Evangelio.

En cuanto al profeta, podemos decir: "Cuando un hombre da su vida por la causa que ha defendido, satisface entonces la prueba más alta de honradez y de sinceridad a la que su propia generación o cualquier generación futura pueda, a conciencia, someterle. Cuando muere a causa de su testimonio, toda lengua maliciosa debería permanecer en silencio para siempre y toda voz acallarse con reverencia ante tan completo sacrificio" (Ezra Dalby, Ms., diciembre 12, 1926).

Es apropiado que hoy cantemos en homenaje a José Smith, el noble siervo de nuestro Señor y Maestro, Jesucristo, en los últimos días:

Grande es su gloria; su nombre es eterno.

Siempre jamás él las llaves tendrá.

Justo y fiel entrará en su reino

y entre profetas se le premiará.

—Himnos, 1992, N° 15

Capítulo 15

LA FE DE LOS PIONEROS

El enorme progreso de la Iglesia que todos los Santos de los Últimos Días comparten en conjunto, no es sino una prolongación de la fe y de los sacrificios de aquellos primeros miembros devotos, los pioneros. Es conveniente contemplar el pasado a fin de que podamos apreciar mejor el presente y anticipar debidamente el futuro. Es bueno que observemos las virtudes de quienes nos han precedido de modo que podamos obtener la fortaleza necesaria para encarar todo lo que nos espera. Es provechoso pensar en la obra realizada por aquellos que trabajaron con denodado afán y obtuvieron escasas recompensas en este mundo, pero cuyos sueños y propósitos iniciales, mantenidos con tanta devoción, han producido la abundante cosecha de la que hoy disfrutamos. Su magnífico ejemplo puede convertirse en una pujante motivación para todos nosotros, porque todos somos pioneros en nuestra propia vida, frecuentemente en la familia, y son muchos los que laboran como pioneros al tratar de establecer una base del Evangelio en varios lugares distantes del mundo.

¿Puede una generación acostumbrada a la calefacción central y al aire acondicionado, a las ventajas del automóvil y de los aviones, al milagro de la televisión y a la magia de las computadoras, comprender, apreciar y aprender en cuanto a la vida y los motivos de aquellos que no tenían estas cosas y que sin embargo lograron realizar algo de tan enormes consecuencias?

En el ambiente dentro del cual muchos de nosotros vivimos, necesitamos que se nos recuerden las lecciones del pasado. En esta época de abundancia, conviene que de vez en cuando volvamos nuestro pensamiento a aquellos días de antaño y meditemos sobre las dificultades que debieron soportar entonces los Santos de los Últimos Días, a fin de que podamos reconocer la necesidad del trabajo para que la tierra rinda sus frutos, la importancia de la fe en Dios para que nuestras realizaciones sean perdurables y cuán indispensable es que reconozcamos que muchas de las cualidades consideradas hoy anticuadas son, en realidad, dignas de cultivarse en la actualidad.

¡Oh, cuán necesaria es la fe en la vida de cada uno de nosotros—fe en nosotros mismos, fe en aquellos con quienes nos relacionamos y fe en el Dios viviente!

Aquellos pioneros que abrieron caminos en el suelo reseco del oeste montañoso venían con un solo y único propósito: "encontrar," como se cuenta que declaró Brigham Young, "un lugar donde el diablo no pueda llegar y sacarnos". Lo encontraron y, a pesar de tantas adversidades casi intolerables, lo apropiaron, lo cultivaron y lo embellecieron para disfrutarlo. Y con inspirada visión planearon y establecieron un cimiento que hoy bendice a los miembros en todo el mundo.

Quisiera repasar algunos aspectos de la fe de nuestros pioneros, una fe que ha demostrado tener un efecto extraordinario en todos nosotros—fe en uno mismo, fe en las personas con quienes nos relacionamos y fe en Dios.

Fe en uno mismo

Los pioneros llegaron al Valle del Lago Salado el 24 de julio de 1847. Habían viajado desde el río Misuri durante tres meses para cubrir una distancia que hoy, por avión, toma dos horas. Se dispusieron a llevar a cabo su viaje teniendo fe en su propia capacidad para hacer lo que era necesario hacer. Confiaban en su autosuficiencia. No tenían la ayuda de gobierno alguno. Contaban, sí, con los recursos de la naturaleza, pero tenían que recogerlos y moldearlos. Su destreza es algo milagroso para mí. Aparte de sus propias manos, era muy poco lo que podían utilizar. Sus herramientas eran sencillas

y relativamente rudimentarias en comparación con las que hoy tenemos. En cuanto a maquinarias, eran muy simples y por lo general improvisadas. Pero poseían habilidades, pacientemente cultivadas, en albañilería, en carpintería, en la preparación y aplicación de argamasa y vidrio. La alta calidad de su artesanía no se ha superado en nuestros días y, en muchos aspectos, ni siquiera se ha igualado. Todo aquel que hoy contempla sus obras reconoce que fueron inspiradas.

Hace muchos años tuve un notable maestro en la Universidad de Utah, un profesor judío, el primer judío que enseñó en el estado de Utah. Había venido del Este del país con cierta inquietud. Al caminar un día por la calle principal de Salt Lake City, percibió el templo con la estatua dorada en su torre más alta. Para él, ese templo fue algo bello y maravilloso. Años después habría de comentar que se detuvo a contemplarlo, admirando la belleza de su simetría, la magnificencia de sus torres, la solidez de su diseño y el sobresaliente detalle de su artesanía. Durante todos los años de su residencia en Salt Lake City, el templo continuó siendo algo muy especial para él.

Recientemente anduve caminando por ese templo y en mi mente reavivé mi enorme reconocimiento por su notable belleza y por la gran habilidad de quienes lo edificaron.

Un sinnúmero de turistas procedentes de todas partes del mundo visitan, cada año, el Tabernáculo de Salt Lake City. Todos se maravillan ante ese magnífico y singular edificio que, guiados por un espíritu de autosuficiencia, fue construido hace ya más de un siglo por personas que tenían fe para realizar algo grande y admirable, a pesar de serias dificultades, si sólo se dedicaban a ello.

Con ese espíritu de autosuficiencia, creían en la necesidad de educar a sus hijos a fin de capacitarlos para sus responsabilidades dentro de la sociedad a que pertenecerían. Sus recursos en materia de libros eran muy limitados, pero la inspiración de sus maestros no tenía límites. Lean las cartas, los artículos y los diarios personales de aquellos primeros pioneros, los cuales no eran sino el producto de las sencillas escuelas de la época. Quizás contengan algunos problemas con las letras mayúsculas y los signos de puntuación, pero sus poderes para expresarse eran extraordinarios. Sus libros de texto eran pocos, pero contaban con los excepcionales libros de la colección publicada desde 1836 por William Holmes McGuffey. Dicha colección incluía selecciones de Shakespeare, Thoreau, Tennyson y otros escritores de similar renombre. Además del maravilloso lenguaje de esos grandes autores, aquellos simples libros de texto les enseñaban, sin reserva, lecciones sobre la honradez, la ecuanimidad, la moral y las normas del trabajo.

La fe en otras personas

Nuestros antepasados pioneros trabajaron juntos por el bienestar común. Yo estoy profundamente agradecido por la esencia de ese espíritu que hemos recibido a través de varias generaciones y que tanto se ha manifestado en los problemas que los Santos de los Últimos Días enfrentan en momentos de desastres y dificultades. Un ex alcalde de Salt Lake City me contó que cuando las inundaciones que afectaron la ciudad llegaron a ser realmente graves en la tarde de un domingo, en 1983, se comunicó con un presidente de estaca y pocos momentos después se presentaron a trabajar cuatro mil voluntarios. El caso de tan mancomunada ayuda llamó la atención de muchas personas y publicaciones en todo el país. Trabajando a la par de vecinos que profesan otra religión, los Santos de los Últimos Días se han ayudado mutuamente en épocas de angustia y han sido motivo de elogios por parte de la radio, la televisión, los diarios y las revistas. Muchos comentaristas han tratado esta actitud como si fuera un fenómeno nuevo y singular. No es, en realidad, algo nuevo, aunque podría considerarse muy singular en estos tiempos. Leí con mucho interés el comentario de un funcionario federal de asistencia pública, en el que dijo que el personal que había sido enviado a Utah después de las inundaciones recibió un número mucho menor de lo que anticipaban en cuanto a pedidos de ayuda. El hecho fue que mucha gente simplemente dijo con enérgica resolución, tal como probablemente dijeron sus antepasados: "Trabajaremos juntos y haremos lo que sea necesario para restaurar nuestros hogares y nuestras granjas". Ruego que Dios bendiga a todos los que trabajan en unión con esa clase de fe, de amor y de agradecimiento mutuo en momentos de dificultad.

La fe en dios

Los pioneros consideraron que su éxodo hacia el Oeste norteamericano era una bendición divinamente concedida. Brigham Young dijo en una ocasión: "No quiero que nadie crea que he sido yo quien dispuso nuestro traslado hasta aquí [el Valle del Lago Salado]; eso fue hecho mediante la provi dencia del Todopoderoso; fue el poder de Dios que dispuso la salvación de este pueblo; yo nunca habría podido diseñar un plan tal" (véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia—Brigham Toung, pág. 109).

Lo que impulsó a nuestros antecesores en el Evangelio fue el poder de la fe en Dios. Fue el mismo poder que hizo posible el éxodo desde Egipto, el cruce del Mar Rojo, el prolongado viaje a través del desierto y el establecimiento de Israel en la tierra de promisión.

Fue mediante ese mismo poder que nuestros antecesores en el Evangelio dejaron Nauvoo y las hermosas tierras del río Mississippi para viajar hasta el Valle del Gran Lago Salado. Para mí, es algo que nunca deja de asombrarme el que Brigham Young y sus compañeros hayan tenido tanta fe como para mudarse a los valles de Utah. Por supuesto que hubo otros que atravesaron estas tierras, pero generalmente se trataba de pequeños grupos. La jornada de nuestros antepasados consistió en el éxodo de millares hacia una región que otros consideraban desértica y estéril. Sin embargo, viajaron hacia el Oeste norteamericano depositando toda su confianza en que Dios reclamaría el yermo y templaría el clima para que pudiesen sustentarse, progresar y llegar a ser un pueblo poderoso en medio de las Montañas Rocallosas a fin de enviar entonces desde allí la palabra de la verdad a todo el mundo. Fue por el poder de la fe que recorrieron su camino hasta el río Elkhorn y a lo largo del río Platte, pasaron por Chimney Rock y de ahí a South Pass, luego por el río Sweetwater hasta Independence Rock y finalmente a través de Big Mountain hasta el Valle del Gran Lago Salado.

Con frecuencia vuelvo a leer las palabras de una niña de trece años de edad, Mary Goble Pay, quien habría de ser la abuela de mi esposa. Considero siempre esas palabras como verdaderamente clásicas. Su familia se convirtió en Brighton, Inglaterra, en 1856. Vendieron todas sus pertenencias y salieron de Liverpool, junto con otras novecientas personas, en el barco Horizon. Después de viajar por el mar durante seis semanas, desembarcaron en Boston (Massachusetts). Desde allí viajaron por tren hasta Iowa City donde se prepararon y compraron una yunta de bueyes, una yunta de vacas, un carro y una tienda de campaña. Se les asignó viajar junto con una de las compañías de carromatos de mano para que también pudieran ayudarles.

Fue asimismo en Iowa City donde les ocurrió su primera tragedia. Su hijo menor, quien tenía menos de dos años de edad y padecía los efectos de la intemperie, murió y fue sepultado en una tumba que la familia nunca más habría de visitar. Mary Goble, aquella niña de trece años, escribió lo siguiente en cuanto a sus experiencias:

"Viajamos entre veinticinco y cuarenta kilómetros por día . . . hasta que llegamos al río Platte . . . Ese día alcanzamos a las compañías de carromatos de mano y les vimos cruzar el río. Había grandes bloques de hielo que flotaban sobre las aguas. El frío era terrible. A la mañana siguiente habían muerto catorce personas . . . Regresamos a nuestro campamento, oramos y ... cantamos 'Santos, venid, sin miedo, sin temor'. Yo habría querido saber por qué mi madre lloraba tanto esa noche... A la mañana siguiente nació mi hermanita. Era el 23 de septiembre. La llamaron Edith. Vivió seis semanas y falleció ... La sepultamos después de cruzar por última vez el río Sweetwater.

"Cuando arribamos a Devil's Gate hacía mucho frío y dejamos allí muchas de nuestras pertenencias ... Mi hermano James ... se sentía mejor que nunca cuando nos retiramos a dormir esa noche. A la mañana siguiente estaba muerto . . .

"A mí se me congelaron los pies; también [se les congelaron] a mi hermano y a mi hermana. Todo estaba cubierto de nieve. Ni siquiera podíamos clavar en el suelo las estacas de nuestras tiendas . . . No sabíamos qué habría de pasarnos . . . Brigham Young envió a algunos hombres y yuntas para que nos ayudaran . . . Cantábamos canciones, algunos bailaban y otros lloraban . . .

"Mi madre nunca se restableció . . . Murió en un lugar entre Little Mountain y Big Mountain . . . Tenía cuarenta y tres años de edad . . . Llegamos a Salt Lake City el once de diciembre de 1856 a las nueve de la noche. Tres de los cuatro que llegamos estaban congelados. Mi madre yacía muerta en el carro . . .

"Temprano en la mañana siguiente, vino Brigham Young . . . Cuando vio la condición en que nos encontrábamos, con nuestros pies congelados y nuestra madre muerta, las lágrimas le caían por las mejillas ... El médico me amputó los dedos de mis pies ... en tanto que mis hermanas vestían a mamá para sepultarla ... La enterramos esa misma tarde.

"Con frecuencia he pensado en las palabras de mi madre antes de que saliéramos de Inglaterra. 'Polly, quiero ir a Sión cuando mis hijos son todavía pequeños a fin de que puedan ser criados en el Evangelio de Jesucristo'".

Este relato es representativo de los de otras miles de personas. Es una expresión de esa maravillosa aunque sencilla fe, una incuestionable convicción de que, con Su poder, el Dios de los cielos preparará todas las cosas y llevará a cabo Sus eternos propósitos en la vida de sus hijos. Es tanto, tanto lo que necesitamos tener esa ferviente fe en el Dios viviente y en Su Hijo resucitado y viviente, porque tal fue la fe grandiosa y pujante de nuestros antecesores en el Evangelio. La visión que les conducía era trascendental y superior a cualquier otra consideración. Cuando viajaban hacia el Oeste norteamericano, se encontraban a miles de kilómetros de monótona distancia de los establecimientos en el Este del país y a más de mil kilómetros de las colonias occidentales. La esencia misma de su fortaleza era su reconocimiento propio y personal de Dios, su Padre Eterno, a quien podían recurrir con fe sincera. Creían en aquella amonestación de las Escrituras que dice: "Acude a Dios para que vivas" (Alma 37:47). Procuraban, con fe, hacer la voluntad del Señor. Leían y aceptaban con fe las enseñanzas divinas. Con fe laboraban hasta el cansancio, guiados por la convicción de que habrían de rendirle cuentas a su Padre y su Dios.

Las palabras de Brigham Young con referencia a su propia muerte y sepultura son dignas de repetirse. Después de indicar

en qué lugar debía sepultársele, dijo: "Ruego que mi casa o tabernáculo terrenal descanse en paz y duerma tranquilo hasta la mañana de la primera resurrección; no quiero que nadie llore ni se lamente por mí pues he cumplido mi obra fielmente y de buena fé" (citado por Presión Nibley, Brigham Young: The Man and His Work [Salt Lake City: Deseret Book, 1936], pág. 537. *Cursiva agregada*).

Al pensar acerca de aquellos que se han ido antes que nosotros, al considerar nuestras actuales labores en bien propio y en beneficio de los demás, quisiera que todos pudiéramos decir cada día: "Estoy cumpliendo mi obra fielmente y de buena fe".

Contemplemos nuevamente el poder de la fe en nosotros mismos, la fe en aquellos con quienes nos relacionamos y la fe en Dios, nuestro Padre Eterno, y con el espíritu de la oración ejerzamos esa fe en nuestra vida.

Capítulo 16

GRAN BRETAÑA RECIBE EL EVANGELIO

El Señor resucitado había dicho a Sus amados discípulos: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Marcos 16:15). Ese fue un mandato extraordinario encomendado a un pequeño grupo de hombres que carecían de los medios y del debido reconocimiento del mundo para que pudieran cumplir con algo de tan amplias proporciones. Y dieron su vida para hacer todo lo que pudieron.

Luego, en una visión, Juan el Revelador vio "volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apocalipsis 14:6).

En estos últimos días, al finalizar su traducción del Libro de Mormón, José Smith arribó a la declaración que ha pasado a ser parte de la portada del mismo y que enuncia el propósito del libro: "Para mostrar al resto de la casa de Israel cuán grandes cosas el Señor ha hecho por sus padres; y para que conozcan los convenios del Señor y sepan que no son ellos desechados para siempre—Y también para convencer al judío y al gentil de que JESÚS ES EL CRISTO, el ETERNO DIOS, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones" (Portada del Libro de Mormón).

En una revelación dada el 1º de noviembre de 1831, la cual pasó a ser la sección 1 de Doctrina y Convenios, el Señor dijo: "Escuchad pueblos lejanos; y vosotros los que estáis sobre las islas del mar, oíd juntamente. Porque, en verdad, La voz del Señor se dirige a todo hombre, y no hay quien escape; ni habrá ojo que no vea, ni oído que no oiga, ni corazón que no sea penetrado . . .

"Y la voz de amonestación irá a todo pueblo por boca de mis discípulos, a quienes he escogido en estos últimos días. E irán y no habrá quien los detenga, porque yo, el Señor, los he mandado" (D&C 1:1-2, 4-5).

Éste fue un mandato dado por Dios, un mandato milenar. Se confirió a un pequeño grupo de Santos de los Últimos Días que vivían en las comunidades agrícolas de Kirtland, Ohio, y sus alrededores en la década de 1830. El dinero que tenían era muy escaso. Con grandes sacrificios construyeron el templo como "una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de Dios" (D&C 109:8). A partir de la dedicación de ese sagrado edificio, el poder del adversario comenzó a llegar a Kirtland, manifestándose mediante un ánimo de desatinada especulación que fue provocando en muchos que su mente se volviera de las cosas de Dios a las cosas mundanales. En esa época, Estados Unidos estaba siendo dominado por una ambición especulativa, la cual estalló con efectos devastadores a raíz del colapso financiero de 1837. En Kirtland, la gente se volvió en contra del profeta José Smith con demostraciones de encono y de codicia. La Iglesia fue sacudida y se produjo un cisma entre los que eran fieles y los que habían vuelto la vista hacia las cosas del mundo. El problema se vio agravado por el hecho de que algunos miembros se encontraban en Ohio mientras que otros residían en Misuri, separados por una distancia de unos mil trescientos kilómetros y mayormente sin comunicación entre unos y otros.

Así se encontraba esta gente con una visión milenaria y una responsabilidad que concernía al mundo entero, pero que debía enfrentar serias dificultades que fueron agotando los recursos mismos de la Iglesia.

Fue en esa época tan abrumadora que, el domingo 4 de junio de 1837, el profeta José Smith habló con el élder Heber C. Kimball, del Quórum de los Doce, cuando el hermano Kimball "se hallaba sentado enfrente del estrado, al otro lado de la mesa sacramental en el extremo [del sacerdocio de]

Melquisedec del Templo de Kirtland, y le dijo al oído: 'Hermano Heber, el Espíritu del Señor me ha susurrado esto: Que mi siervo Heber vaya a Inglaterra para proclamar mi Evangelio y abrir la puerta de la salvación a esa nación'. {Historia de la Iglesia., 2:490; véase también "Nuestro Legado," pág. 32).

Imaginen por un momento a un hombre con tan escasos recursos materiales diciéndole a otro que prácticamente no tenía nada y que acaba de regresar de una misión, que se le encomendaba ir a través del océano para iniciar allá la obra. Una persona con menos fe podría haber preguntado: ¿No había acaso más que suficiente para hacer en su propio vecindario? Se encontraban en lo que entonces eran los confines de [los Estados Unidos] y los miembros de la Iglesia eran menos de quince mil.

Pero estos hombres tenían una visión en su corazón. Era la visión milenaria de que el Evangelio tenía que predicarse en todas las naciones antes de que llegase el fin. Algo se había hecho ya en Canadá, pero ahora hablaban de cruzar el océano para ir a las Islas Británicas. Bien podemos entender la respuesta del élder Kimball. Consciente de su propia debilidad, dijo: "Oh, Señor, soy un hombre de lengua vacilante e inepto para tal obra; ¡cómo he de ir a predicar a esa nación que es famosa en todo el mundo cristiano por su conocimiento, sabiduría y compasión—la guardería de la religión—y de gente cuya inteligencia es proverbial!" (Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball* [Salt Lake City: Bookcraft, 1945], pág. 104).

El llamamiento del élder Kimball y de sus compañeros de ir a Gran Bretaña fue una declaración del profeta en cuanto al gran destino de esta obra restaurada. Al leer acerca de las condiciones en que vivían los Santos en Ohio y en Misuri en aquella época y de lo reducido que era su número, me ha maravillado la amplitud de la visión que tenían. Desde ese entonces hasta hoy en día, jamás se ha empañado esa visión. A través de los años subsiguientes y a pesar de las imposiciones, las persecuciones, la pobreza, la opresión y toda otra fuerza que el adversario pudo ejercer sobre ellos, la obra ha progresado y se ha expandido por todo el mundo. Mucho es lo que se ha logrado, pero el fin no ha llegado todavía. En muchos lugares de la tierra no hemos hecho prácticamente nada, pero a medida que las naciones vayan abriendo sus puertas, los mensajeros de la verdad seguirán adelante en cumplimiento de la gran visión milenaria que se inició en aquellos oscuros días de Ohio y Misuri, cuando siete hombres recibieron el llamamiento de ir a las Islas Británicas.

Su aceptación de ese llamamiento fue una magnífica manifestación de fe. El élder Kimball dijo en aquella ocasión: "La sola idea de una misión de tal naturaleza fue más de lo que yo podía siquiera soportar. Muy poco faltó para que me hundiera bajo el peso de tamaña responsabilidad. Sin embargo, todas estas consideraciones no me desviaron del sendero del deber; en el mismo momento en que comprendí que ésa era la voluntad de mi Padre Celestial, sentí la determinación de vencer todos los obstáculos, con la certidumbre de que Él habría de sostenerme con Su gran poder y que me investiría con toda la capacidad necesaria; y aunque yo amaba tanto a mi familia y tendría que dejarla casi desamparada, sentí que la causa de la verdad, el Evangelio de Jesucristo, superaba cualquier otra consideración" (obra ya citada, pág. 104).

Orson Hyde, Willard Richards y Joseph Fielding respondieron con la misma fe y a los cuatro se unieron en Nueva York John Goodson, Isaac Russell y John Snyder, quienes con una fe similar estaban dispuestos a embarcarse en aquella histórica y significativa empresa.

El martes 13 de junio era el día fijado para que los cuatro partieran de Kirtland. Alguien que se encontraba esa mañana en el hogar de la familia Kimball describió luego la oración pronunciada por el padre que se despedía y que, "como los patriarcas y en virtud de su oficio, impuso las manos sobre [la cabeza de cada uno de sus hijos] y pronunció individualmente sobre ellos una bendición paternal, encomendándolos al cuidado y la protección de Dios en tanto que él estuviera predicando el Evangelio en tierra extranjera. Mientras sucedía esto, su voz apenas si podía escucharse por sobre los sollozos de los que allí estaban y que inútilmente trataban de contenerse. La sola idea de que debían separarse de su padre y protector por tan largo tiempo les resultaba verdaderamente dolorosa. El proseguía, pero su corazón estaba tan apesadumbrado que le costaba hacerlo. Sus emociones eran intensas y ello le

obligaba por momentos a detenerse en tanto que grandes lágrimas le corrían por las mejillas" (obra ya citada, págs. 108-109).

¿Fe? Sí, fe es todo lo que tenían—fe y valor. No tenían dinero. Heber no tenía siquiera una chaqueta y un hermano le dio una. Una de las mujeres le dio cinco dólares, dinero con el cual pagó su pasaje y el de Orson Hyde hasta Buffalo (Nueva York). En camino a la ciudad de Nueva York, pasaron por Massachusetts donde un hermano de Willard Richards les facilitó otros cuarenta dólares.

En Nueva York, se reunieron con sus compañeros y el domingo 25 de junio ayunaron, oraron, administraron el sacramento de la Santa Cena y le suplicaron al Señor que los dirigiera. De algún modo consiguieron, cada uno de ellos, dieciocho dólares para costear su pasaje a Liverpool (Inglaterra). El primer día de julio, a las diez de la mañana, se embarcaron en el paquebote Garrick, el que no demoró en levantar ancla, enarbolar sus velas y zarpar hacia altamar.

¡ Qué magnífica manifestación de fe y demostración de valor! Ese valor llevaba consigo un espíritu de verdadero entusiasmo. Después de dieciocho días y dieciocho horas de navegación para cubrir una distancia que hace poco, volando en el "Concorde Super-Service," me llevó a mí sólo tres horas y veinte minutos, el barco ancló en el río Mersey junto al desembarcadero de Liverpool. Un pequeño bote se acercó al barco y entonces ellos transbordaron. Cuando el bote se acercó a la costa, Heber enseguida saltó del mismo. Los misioneros pasaron unos días en Liverpool aguardando la dirección del Señor y, habiendo sentido la confirmación del Espíritu, se dirigieron a la localidad de Preston, a unos 50 kilómetros de distancia. Allí se encontraron con que la ciudad se hallaba en un estado de gran entusiasmo. La Reina Victoria acababa de ascender al trono hacía sólo tres días y había llamado a elecciones nacionales para los miembros del Parlamento.

Mientras aquellos misioneros andaban por una de las calles de Preston, se desplegó ante ellos un pendón que decía: "La verdad prevalecerá"—palabras que entonces ellos adoptaron como lema durante su misión. Su obra se convirtió inmediatamente en una declaración de la verdad sempiterna. Primero predicaron en la Capilla Vauxhall, cuyo ministro era un hermano de Joseph Fielding, uno de los misioneros. A raíz de ésa y otras predicaciones, el domingo siguiente se bautizaron nueve personas en el río Ribble.

Desde aquel día de julio de 1837, su mensaje de la verdad ha sido repetido por millares de misioneros que siguieron sus pasos, un mensaje que ha penetrado el corazón de centenares de miles de personas que en las Islas Británicas han aceptado el Evangelio.

Yo soy uno de esos misioneros que les siguieron. Mi sacrificio no fue tan grande y tampoco creo que mi fe era tan fuerte como la de ellos. Y por cierto que mi viaje no fue tan tedioso. En 1933, viajé por tren desde Salt Lake City a Nueva York y de allí por barco a Plymouth, Inglaterra. Eramos tres en el grupo. Dos se quedaron en Londres mientras que yo, como Heber C. Kimball y sus compañeros noventa y seis años antes, y por disposición del Señor, fuí enviado a Preston.

Ésa fue mi primera asignación y el primer lugar donde cumplí mis tareas. Me familiaricé con los lugares que visitaron y las calles que recorrieron casi un siglo antes. Mi compañero y yo anduvimos por el mismo camino en el que vieron aquel pendón que decía: "La verdad prevalecerá."

La noche de ese día en que llegué a Preston, mi compañero, que era el presidente del distrito, dijo que iríamos a la plaza del mercado y que realizaríamos allí una reunión pública. En esa plaza que había sido tan familiar para Heber C. Kimball y sus compañeros, el élder Bramwell y yo cantamos un himno, ofrecimos una oración y predicamos el mismo Evangelio a un grupo de personas tal como lo habían hecho aquellos misioneros.

La casa de la calle Wilfred, donde ellos estuvieron y donde tuvieron una terrible experiencia con espíritus malignos, fue también algo familiar para mí. Algunos años más tarde llevé allí al presidente Spencer W. Kimball para que pudiera ver el lugar donde su abuelo había tenido esa aterradora experiencia.

Todos los días en que mi compañero y yo íbamos y volvíamos por el Camino Manchester, pasábamos una y otra vez por la Capilla Vauxhall, tal como lo hicieron aquellos primeros misioneros

que predicaron en ella al día siguiente de arribar a Preston. Años después, estuve allí en momentos en que un tractor nivelador arrasaba ese viejo edificio haciendo lugar para una nueva construcción residencial. Todavía conservo un ladrillo que recogí de esa capilla. El río Ribble con su antiguo puente, donde ante la presencia de una multitud tuvieron lugar los primeros bautismos, también era algo familiar para mí.

Me siento especialmente afortunado de haber sido enviado a Preston para comenzar mi labor misional. Trabajé no sólo allí sino en las localidades vecinas donde aquellos primeros misioneros enseñaron el Evangelio, aunque no fui tan eficaz como ellos. Cuando estaban en ese lugar evidentemente existía muy poco o ningún prejuicio en su contra, pero en la época en que yo llegué parecía que todos estaban en nuestra contra.

Al arribar a Preston, yo no me sentía bien. En esas primeras semanas, a raíz de mi estado de salud y de la oposición que percibí, me sentí muy desanimado. Le escribí una carta a mi padre diciéndole que me parecía estar malgastando mi tiempo y su dinero. Mi padre y presidente de estaca era un hombre muy sabio e inspirado. Con unas breves líneas me contestó diciendo: "Querido Gordon: Recibí tu última carta y sólo tengo una sugerencia para ti: olvídate de ti mismo y dedícate a la obra". Horas antes esa mañana, en nuestra clase de estudio de las Escrituras, mi compañero y yo habíamos leído las siguientes palabras del Señor: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Marcos 8:35).

Esas palabras del Maestro, seguidas luego por la carta de mi padre con el consejo de olvidarme de mí mismo y dedicarme a la obra, me llegaron a lo más íntimo de mi ser. Llevando en mis manos la carta de mi padre, fuí a nuestro dormitorio en la casa de Wadham Road 15 donde residíamos, me arrodillé y oré al Señor. Le prometí que trataría de olvidarme de mí mismo y de dedicarme por completo a Su servicio.

Ese día de julio en 1933 fue el día de mi decisión. Mi vida recibió una nueva luz y sentí un gran gozo en mi corazón. La niebla de Inglaterra pareció disiparse y pude ver la luz del sol. Tuve una provechosa y magnífica experiencia misional, por lo que estaré para siempre agradecido, trabajando en Preston donde comenzó la obra y otros lugares donde para entonces se había extendido, incluso la gran ciudad de Londres en la que serví durante la mayor parte de mi misión.

Estoy agradecido por los acontecimientos de 1837, por el llamamiento del profeta José Smith para que aquellos primeros misioneros fueran a Gran Bretaña a manifestar una gran visión milenaria, expresar una fe maravillosa, demostrar un gran valor personal y declarar la verdad sempiterna. Estoy profundamente agradecido porque, durante mi labor en aquel lugar que ellos santificaron con sus esfuerzos, recibí en mi corazón un gran amor por la obra de Dios y por Su Hijo Amado, el Redentor del mundo, en cuyo nombre servimos como miembros de Su Iglesia.

Gracias demos a Dios por el glorioso Evangelio, restaurado en la tierra en ésta, la "dispensación del cumplimiento de los tiempos."

Gracias demos a Dios por el profeta José Smith, por medio de quien se llevó a cabo esa restauración, y por la revelación que dio y se recibió sólo siete años después de la fundación de la Iglesia para que se llevara el Evangelio a las Islas Británicas.

Gracias demos a Dios por la fe de aquellos que, sin bolsa ni alforja, atravesaron el océano e iniciaron la obra que ha continuado desarrollándose sin interrupción por más de un siglo y medio. Desde allí, la obra se expandió por toda Europa y hoy en día se expande a través de casi todo el mundo.

Esa infusión de la sangre británica en el cuerpo debilitado de la Iglesia en 1837 y en los años subsiguientes, le dieron la fortaleza que necesitaba. De esas islas procedieron millares de conversos, gente con muchas habilidades que resultaron de tanta ayuda para edificar Nauvoo y, tiempo después, las comunidades de los valles occidentales. Cada vez que observo el Templo y el Tabernáculo de Salt Lake, los otros templos de Utah, la Casa del León y la de la Colmena, como así también otros

edificios de la Iglesia que ellos construyeron, quedo maravillado por su notable destreza. Centenares de ellos perecieron durante su viaje hacia los valles montañosos. Pero juntamente con los que sobrevivieron hasta establecerse allí nos dejaron una muestra de fe que armoniza con la de aquel pequeño grupo que en 1837 echó las redes del Evangelio en Inglaterra.

Ruego que siempre recordemos que cada uno de nosotros tiene el privilegio y la oportunidad, por medio de la manera en que vive su vida y el poder de su testimonio personal, de manifestar nuestra propia declaración de fe, de valor y de la verdad que podrá ayudar al cumplimiento del mandato de Dios en cuanto a llevar el Evangelio a todo el mundo.

Capítulo 17

SIGAMOS ADELANTE CON FE

Hace cierto tiempo me encontraba yo en Kirtland, Ohio, con el presidente Ezra Taft Benson con el fin de dedicar el almacén Newell K. Whitney, el cual ha sido restaurado por la Iglesia. Según han podido determinarlo los arquitectos y los historiadores, el edificio ha sido restaurado a su condición original de cuando José Smith entró en él por primera vez. Aproximadamente el primer día de febrero de 1831, José Smith descendió del trineo en el que había viajado desde Nueva York a Kirtland, abrió la puerta de ese negocio, se acercó a uno de los propietarios que se hallaba ante el mostrador y le dijo: "Newell K. Whitney, usted es el hombre indicado."

Newell Whitney se quedó sorprendido hasta el momento en que el profeta le dijo quién era y que estaba allí en respuesta a sus oraciones. Ese fue el comienzo de una larga y honrada relación que transformó la vida y la carrera de Newell K. Whitney y que dio comienzo a una serie de acontecimientos que habrían de definir la historia de la Iglesia.

Se supone que el almacén Whitney era un establecimiento comercial común y corriente en la villa de Kirtland. Vendía telas de algodón y listones, utensilios de ferretería y de cocina y una gran variedad de artículos como parte de un negocio progresista en una comunidad bastante activa. Pero siendo que toda pujante comunidad rural cuenta con un almacén similar, ¿qué importancia tenía éste?

Una de las razones para que la Iglesia se esforzara en restaurar este edificio en particular es que José y Emma Smith vivieron ahí durante cierto tiempo. Eso es significativo, pero más aún es el hecho de que en ese lugar se reunía la Escuela de los Profetas (llamada a veces la Escuela de los Eideres). Era el centro de reuniones de los líderes de esa época. Fue diseñado y empleado como un lugar de adiestramiento, principalmente para el servicio misional. Ésos eran los días en que se manifestó un gran caudal de conocimiento desde los cielos y cuando se recibieron muchas de las revelaciones que establecieron los cimientos de esta gran obra.

Comenté en esa ocasión que si Nueva York representaba el lugar de nacimiento de la Iglesia, Ohio entonces simbolizaba el período de instrucción para el joven profeta y sus compañeros. En esa época la Iglesia funcionaba desde dos esferas—Ohio y Misuri—separadas por una distancia de más de mil doscientos kilómetros. El transporte era lento y difícil. No había, por supuesto, telégrafo ni ningún otro medio de comunicación. Era una época de encono y de persecución, como así también de apostasía y de crueles acusaciones.

Pero también era un tiempo de maravillas y milagros, una época de celebración religiosa. Sesenta y dos de las revelaciones contenidas en Doctrina y Convenios se recibieron durante ese período y en ese ambiente en Ohio. Durante esa temporada se construyó el Templo de Kirtland, donde ocurrieron numerosos acontecimientos milagrosos relacionados con su dedicación. Moisés, Elias y el profeta Elias fueron y allí confirieron las llaves eternas del sacerdocio. El Hijo de Dios se apareció a Sus siervos y éstos dieron testimonio de Él. La obra se fortaleció y se constituyó entonces de manera extraordinaria.

Refiriéndose a la época, Orson Pratt dijo: "Dios se hallaba ahí, Sus ángeles estaban ahí, el Espíritu Santo estaba en medio de la gente, las visiones del Todopoderoso se manifestaron a los siervos del Dios viviente; el velo fue quitado de la mente de muchos y vieron los cielos abiertos; contemplaron a los ángeles de Dios; escucharon la voz del Señor y fueron colmados, desde la corona de su cabeza hasta la planta de sus pies, del poder y la inspiración del Espíritu Santo" (Journal of Discourses 18:132).

Aquella también fue una temporada—esos siete años entre 1831 y 1838—de intensa e inexorable persecución. Los enemigos amenazaban con derribar las paredes del templo. Philastus Hurlburt fue excomulgado y con enorme encono inició el rumor referente a que el manuscrito de Spaulding era el origen del Libro de Mormón, ocasionando así la malicia que durante años suscitó esa intriga. El banco de Kirtland fracasó. El profeta y Sidney Bigdon fueron sacados por la fuerza de sus hogares, arrastrados durante esa fría noche de marzo, cubiertos de brea y plumas, y dejados por muertos. Además de todo esto, varios problemas igualmente serios ocurrieron en Misuri, el otro centro de la Iglesia.

Con frecuencia he pensado acerca de cómo debe haberse sentido José Smith en esa época. Él era directa o indirectamente responsable de toda la miseria y el sufrimiento que sucedía. ¿Le acosaba quizás en ocasiones la duda? Yo, en realidad, encuentro exactamente lo contrario en las revelaciones que recibió en esos días. Mientras me encontraba yo sentado en el hogar de John Johnson, en Hiram, Ohio, pensé en las palabras de la sección 1 de Doctrina y Convenios, que le fueron dadas por revelación el 1º de noviembre de 1831 en esa ciudad, como un prólogo de la inminente publicación de "las doctrinas, los convenios y los mandamientos que se han dado en esta dispensación"—lo que hoy se conoce como Doctrina y Convenios.

Es necesario tener presente una idea de las circunstancias. Aquí tenemos al líder de un pequeño grupo de gente en Ohio, quizás de unas trescientas personas diseminadas a través de comunidades fronterizas en las que proliferaban el encono y el odio. Pero con una visión profética y firme declaró lo siguiente en el nombre del Señor: "En verdad, la voz del Señor se dirige a todo hombre, y no hay quien escape; ni habrá ojo que no vea, ni oído que no oiga, ni corazón que no sea penetrado. Y los rebeldes serán traspasados de mucho pesar ... Y la voz de amonestación irá a todo pueblo por boca de mis discípulos, a quienes he escogido en estos últimos días. E irán y no habrá quien los detenga, porque yo, el Señor, los he mandado" (D&C 1:2-5).

Poco después, mediante esa misma revelación, se establecieron los magníficos objetivos de esta gran obra de los últimos días:

- 1."Que todo hombre pueda hablar en el nombre de Dios, el Señor, el Salvador del mundo".
- 2."Que la fe pueda aumentar en la tierra".
- 3."Que se establezca mi convenio sempiterno".
- 4."Que la plenitud de mi evangelio sea proclamada por los débiles y sencillos hasta los cabos de la tierra, y ante reyes y gobernantes . . . para que alcancen conocimiento" (véase D&C 1:20-24).

Estos son objetivos verdaderamente extraordinarios. No era un pastor campesino el que declaraba estas palabras, sino un Profeta del Dios viviente que procedía a establecer todas las dimensiones de este magnífico reino restaurado que habría de cubrir la tierra. En esa notable revelación se declaró la veracidad del Libro de Mormón y se reafirmó la validez de las revelaciones. Fueron declaraciones formidables y sin excusas. Inequívocamente, el Señor dijo: "Lo que yo, el Señor, he dicho, yo lo he dicho, y no me disculpo; y aunque pasaren los cielos y la tierra, mi palabra no pasará, sino que toda será cumplida, sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo" (D&C 1:38).

Cierto tiempo atrás, me enteré acerca de la publicación de un libro escrito por algunos descreídos como una "historia" de la Iglesia. No lo he leído, pero la conclusión según un editor, era que el futuro de la Iglesia es sombrío. Sin ánimo de parecer impertinente, quisiera preguntar a esos autores qué saben en cuanto al futuro. No tienen conocimiento alguno de la profética misión de la Iglesia. El futuro tiene que haber sido extremadamente sombrío en la década de 1830. Tiene que haberles parecido imposible en aquellos días de Ohio y Misuri. Pero no obstante los asesinatos, no obstante la confiscación de propiedades, los desalojos y la privación de derechos civiles a que fueron sometidos los Santos en los años subsiguientes, la obra progresó con firmeza. Y continúa progresando. Nunca antes ha sido tan firme ni tan difundida. Nunca antes ha habido tanta gente cuyo corazón haya sido inflamado por el insaciable conocimiento de la verdad.

Es la obra del Todopoderoso. Es la obra de Su Amado Hijo, el Señor Jesucristo. Es el Evangelio

de salvación. Los hombres y las mujeres pueden hoy oponerse, tal como otros se opusieron en el pasado, pero la obra continúa progresando por que es verdadera y divina.

Vivimos en la mejor época de la historia de esta obra. Cuán maravilloso es el privilegio y cuán grande es la responsabilidad que tenemos de ser una parte importante en esta obra divina de los últimos días. No se dejen engañar por las estratagemas de Satanás, que tan desenfrenadas son en nuestra era. Hoy en día, tal como antes, hay quienes nos critican. Tenemos aun algunos miembros de la Iglesia que parecen deleitarse en encontrar cualquier elemento de debilidad tanto en el pasado como en el presente.

Antes bien, sigamos adelante con fe y con la visión del maravilloso futuro que nos espera a medida que esta obra se fortalece y se desarrolla. Cultivemos la fe en el corazón de todos los que nos rodean.

En Kirtland se estableció una escuela de profetas para enseñar nuestra fe a los jóvenes. En las actividades de nuestro hogar y de la Iglesia estamos hoy enseñando en las escuelas de futuros profetas. Enseñemos con poder, convicción y fe en cada uno de estos medios. Afirmemos siempre nuestro testimonio de la obra en que participamos. Y nunca olvidemos estas palabras de revelación recibidas en Hiram, Ohio: "Las llaves del reino de Dios han sido entregadas al hombre en la tierra, y de allí rodará el evangelio hasta los extremos de ella, como la piedra cortada del monte, no con mano, ha de rodar, hasta que llene toda la tierra" (D&C 65:2).

Ruego al Señor que nos bendiga como edificadores de la fe. Ruego que nuestro testimonio se fortalezca y se convierta en un ancla al que otros puedan afirmar su fe en momentos de duda y preocupaciones. Ruego que la llama del conocimiento continúe ardiendo en nuestra mente. Sobre todo, que en nuestro corazón aumente el testimonio de que ésta es, en verdad, la Iglesia del Dios viviente y de que continuará avanzando hasta cumplir su sagrado destino. Ruego que cada uno de nosotros haga su parte con fidelidad y con agradecimiento al Señor por todas las bendiciones que tan prodigiosamente nos concede a medida que seguimos Sus enseñanzas y nos acercamos más a El.

<http://los-atalayas.4shared.com/>